

La incómoda razón de la *señorita Whitmore*

MAYEDA LAURENS

Selecta

La incómoda razón de la señorita Whitmore

Mayeda Laurens

Selecta

A ti, que nunca te rindes.
A ti, que alzas la voz.
A ti, que rompes los moldes,
Y gritas y lloras y te rebelas.
A ti, que no te conformas.
A ti, que marcas tus reglas.
A todas las que, a pesar de lo que otros dictaron
para nosotras, nos atrevimos a pisar fuerte
y buscar nuestro propio destino.

Fortalecer la mente femenina ampliando su razonamiento
es la mejor forma de asegurar su independencia.

Mary Wollstonecraft

Prólogo

Chesterton, 1889

El olor a papel quemado hacía aún más angustiosa la penumbra de la biblioteca cuando Eleanor cruzó el umbral. La única luz provenía del fuego de la chimenea, donde su padre arrojaba, con una meticulosidad desesperada y después de arrugarla entre sus manos, hoja tras hoja de su ensayo. Su madre permanecía a un lado, con los labios apretados y la mirada anclada en el suelo, como si contemplara la pérdida de algo irrecuperable. El crepitar de las llamas llenaba el silencio opresivo de la habitación, una sinfonía de derrota que se infiltraba en cada rincón de la casa.

Eleanor había escuchado la conversación desde el pasillo. No había querido espiar, pero el murmullo de sus voces la había detenido junto a la puerta entreabierta. Se apoyó contra el marco, conteniendo la respiración, temiendo que, si hacía el más leve sonido, la ocasión de descubrir qué ocurría se disiparía como el humo que ascendía en espirales desde la chimenea.

—No todo el talento del mundo basta cuando quienes deciden no están dispuestos a ver —susurró su madre, con esa resignación vestida de ternura que tanto la caracterizaba.

—Era una reflexión impecable, Helen —replicó su padre, con la voz áspera, arrastrada por el cansancio—. La lógica estaba de mi lado, la coherencia estaba de mi lado. ¿Cómo pueden seguir negándome una oportunidad?

—Porque no buscan lógica ni coherencia. Solo buscan reafirmarse en su poder.

Su padre cerró los ojos un instante, como si quisiera apartar aquellas palabras de su mente. Luego tomó otra página, rompiendo el agónico silencio con el crujido de un papel al retorcerse entre sus dedos, y la dejó caer sobre las llamas.

—Pensé que esta vez… —exhaló, como si apenas hallara aire para sus palabras—. Pensé que podía convencerlos. Que el razonamiento sería suficiente.

Su madre suspiró y le apoyó una mano en el brazo en un gesto de compasión más que de respuesta. Eleanor sintió su pecho encogerse cuando, sin decir más, Helen dio un paso atrás y abandonó la habitación. Al abrir la puerta del todo, se encontró con ella de pie en el umbral.

Se miraron en silencio.

Por un instante, Eleanor pensó que veía en ellos una súplica muda. Mas no dijo nada. En su lugar, alargó la mano y, de forma casi imperceptible, le acarició la mejilla con un toque ligero, en una muestra de afecto. Luego, sin más, siguió su camino por el pasillo.

Eleanor respiró hondo y entró.

Un nuevo momento de quietud. Luego el roce sordo del papel contra la leña encendida. Las llamas devoraron las palabras con avidez, borrando en segundos lo que había tomado meses escribir. Eleanor imaginó las ideas impresas en aquel folio disolviéndose en la nada, los argumentos que su padre había hilvanado con precisión ahora reducidos a cenizas. Su pecho se encogió con impotencia.

Avanzó despacio, con el reflejo del fuego danzando en sus pupilas. El hombre, inclinado sobre la chimenea, ni siquiera giró la cabeza cuando ella se acercó. Parecía absorto en la ceremonia de la destrucción, en el rito silencioso de un hombre despojándose de sus sueños. Eleanor sintió la urgencia de detenerlo, de rescatar al menos una hoja de la masacre…, pero no pudo moverse. Se convirtió en una espectadora más de aquel desenlace inevitable. Una espectadora involuntaria.

—Padre…

Su padre, su mentor, su ejemplo, el hombre que había modelado su intelecto con la paciencia de un escultor, al que había visto convertir cada cena en un campo de debate, cada libro en una revelación, había sido rechazado una vez más. Y, en esta ocasión, parecía haberse quebrado para siempre.

Levantó la vista con lentitud hasta encontrar los ojos de su hija. Y Eleanor sintió un golpe hueco en el corazón. No había enojo en su mirada, ni frustración. Solo un cansancio antiguo, tejido con las sombras de incontables decepciones, como un eco de todo lo que había perdido.

—Si este ensayo es bueno, ¿por qué no intentarlo de nuevo? —preguntó Eleanor, con más urgencia de la que pretendía.

Su padre la observó con algo parecido a la ternura, pero también con una tristeza que le resultó insoportable.

—Porque no es suficiente. Porque nunca es suficiente. Y ser un erudito sin un lugar en la academia es, sencillamente, un desperdicio, Eleanor. Está decidido: no volveré a escribir más.

Eleanor quiso rebelarse, replicar, protestar, decirle que el mundo no debía ser así; que si la razón estaba de su lado, entonces debía pelear. Pero la mirada de su padre la detuvo y no fue capaz de responder. No pudo. Se limitó a apretar los puños, a guardar aquel

instante en su memoria, a fijar en su carne el recuerdo de su padre inclinado sobre las llamas y a imprimirse la certeza de que ella no se rendiría.

Él le había enseñado que el conocimiento era la mayor de las riquezas, que un argumento bien construido valía más que cualquier título. Le había inculcado el amor por los textos clásicos, el arte de la dialéctica, la necesidad de cuestionarlo todo, de descubrir. Pero, al final, la academia había reducido al hombre a cenizas. Y no porque careciera de talento, pues eso le sobraba, sino porque no tenía un apellido de peso, ni el respaldo de un *college*, ni la indulgencia de aquellos que se autoproclamaban guardianes del conocimiento.

Y si aquello había sido suficiente para derribar a alguien como su padre, ¿qué esperanza tenía ella? La respuesta surgió con una claridad abrasadora: la que ella misma se forjara sin apoyarse en nadie.

Aquella noche, bajo el resplandor tembloroso del fuego, Eleanor hizo un juramento silencioso: lograría lo que él nunca pudo. No habría llamas que consumieran sus palabras. No habría resignación en su destino. Y aunque el mundo entero intentara cerrarle las puertas, ella encontraría la manera de abrirlas.

Capítulo 1

Cambridge, 1897

El carruaje avanzaba con parsimonia por las calles adoquinadas de Cambridge, acompasando con cada traqueteo el latido de su corazón. Eleanor no apartó la vista de la ventana mientras la ciudad emergía ante sus ojos, con sus torres góticas recortándose contra el cielo gris. Un paisaje tan familiar y, al mismo tiempo, tan hostil.

Había llegado a su último año.

Por un instante, sintió el peso de esa certeza. Había pasado los tres años anteriores recorriendo esos mismos pasillos, sentándose en las mismas aulas, defendiendo su derecho a estar allí ante la mirada inquisitiva de quienes veían en ella una excentricidad, una anomalía. Pero este año era diferente. Este año marcaría su destino. Era el año del todo o nada.

Eleanor apretó los puños sobre su regazo. No podía permitirse debilidad. Había luchado demasiado para llegar a este punto y soportado el desdén de profesores y alumnos, como una constante prueba de que su inteligencia debía ser demostrada una y otra vez. Y ahora, al borde del final, solo quedaba una pregunta que la atormentaba: ¿le permitirían culminar su camino o la detendrían

antes de la meta?

El carruaje giró una esquina y sus pensamientos se disiparon. Reconoció la calle que conducía a Newnham College, donde Alice también cursaba su último año. Su amiga, su cómplice en todo aquello. Se preguntó si Alice seguiría albergando la misma esperanza que ella o si, con el tiempo, habría aprendido a conformarse. Se habían conocido cuando apenas levantaban un metro del suelo, en una de las muchas reuniones organizadas en la casa parroquial, donde Alice vivía, pues era la hija del reverendo de Cambridge. Desde que se vieron por primera vez cuando su madre la llevó, crearon un vínculo que duraba hasta el momento presente.

Cambridge la recibía igual que siempre, con su aire solemne y sus torres altivas. Pero ella ya no era la misma joven que había llegado por primera vez llena de sueños y la determinación ardiendo en el pecho. Ahora era una mujer de veintidós años, consciente de las barreras que la rodeaban, pero también de la fuerza con la que podía derribarlas.

El vehículo se detuvo frente al edificio donde pasaría el que, esperaba, fuera su último año en Cambridge. Respiró hondo, reuniendo la energía que sabía que necesitaría. Con paso firme, descendió del carruaje. No había más espacio para las dudas. Había llegado el momento de demostrar, por última vez, que merecía estar allí.

***

Alice la esperaba al pie de la escalinata, con la espalda recta y la barbilla en alto, como si desafiara al mundo a dudar de su presencia allí. No era una mujer retadora, pero había aprendido qué actitud mostrar en ese entorno, aunque solo fuera para sostener su ánimo

el tiempo que pasaba allí. Sus ojos marrones brillaban con determinación, y aunque en sus labios se dibujó una sonrisa en cuanto la vio llegar, Eleanor conoció al instante la verdad que se ocultaba tras ella: la batalla que había librado los últimos tres años había sido tan feroz como la suya, y llegaba este último curso dispuesta a enfrenarlo una vez más. Nunca agradecería suficiente haberla tenido como apoyo. Alice, con su carácter afable y tranquilo, había evitado en más de una ocasión situaciones incómodas o perjudiciales que podrían haber llevado a su expulsión, por la única de razón de haber sido en exceso vehemente en sus confrontaciones.

—Creía que no llegarías nunca —dijo Alice, con su característico tono de ironía, aunque su mirada contenía una ternura inquebrantable, mientras la envolvía en un caluroso abrazo de reencuentro.

—He preferido tomarme mi tiempo —respondió Eleanor, devolviéndole la sonrisa fugaz—. Anoche estaba tan nerviosa por todo lo que implica este último año que no logré dormirme hasta tarde, y esta mañana mi aspecto no era el mejor. Sobre todo si tenemos en cuenta que hoy comenzamos el día en el *college* masculino…

Alice asintió, con empatía, pues ella misma había pasado por lo mismo.

—Eleanor, tengo el convencimiento de que este año será nuestro —afirmó con intención—. Sea cual sea el desenlace, haremos que nos recuerden.

Eleanor no necesitaba que se lo jurara. Sabía que compartía su determinación. Ambas habían llegado hasta allí desafiando a una sociedad que no las quería en sus aulas. Si iban a fracasar, lo harían dejando una marca imborrable, pero lucharían con uñas y dientes

para lograr su objetivo.

—Este curso será más exigente que los anteriores —comentó Alice mientras enlazaba el brazo con el de su amiga y comenzaban a caminar juntas—. Más exámenes, más presión, menos paciencia por parte de los profesores…

—Más oportunidades para probar que estamos a la altura —contraatacó Eleanor, si algo tenía claro era que ya no estaba dispuesta a dudar.

Alice la miró con aprobación y su sonrisa se amplificó.

—Eleanor Whitmore, siempre lista para la batalla.

—Alice Harrington, siempre preparada para ganarla.

Ambas rieron con suavidad, pero en sus voces algo se escondía tras ese tono ligero: una declaración de intenciones. No iban a marcharse de Cambridge sin dejar su huella, sin demostrar al mundo que merecían cada espacio que habían reclamado. Sería un año duro, contaban con encontrar piedras en su camino y a un buen número de hombres que haría lo imposible para que no llegaran al final, pero se sentían preparadas para afrontar cada obstáculo juntas, como llevaban años haciendo desde que se conocieron.

Alice se detuvo un instante, justo al llegar, tras un corto paseo, al King's College, donde tenían su primera clase ese curso, y miró hacia el cielo, valorando el peso del tiempo sobre ellas.

—Solo hay una cosa que me aterra —confesó en voz baja—. Que todo esto sea en vano. Que lleguemos al final y tengan una nueva excusa para negarnos lo que nos hemos ganado.

Eleanor sintió un nudo en la garganta, porque ella misma había pensado en esa posibilidad, pero no dejó que su expresión flaqueara.

—Eso es lo que quieren que pensemos, con el único objetivo de que seamos nosotras las que renunciemos a llegar al final. Pero no

podemos dárselo, Alice. Si caemos, que sea luchando hasta el último aliento.

Su amiga la miró en silencio, y luego, con un asentimiento firme, siguieron avanzando.

Mientras subían los escalones, Eleanor recordó su primer año en Cambridge y la amarga decepción que la marcó desde el inicio. Aún podía ver con claridad la escena: el aula llena de estudiantes, la expectación en su pecho cuando vio entrar al profesor Langley, un erudito al que su padre había mencionado con admiración en incontables ocasiones. Aquella había sido su primera clase de filosofía y su primer choque con la realidad.

Langley había comenzado con una disertación brillante, de esas que atrapaban la mente y el espíritu. Eleanor lo escuchó embelesada hasta que levantó la mano para participar. El profesor la miró con una sonrisa indulgente antes de responder:

—Ah, señorita Whitmore. Debo decir que admiro su entusiasmo, pero sería más prudente que limitara sus intervenciones. No querríamos que los caballeros aquí presentes se sientan eclipsados. Deje sus comentarios para las reuniones de té.

El aula estalló en carcajadas y Eleanor sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Aquel hombre, a quien su padre había reverenciado como un faro del pensamiento, la había reducido en cuestión de segundos a una simple anécdota en una sala llena de hombres. No recordaba exactamente cómo terminó aquella clase, solo la rabia con la que se marchó y la convicción de que jamás permitiría que nadie la silenciara otra vez.

De vuelta al presente, Eleanor endureció la expresión. No, no era la misma joven que había llegado con ilusiones ingenuas. Y este año, más que nunca, demostraría que su voz tenía un lugar en Cambridge.

—¿Y tú? —preguntó Alice de pronto—. ¿Qué es lo que más temes?

Tardó unos segundos en responder. Su temor más profundo no era el fracaso. Tampoco la humillación. Era el olvido. El miedo de que, incluso si lo lograba, su esfuerzo no cambiara nada. Que su presencia en Cambridge quedara relegada a un ínfimo detalle sin consecuencias. Pero no lo dijo en voz alta. En su lugar, le dedicó a Alice una media sonrisa.

—Tengo miedo de no encontrar suficiente café para soportar este año.

Alice[1] soltó una carcajada y Eleanor la siguió. La risa rompió la tensión y, por un momento, el peso del futuro dejó de ser tan aplastante. Juntas, subieron los escalones y cruzaron el umbral del edificio. Su último año había comenzado.

Capítulo 2

Matthew Ashford cerró el libro con un suspiro y lo dejó sobre la mesa con más brusquedad de la necesaria. Afuera, los pasillos del *college* bullían con la energía de un nuevo año académico y el ruido llegaba a través de la puerta abierta del despacho. Hombres jóvenes, algunos con miradas altivas, otros con la ansiedad mal disimulada de quienes aún no habían encontrado su lugar en Cambridge, y alguna atrevida mujer, se apresuraban hacia sus clases. La rutina de siempre.

Para Matthew, este año significaba un nuevo comienzo. Había aceptado el puesto en Cambridge con la seguridad de que su apellido le había abierto las puertas, pero también convencido de demostrar que su presencia en aquel lugar no era solo producto de su linaje. La posición de profesor en Filosofía no era el destino que alguna vez había imaginado para sí mismo, pues sus aspiraciones lo llevaban más lejos, pero lo había tomado con la misma seriedad con la que abordaba todo en la vida. Había llegado el momento de demostrar que su inteligencia y disciplina eran suficientes para hacerse un nombre sin depender de nadie, y a ello contribuía el hecho de que con tan solo veintisiete años había logrado formar

parte de la centenaria institución.

Mientras recogía sus libros y los apilaba en su brazo, escuchó fragmentos de conversaciones a su alrededor. Algunos estudiantes comentaban sobre los nuevos profesores, sobre las dificultades de ciertos cursos y sobre quiénes serían los favoritos del año. No prestó demasiada atención hasta que escuchó su propio nombre.

—Dicen que el profesor Ashford es estricto —murmuró una voz masculina al pasar.

Matthew no reaccionó. Sabía que los rumores formaban parte de la vida académica, pero no tenía interés en forjar fama alguna antes de que su trabajo hablara por sí mismo. Salió del despacho que compartía con otros profesores con paso firme, pensando ya en la clase que impartiría en pocos minutos. No se fijó en la multitud de rostros nuevos que transitaban los pasillos, hasta que el choque ocurrió.

No fue un golpe fuerte, más bien solo un roce de hombros, pero lo bastante perceptible para que ambos se detuvieran un instante. Matthew alzó la mirada y vio a una mujer de pie frente a él. Su postura erguida, la barbilla en alto y esos ojos que lo miraban con firmeza, sin titubeos, le hicieron darse cuenta de que no era una mujer como las demás, como las que esa misma mañana había visto al ingresar en Cambridge. Ella no se apartó, ni bajó la vista, ni murmuró una disculpa automática como hacían otras. Matthew tuvo la sensación de que lo estaba ocurriendo era un desafío mudo, de los que no estaba acostumbrado a recibir. Quizá se trataba de alguna docente del Newnham College, que se había acercado al King's College para comentar algo con alguno de los profesores. Porque no había posibilidad alguna de que una estudiante lo enfrentara así.

Ninguno cedió el paso.

Él entrecerró los ojos, calibrando lo que veía. No, no era una joven

tímida ni ansiosa por probarse ante la mirada masculina. Su porte no era altivo, pero tampoco humilde. Era, tan solo, seguro. Como si supiera que merecía estar allí tanto como cualquier otro hombre.

Al final, ella fue la primera en moverse, retomando el paso sin una palabra, como si aquel encuentro no hubiera ocurrido o no mereciera su atención. Matthew la siguió con la vista un segundo más antes de continuar su camino. Su mente volvió a centrarse en la clase que estaba por impartir, en los estudiantes que lo esperaban. Sin embargo, una pequeña sombra de desconcierto quedó en su pensamiento.

Al llegar al aula, dejó los libros sobre el escritorio y echó un vistazo a la sala casi vacía. Sus alumnos aún estaban llegando. Sacó su pluma y comenzó a revisar sus notas. Filosofía moral, el pensamiento de Aristóteles, el debate entre la razón y la emoción en la toma de decisiones… Temas que dominaba a la perfección.

La puerta se abrió y nuevas figuras cruzaron el umbral. Varios jóvenes tomaron asiento. Luego, la vio.

La joven del pasillo.

Matthew dejó la pluma sobre la mesa y se recostó apenas en su silla mientras la observaba sentarse. Así que ella no era solo una visitante o una docente del Newnham College. Era una estudiante. Y estaba en su clase.

Cruzó los brazos y la miró en silencio mientras ella acomodaba sus libros con calma, sin apresurarse. Unos pocos estudiantes la observaban con curiosidad, otros con el mismo escepticismo que él sentía en ese momento.

Sus ojos se encontraron de nuevo y, esta vez, ambos sostuvieron la mirada un poco más, mientras ella aguardaba a que la joven que la acompañaba se sentara a su lado.

En su experiencia como profesor nunca había tenido que tratar

con mujeres en las aulas, aunque sí había intercambiado opiniones con sus colegas que en algún momento debían colaborar con el Newnham o el Girton College, y la conclusión siempre era la misma: no se acercaban al talento dialéctico necesario para competir con sus compañeros masculinos. De hecho, le habían comentado que la mayor parte de ellas se mostraban tímidas, evitaban cualquier confrontación, y unas pocas buscaban desesperadamente validación. Pero aquella joven… No parecía encajar en ninguna de esas categorías. Sintió, sin saber muy bien por qué, una ligera amenaza de problemas si aquella pareja llegaba a ser una presencia constante en sus clases.

La lección comenzó y Matthew demostró ser un profesor meticuloso y apasionado. Su voz resonaba con autoridad, y aunque su tono era severo, había una claridad en sus explicaciones que capturaba la atención de todos. Presentó los fundamentos del curso, habló de los debates filosóficos que abordarían, de la necesidad de pensamiento crítico y del rigor que esperaba de cada uno de ellos.

Mientras hablaba, notó que la joven del pasillo no apartaba la vista de él, más bien al contrario, pues lo observaba con expectación, casi con desafío, y no con el nerviosismo de los nuevos estudiantes ni con la sumisión de quienes esperaban aprobación, lo que sería mucho más lógico teniendo en cuenta su situación. Y eso le resultó desconcertante.

Al final de la clase, Matthew hizo una pausa y miró a sus alumnos con una expresión seria.

—Espero que todos estén preparados para trabajar duro este año —dijo, y sus ojos recorrieron la sala hasta detenerse en ella—. No toleraré mediocridad. Quiero ver esfuerzo y dedicación.

El aula permaneció en silencio por un instante. Pero Eleanor sostuvo su mirada sin parpadear. No dudaba de que esas palabras

iban dirigidas a todos, pero supo, sin atisbo de duda, que aquel profesor acababa de lanzarle un guante. Y ella estaba más que dispuesta a aceptarlo.

El resto de los alumnos comenzó a recoger sus cosas y a abandonar el aula, murmurando entre ellos sobre el contenido de la clase y la exigencia del profesor. Matthew los observó sin intervenir, evaluando las dinámicas de su nuevo grupo. Después, centró su atención en la lista que acababan de proporcionarle con el nombre de sus nuevos alumnos. Solo encontró en ella dos de mujer: Eleanor Withmore y Alice Murray. Tuvo el convencimiento de que no tardaría en descubrir de cuál de las dos se trataba.

Cuando Eleanor y Alice se pusieron de pie, la primera vio de reojo que varios estudiantes las miraban con la misma mezcla de curiosidad y reticencia de siempre. No le sorprendió. No era la primera vez que despertaban ese tipo de reacciones. Sin embargo, se negó a darles importancia.

Mientras cruzaba el umbral de la puerta, Matthew volvió a fijarse en ella, casi sin proponérselo. Aún no podía definir qué era con exactitud lo que lo inquietaba de su presencia, pero la certeza que segundos antes comenzó a asentarse en su mente cobró más fuerza, solo que esta vez, la palabra llevaba una nota de anticipación que no supo interpretar del todo.

Capítulo 3

El murmullo de los estudiantes llenaba el aula mientras los últimos rezagados tomaban asiento. Matthew observó a su alrededor con mirada crítica. La clase era numerosa, como era de esperar, pero su atención no estaba puesta en la cantidad de alumnos allí reunidos, sino en la actitud de quienes estaban allí. Algunos parecían ansiosos, con los cuadernos abiertos y las plumas listas para tomar apuntes. Otros se acomodaban con aire distraído, confiados en que podrían superar el curso sin demasiado esfuerzo. Y luego estaban aquellos que lo estudiaban con cautela, como si quisieran medirlo antes de decidir cómo interactuar con él.

La joven que desde la clase anterior le generaba curiosidad pertenecía a este último grupo.

Sentada en la tercera fila, con la espalda recta y los dedos entrelazados sobre la mesa, lo observaba sin prisa, con una calma que contrastaba con la tensión que flotaba en la sala. No bajaba la mirada cuando él hablaba, ni desviaba su atención como otros hacían cuando no querían ser señalados. Matthew decidió ignorarla. Al menos por el momento.

—Bienvenidos al curso de Filosofía Moral —anunció, con un tono

firme y sin concesiones—. Si están aquí esperando largas disertaciones en las que puedan permanecer en silencio, están en el lugar equivocado y les aconsejo que abandonen el aula de inmediato. Este curso se basa en el pensamiento crítico, en la confrontación de ideas y en la capacidad de argumentar con lógica y coherencia. No aceptaré respuestas vagas ni frases carentes de fundamento. Aquí, lo que no pueda sostenerse con razón no tiene cabida.

Se hizo un breve silencio antes de que Matthew continuara.

—Comencemos con el primer debate, que plantea una cuestión básica: ¿la moral es innata o adquirida? ¿Nacemos con un sentido del bien y del mal, o lo aprendemos a través de la sociedad y la educación?

Algunos estudiantes se irguieron sobre sus asientos, listos para intervenir. Otros parecían dudar. Matthew estaba acostumbrado a ese tipo de reacciones. Aún estaban midiendo el terreno. Un joven levantó la mano con seguridad.

—La moral es adquirida —dijo—. No todos los pueblos comparten los mismos valores. Lo que es aceptable en una cultura puede ser aborrecible en otra. No podríamos decir que un niño nace con la noción del bien y el mal, sino que la aprende con el tiempo.

Matthew asintió.

—Un argumento basado en el relativismo cultural. Interesante. ¿Alguien tiene una postura distinta?

Otro estudiante intervino, defendiendo la idea de que la moral era innata, que el ser humano poseía una brújula moral desde su nacimiento. Matthew dejó que el debate fluyera, observando cómo las ideas chocaban entre sí. Hasta que escuchó una nueva voz en la sala.

—El problema con ambos enfoques es que parten de una premisa

demasiado simplista.

El murmullo se detuvo. Matthew alzó la vista y vio que la joven del pasillo era quien había hablado. Sus manos reposaban con naturalidad sobre la mesa y su postura no mostraba ni un atisbo de vacilación. Algunos de sus compañeros la miraron con curiosidad, y el resto, la mayor parte, con hastío; pero también estaban aquellos que no esperaban que una mujer interviniera con semejante seguridad. Matthew la estudió por un instante antes de responder.

—Explíquese, señorita…

—Whitmore. Eleanor Whitmore. —Matthew asintió con un ligero movimiento de cabeza, despejando sus dudas—. Ambas posturas dan por hecho que la moral es algo absoluto, cuando la realidad es que se trata de una construcción en constante cambio. —Eleanor se irguió ligeramente en su asiento, preparada para algo a lo que ya estaba acostumbrada: el desafío implícito en el tono de su profesor —. Si bien existen impulsos naturales que podrían interpretarse como un sentido innato del bien y del mal, estos son moldeados por factores externos. No es que la moral sea *solo* innata o adquirida, sino que es el resultado de la interacción entre la biología y la experiencia.

Hubo un silencio tenso en la sala. Matthew vio que algunos estudiantes intercambiaban miradas, quizá porque no esperaban una argumentación tan elaborada de su parte. Ni siquiera él. Aunque, en el fondo, no le sorprendía tanto como le incomodaba la facilidad con la que había hablado, como si estuviera acostumbrada a que la escucharan. Apoyó las manos sobre la mesa y la miró con detenimiento.

—Entonces, según usted, el individuo nace con ciertos impulsos morales, pero la sociedad es la que define su código ético.

—Exacto —asintió Eleanor—. Y más aún, la sociedad justifica

determinadas conductas en función de sus propias necesidades, adaptando su código moral a las circunstancias. Por tanto, la moral no es fija, sino maleable.

Matthew percibió un destello de expectación en su mirada. Eleanor no solo estaba argumentando; estaba esperando su respuesta, como si quisiera medir su reacción.

Se inclinó hacia adelante.

—Si la moral es tan maleable, ¿dónde dice usted que deja eso a la ética? Puesto que, si los principios cambian con el tiempo, está afirmando, señorita, que todo es relativo y que no hay una verdadera noción del bien y del mal.

Eleanor no dudó.

—No. —Su tono fue categórico—. Lo que sostengo es que la moral debe estar en constante revisión. Que lo que hoy consideramos justo puede no serlo mañana. Lo que define a un pensador no es su capacidad de aferrarse a un dogma, profesor, sino su disposición a cuestionarlo.

La sala quedó en silencio de nuevo.

Matthew sintió algo parecido a la irritación. Se dio cuenta, con sorpresa, de que no se debía a estar en desacuerdo con su argumento, todo lo contrario: su respuesta había sido impecable. Había esperado con ansias la oportunidad de desarmar la actitud segura y casi arrogante que la señorita Withmore había mostrado desde el segundo en el que supo que sería su alumna. Sin embargo, ni en su primer día de clases le daba la oportunidad de encontrar una fisura en su razonamiento. Si hubiera sido un hombre, habría alabado sin dudar su intervención. Pero era una mujer…

Cuando terminó, se recostó en su silla y esbozó una media sonrisa.

—Bien. Veamos si mantiene esa postura el resto del curso.

Eleanor le sostuvo la mirada sin retroceder durante unos segundos y cayó en la cuenta del silencio que se había instalado entre sus compañeros; descubrió que parecían sorprendidos por la intensidad del intercambio, algunos con evidente diversión, otros con cierto desconcierto, e incluso quienes consideraban inapropiado que una mujer participara con tanta seguridad.

Mientras los alumnos recogían sus cosas, Matthew hizo una última anotación en su cuaderno. La primera clase había dejado algo claro: Eleanor Whitmore no era una estudiante más. No pasaría desapercibida, ni ante sus compañeros ni ante él.

***

Cuando salieron del aula, Alice se acercó a su amiga con una expresión entre divertida y triunfante.

—¿Has visto la cara de algunos de nuestros compañeros? Si hubieran podido, habrían salido huyendo.

Eleanor esbozó una sonrisa breve, aunque su mente seguía en la clase.

—No puedo decir que me sorprenda. Pero lo que sí me sorprende es el profesor Ashford.

—Tienes toda la razón. ¿Y qué opinas de él?

—Puede que sea otro más de los que no aprueban la educación universitaria para las mujeres. Si es así, imagino que querrá ver hasta dónde puedo llegar antes de rendirme.

Alice suspiró con resignación.

—Eso haría las cosas más difíciles… otra vez.

—Si cree que puede ponerme a prueba —Eleanor se encogió de hombros, pero con una determinación férrea—, entonces le demostraré que no soy ninguna causa perdida que deba rescatar.

Capítulo 4

El aire fresco de finales de octubre envolvía los jardines del *college* con la serenidad propia de un día cualquiera en Cambridge. Las hojas secas crujían bajo los pasos de los estudiantes que cruzaban los senderos de grava, algunos inmersos en conversaciones, otros caminando solos, absortos en sus pensamientos. Eleanor se contaba entre estos últimos.

Después de varios días de clases, la rutina volvía a imponerse con su ritmo inquebrantable, algo que ella agradecía sobremanera pues, en un lugar donde cada paso suyo era vigilado, medido y evaluado, solo lo que permanecía inmutable le aportaba tranquilidad. A pesar de todo, este año era distinto, y no solo porque fuera el último, sino porque, a pesar de los años en Cambridge, la sensación de estar a prueba de forma permanente se había acrecentado. Su presencia en las clases mixtas seguía siendo vista por algunos como una anomalía, algo que debían tolerar durante un tiempo, más que un derecho adquirido. No importaba cuántos debates ganara o cuánto se esforzara; su lugar en ese mundo aún parecía estar pendiente de aprobación. En alguna ocasión se había planteado mantener un perfil de interacción bajo, como el de Alice, pero eso no iba con ella.

Ambas buscaban lograr el mismo objetivo, demostrar que podían cursar unos estudios superiores tan bien como los hombres; sin embargo, los medios que cada una utilizaba eran diametralmente opuestos.

La humedad del aire presagiaba la inminente llegada del frío, pero Eleanor no prestó atención. Sus pensamientos seguían anclados en el aula de Filosofía Moral, en las palabras que había intercambiado con el profesor Matthew Ashford la semana anterior, en la mirada que le había dirigido al final de la clase... De hecho, la forma en la que la había examinado no se correspondía a cómo se analiza a un estudiante, más bien lo había hecho con un interés que rozaba la evaluación personal.

—Señorita Whitmore.

Eleanor se giró al instante, reconociendo la voz grave antes incluso de ver su rostro. Thomas Everly la observaba con la misma expresión perspicaz de siempre, y con una mezcla de aprobación y alivio.

—Profesor Everly —respondió con una leve sonrisa, inclinando la cabeza en un gesto de respeto.

—Es bueno verla de nuevo. Me preguntaba cuándo tendríamos la oportunidad de conversar.

—Yo también lo esperaba —admitió Eleanor—. Me alegra saber que sigue aquí. ¿Cómo ha sido su verano?

—Interesante, aunque poco productivo —respondió él con un deje de ironía—. Pero veo que usted ha vuelto con la misma determinación de siempre.

—No sabría hacerlo de otra manera.

—Es curioso verla con el ceño fruncido tan temprano en el curso. No es propio de usted resignarse tan pronto, señorita Whitmore.

—No es resignación —respondió con calma y dejó escapar un

suspiro breve antes de continuar—. Solo pensaba en lo poco que ha cambiado Cambridge y, al mismo tiempo, en todo lo que ahora es diferente.

Thomas se situó a su lado y comenzaron a caminar con parsimonia.

—Ah, la paradoja del progreso. Siempre avanza, pero nunca lo suficiente para los que esperan justicia.

Eleanor le lanzó una mirada de complicidad. Thomas Everly era uno de los pocos que la habían apoyado desde el principio. Desde su primer año allí se había mostrado de su parte, y reconocía su inteligencia y constancia. Entendía mejor que nadie lo que significaba desafiar las normas establecidas puesto que, si seguía en Cambridge era porque, a pesar de sus ideas progresistas, había sabido jugar el juego académico con astucia. Pero incluso él había pagado un precio por sus simpatías con la educación femenina, pues lo habían relegado, de forma exclusiva, a impartir seminarios en el Newnham College.

—Cuénteme —dijo él tras unos pasos en silencio—. ¿Cómo ha sido su inicio de curso? Algo me dice que no ha pasado desapercibido.

Eleanor esbozó una sonrisa sutil.

—Tampoco esperaba que lo hiciera. Pero esta vez fue más… intenso.

—¿Un nuevo adversario en el aula?

—Un nuevo profesor —puntualizó ella—. Matthew Ashford.

—Ashford… —Thomas, pensativo, detuvo su andar por un instante y dejó escapar un sonido bajo—. El apellido me resulta familiar.

—Es su primer año aquí, pero, al parecer, ha enseñado en otros lugares. ¿Ha oído hablar de él?

—Poco. Aunque lo suficiente para saber que es un hombre de principios férreos, al menos la familia de la que proviene, lo que no

siempre es un cumplido.

—Eso encaja con mi impresión —murmuró Eleanor.

Ambos retomaron el paseo hacia el *college* femenino.

—¿Tuvo algún enfrentamiento con él?

—Fue un debate en clase. No diría que fue un enfrentamiento, pero… —hizo una pausa, recordando la intensidad de la mirada de Ashford—, me dio la impresión de que me estaba midiendo, para variar.

Thomas soltó una leve risa.

—No es fácil ignorarla, señorita Whitmore. Y menos en un aula. Ashford lo descubrirá pronto, si no lo ha hecho ya.

Eleanor desvió la mirada hacia el sendero. Durante años, había aprendido a no temer los desafíos. Pero el nuevo profesor la inquietaba. En el fondo, había salido de la clase con la sensación de que, a diferencia de otros, no se había sentido tratada como una simple rareza que debía ser tolerada o despreciada, sino como un… ¿posible rival intelectual, quizá?

—¿Cree que será un obstáculo?

Thomas guardó silencio por un instante, sopesando su respuesta. El sonido de unos pasos lejanos y el canto disperso de un ave llenaron el espacio entre ellos.

—Aún es pronto para saberlo. Pero si me pregunta si es un hombre que puede cambiar de parecer, a pesar de lo que le he comentado al principio, diría que sí. Si no me equivoco, es joven. Quizá no es de los que rechazan una idea por puro dogma. Si le demuestra que está equivocado, lo reconocerá. La cuestión es cuánto tardará en admitirlo.

Eleanor dejó que sus palabras se asentaran en su mente. «Si le demuestra que está equivocado…». Era un reto implícito. Uno que, sin darse cuenta, ya había aceptado.

—Espero que no le tome demasiado tiempo —dijo, con una chispa de seguridad.

Thomas asintió, complacido. Sabía que su antigua pupila acababa de comenzar el juego.

—Eso está por verse, señorita Whitmore. Eso está por verse.

Capítulo 5

La residencia de los Fairchild era una mansión imponente situada en el centro de Cambridge, de aquellas que no necesitaban adornos excesivos para manifestar la solidez y prestigio de sus dueños. Era sobria y elegante. Su fachada de piedra blanquecina, con altos ventanales que reflejaban la luz del atardecer, daba paso a un interior donde todo estaba dispuesto con cuidado: las alfombras mullidas, los candelabros estratégicamente ubicados, y un mobiliario que hablaba de generaciones de buen gusto y de una familia que sabía cuál era su lugar en el mundo. Para Matthew Ashford aquella edificación representaba el tipo de estabilidad con la que muchos hombres de su posición soñaban, y no solo el hogar actual de su futura esposa. Un futuro claro, tradicional, sin incertidumbres. O al menos, eso era lo que siempre había creído.

El salón donde se servía la comida era amplio, con una chimenea encendida que proporcionaba un calor acogedor contra el aire fresco del otoño, decorado con elegancia, sin excesos. Sobre la mesa, el servicio de plata resplandecía bajo la luz de los candelabros, y cada pieza de porcelana se había colocado con la precisión de un relojero. Margaret se encontraba sentada junto a él, vestida con un elegante

traje azul marino que destacaba su porte distinguido, como siempre. A su derecha, su madre, la señora Fairchild, se disponía a tomar su comida con movimientos fluidos, mientras el señor Fairchild, un hombre de porte serio y mirada escrutadora, contemplaba a Matthew evaluando con meticulosidad cada palabra y cada gesto de su futuro yerno.

—Cambridge debe de ser un hervidero de actividad con el inicio del curso —comentó, apoyándose en el respaldo de su silla con aire calculado—. Supongo que con su nuevo puesto las responsabilidades no han hecho más que aumentar.

Matthew se tomó un instante para responder mientras un miembro del servicio rellenaba su copa de vino, antes de asentir con tranquilidad.

—Desde luego, señor Fairchild. El primer trimestre es siempre un desafío, pero este año ha resultado… interesante.

—¿Interesante? —repitió Margaret con una leve sonrisa, llena de curiosidad—. ¿Por qué lo dices?

—Este año he encontrado un aula muy dispuesta a debatir. Hay estudiantes prometedores, algunos con más empeño en desafiar lo establecido de lo que esperaba.

La señora Fairchild alzó la mirada con un gesto elegante.

—Oh, pero eso no es algo malo, ¿verdad? Un profesor no debería desear alumnos complacientes —comentó con tono neutro, aunque sugería que tampoco veía con buenos ojos demasiado cuestionamiento.

—Por supuesto —convino Matthew—. Aunque no todos los estudiantes desafían del mismo modo.

—¿Se refiere a algún caso en particular? —preguntó el señor Fairchild con cierto interés.

Matthew se inclinó un poco sobre la mesa para tomar la copa

antes de responder.

—Hay dos estudiantes que han llamado mi atención —admitió al fin—. Alice Harrington y Eleanor Whitmore. Ambas llevan en Cambridge varios años ya, en el Newnham College. De hecho, este curso constituye el último para ellas, aunque sus enfoques son diferentes.

—¿Damas en su aula? —La señora Fairchild arqueó una ceja, con una expresión de leve interés—. Supongo que las jóvenes que eligen este camino deben esforzarse el doble para ser tomadas en serio.

—Un signo de que los tiempos cambian… y no siempre para bien —intervino su esposo, dejando su copa sobre la mesa con un golpe seco y dirigiendo una mirada intensa a su mujer—. Las universidades han cedido en ciertos aspectos, pero dudo que la sociedad valore de verdad a una mujer con educación superior. Es más probable que les cierre puertas, en lugar de abrirlas.

Margaret ladeó la cabeza hacia Matthew, mostrando un renovado interés en la conversación.

—¿Y qué es lo que le ha llamado la atención de ellas? —Aunque su pregunta tenía un deje de amabilidad, guardaba un tono receloso que no pasó desapercibido a su prometido.

Matthew tomó un sorbo de vino antes de responder.

—Alice Harrington es reservada, aunque inteligente. No suele interrumpir ni buscar protagonismo en los debates, pero tiene agudeza en sus observaciones. En cambio, Eleanor Whitmore… —Hizo una pausa breve, sopesando sus palabras—. No es una dama fácil de ignorar.

El silencio que siguió fue casi imperceptible, pero lo suficientemente largo como para que Matthew notara que su última frase había captado la atención de todos en la mesa.

—¿No es fácil de ignorar? —Margaret le ofreció una sonrisa que

solo ocultaba una repentina ansiedad por descubrir qué ocurría entre esa mujer y su prometido.

Matthew se acomodó en su asiento, eligiendo sus palabras con más cuidado.

—No por las razones que suelen destacar en un aula. Es… incisiva. No se conforma con aceptar lo que se dice; va más allá, cuestiona, presiona, busca la grieta en cada argumento. Hay una intensidad en su forma de debatir que no suele encontrarse en sus compañeros.

—Debe de ser frustrante para usted —comentó con aparente ligereza.

—No lo diría así —respondió Matthew—. Un profesor no debe temer a los estudiantes que piensan. Pero es cierto que su presencia altera la dinámica habitual. Y no es algo a lo que yo esté acostumbrado.

El señor Fairchild resopló con desdén.

—Las mujeres deberían saber cuál es su lugar y no alterar nada. Si de verdad desean estudiar, que lo hagan con discreción. No es necesario que conviertan las aulas en una arena de disputas. ¿No es eso lo que se espera de ellas?

Matthew no respondió de inmediato. No era la primera vez que escuchaba ese argumento, y en otra ocasión lo habría aceptado sin más. Pero ahora, después de haber visto la manera en que la señorita Whitmore había sostenido su mirada en clase, desafiante y sin vacilar, la idea de que ella pudiera hacer cualquier cosa «con discreción» le resultaba casi absurda.

—Quizá algunas no han sido educadas para aceptar lo que se espera de ellas —dijo al final.

Margaret dejó con cuidado su cubierto sobre el plato con un movimiento tan medido que pasó desapercibido para los demás, pero no para Matthew. Había detectado el leve cambio en su

expresión.

—Parece que la señorita Whitmore ha causado una impresión en usted —dijo con suavidad.

—Solo es una observación académica —respondió él con naturalidad.

—Por supuesto —murmuró Margaret, antes de cambiar de tema.

Pero mientras la conversación avanzaba a otros terrenos, Matthew no pudo evitar la sensación de que su prometida no había pasado por alto nada de lo que había dicho… ni de cómo lo había hecho.

Capítulo 6

El aire de Cambridge en noviembre tenía un frío seco que cortaba la piel, aunque sin llegar a ser insoportable. En los pasillos del *college*, el eco de pasos apresurados y voces conversando llenaban el espacio, formando la constante rutina de la vida universitaria.

Eleanor y Alice caminaban juntas, como solían hacer después de cada clase cuando debían adentrarse en King's para la siguiente lección. A diferencia de Eleanor, Alice era ignorada por la mayoría de sus compañeros. Su naturaleza más tranquila la volvía menos provocadora a los ojos de los estudiantes varones, quienes parecían contentarse con tratarla como si no existiera. Eleanor, en cambio, no tenía esa suerte. Su mera presencia era una afrenta para algunos.

—Whitmore, ¿hoy también planeas humillar a tus compañeros en el aula o nos concederás la paz? —La voz provino de un estudiante a unos pasos de distancia, y los jóvenes que lo rodeaban recibieron la burla con risas.

Eleanor no se detuvo ni cambió su expresión. Pero Alice, a su lado, notó la rigidez en sus hombros.

—Si humillar significa corregir argumentos sin fundamento, supongo que sí —replicó Eleanor sin volverse.

—Qué pena que tu esfuerzo sea en vano. No importa cuánto destaques aquí, no obtendrás nada al final —añadió otro estudiante, con una sonrisa burlona.

Alice la sujetó con suavidad del brazo para recordarle de forma silenciosa que era mejor seguir caminando. Eleanor exhaló despacio, controlando la ira que latía en su pecho. No era la primera vez que enfrentaba comentarios como esos, pero en su último año sentía esa injusticia más asfixiante que nunca. Y, desde luego, no pensaba llegar tarde a su siguiente clase por culpa de un puñado de ignorantes niños malcriados.

Al llegar al aula de Matthew Ashford, el murmullo de los estudiantes se disipó cuando él entró, imponiendo de inmediato con su presencia el silencio que se esperaba de un profesor con autoridad. Su mirada recorrió la sala con su habitual evaluación meticulosa, mientras Eleanor tomaba asiento, tratando de disimular la tensión que los comentarios en los pasillos le habían provocado.

La clase comenzó con la misma estructura rigurosa de siempre, pero Matthew no tardó en notar la atmósfera en el aula. Observó cómo algunos estudiantes intercambiaban miradas y cómo otros apenas disimulaban sonrisas de burla. No podía decir con certeza qué había ocurrido antes de su llegada, pero la manera en la que algunos miraban a la señorita Whitmore le resultó incómoda porque, a pesar de su postura conservadora, nunca había tolerado los abusos o el maltrato, sin importar quién fuera la víctima. Y se temía que algo así había pasado.

Mientras el debate avanzaba, planteó una cuestión filosófica que invitaba a la discusión.

—¿Es el conocimiento un derecho inherente o un privilegio condicionado por la posición social?

Esperó las respuestas de sus alumnos. Varias voces masculinas se

alzaron, algunas defendiendo la educación como un deber moral, otras sosteniendo que debía restringirse a quienes podían hacer un uso práctico de ella. Entonces, Eleanor habló. Como siempre, su razonamiento fue agudo, estructurado y bien fundamentado.

—Si el conocimiento es un privilegio, lo que conocemos como civilización no es más que una estructura diseñada para preservar el poder de unos sobre otros.

Pero esta vez, cuando terminó de hablar, un estudiante soltó un resoplido exagerado.

—Lo que la señorita Whitmore intenta decir, profesor —dijo con evidente condescendencia—, es que, si alguien habla con suficiente confianza, puede hacer que lo absurdo parezca razonable.

Unas risas discretas se escucharon en la sala. Matthew entrecerró los ojos y se apoyó en su escritorio.

—Interesante observación, señor Carter —respondió con tono neutro. Era un alumno habituado a ser el centro de atención tanto de sus amigos como de la propia institución. No es que a Matthew le cayera mal, es que lo había calado desde el principio e intentaba controlar sus salidas de tono, al menos en su asignatura—. Supongo que entonces le parecerá justo que ahora sea la señorita Whitmore quien evalúe su argumento.

El joven parpadeó, pues no había esperado que su comentario fuera devuelto de manera tan directa. Eleanor alzó la barbilla y se giró hacia él.

—Adelante, señor Carter —dijo con serenidad—. Ilústreme con un razonamiento que no necesite confianza para sostenerse porque, lo que a mí me parece que usted intenta decir, es que, si alguien repite suficientes veces un argumento sin fundamento, puede hacer que lo irracional parezca lógico.

El silencio que cayó sobre el aula fue casi palpable. Matthew no

apartó la vista del estudiante, quien parecía buscar una respuesta que no llegaba.

—¿Nada que agregar? —preguntó el profesor tras unos segundos. Carter desvió la mirada, incómodo—. Bien, pues parece que la señorita Whitmore ha hablado con meridiana claridad —concluyó el profesor, antes de continuar con la clase.

Eleanor sintió una pequeña satisfacción interna, aunque no lo dejó ver. No esperaba apoyo del profesor Ashford, pero sí le sorprendió que no ignorara la burla que había sufrido, como hacían otros profesores. No había tomado partido por ella de forma clara y abierta, eso era cierto, pero tampoco había permitido que la menospreciaran sin motivo. Quizá no era tan predecible como había imaginado. Sin embargo, su actitud aún estaba lejos de lo que ella podía considerar un respaldo completo.

Cuando la clase terminó, Alice y Eleanor se dirigieron hacia el patio empedrado, de vuelta a Newnham, mientras la primera la observaba de reojo.

—Estás demasiado callada. Menuda sorpresa la intervención del profesor, ¿no crees?

—Sí… —musitó—. No contaba con ello, la verdad. Después de lo ocurrido en clases anteriores, habría apostado que no intervendría si alguien me ridiculizaba. Pero hoy… No lo sé. No entiendo por qué lo ha hecho. Alguno podrá considerar que me ha defendido, pero no creo que haya sido justo así.

—No, es cierto, pero tampoco ha permitido que te vapuleen sin más.

—Siento curiosidad por saber qué le ha llevado a dar prioridad a mi intervención antes que a la de un hombre.

Alice se encogió de hombros.

—Quizá no sabe aún en qué lado está.

Eleanor meditó esa idea en silencio mientras avanzaban por el empedrado. Su mente repasaba la clase, intentando no obviar ningún detalle. Había percibido en él una neutralidad que, para ser sincera, ahora encontraba frustrante. No esperaba que la apoyara ni que reconociera en público que ella había resultado ser la ganadora de ese debate, pero tampoco que pasara al siguiente punto de la lección sin más.

«Bueno, al menos parece que he encontrado un profesor algo más avanzado este año».

Capítulo 7

Lord Reginald Cavendish, vicerrector del King's College, recibía noticias de lo ocurrido en el aula del profesor Ashford. La información, aunque breve, fue suficiente para capturar su atención con la precisión de un alfiler clavado sobre un mapa estratégico.

Cuando Matthew fue invitado a su despacho más tarde ese día, no pudo evitar un ligero malestar que acabó por reflejarse en su mandíbula tensa. Sabía que no se trataba de una mera cortesía para evaluar sus primeros meses en las aulas. En Cambridge, las invitaciones del vicerrector no se improvisaban.

No estaba del todo convencido de haber actuado correctamente; su intervención durante la clase había sido instintiva, más guiada por la incomodidad que le provocaba la burla descarada que por una intención consciente de equilibrar el debate. En cualquier caso, tenía claro que en Cambridge ciertos actos, aunque mínimos, podían generar repercusiones y, mientras caminaba hacia el despacho donde lo habían citado, fue consciente de que su gesto podría haberse interpretado como una declaración de principios. A pesar de que, de pronto, él no estuviera seguro de cuáles eran los suyos.

No necesitaba que nadie le dijera que Eleanor Whitmore constituía

un tema delicado porque, no solo se había percatado en seguida de que era una estudiante brillante, sino que acababa de caer en la cuenta de que era un símbolo incómodo para una institución centenaria. Y los símbolos en Cambridge eran más peligrosos que las ideas. Aun así, cuando vio la nota con la cita, supo que no podía tratarse de otra cosa.

Matthew recorrió con paso firme los últimos metros hasta el despacho de Cavendish, consciente de que el vicerrector del *college* tenía un propósito claro al convocarlo. Lord Reginald era conocido por ser un hombre de principios inamovibles y expectativas definidas.

Cuando entró, Cavendish lo esperaba tras su amplio escritorio, con las manos cruzadas sobre un montón de documentos. Su expresión era inescrutable, pero Matthew reconoció la intención en su mirada. Por primera vez desde su llegada, se sintió observado como un posible traidor al orden establecido.

—Ashford —saludó con voz grave—. Tome asiento. Hay algo de lo que debemos hablar.

El despacho del vicerrector estaba iluminado por la luz de la tarde, que se filtraba a través de la rendija que separaba las pesadas cortinas de terciopelo. El ambiente olía a papel viejo, tinta y madera pulida, un recordatorio de la historia que pesaba sobre Cambridge y sus tradiciones inmutables, imperturbables ante el paso del tiempo.

Matthew se sentó frente a lord Reginald Cavendish, que terminó de colocar los archivos sobre el escritorio antes de hablar.

—No voy a andarme con rodeos. Su primer trimestre aquí será determinante para su futuro en nuestro *college*. ¿Entiende lo que eso significa?

Matthew mantuvo su postura relajada, aunque cada palabra de Cavendish le acababa de confirmar que aquella reunión no era una

de cortesía.

—Por supuesto, milord. Soy consciente de que mi desempeño será evaluado con atención.

—Exactamente —respondió el vicerrector, entrelazando los dedos sobre el escritorio con estudiada deliberación—. Y, sin embargo, ya ha llamado la atención más de lo necesario.

Matthew no desvió la mirada. Sabía a qué se refería, pero esperó a que Cavendish lo dijera.

—Se ha comentado su intervención en clase hoy —continuó—. Se dice que corrigió a un estudiante varón en favor de la señorita Whitmore. —Hizo una pausa, permitiendo que la afirmación flotara en el aire antes de añadir—: No es lo que esperábamos de usted.

Matthew consideró su respuesta. Su primer impulso fue aclarar que no había tomado partido, que solo había mantenido el orden en su aula. Pero pronunciar esas palabras sería admitir que sentía la necesidad de justificarse, y él no estaba dispuesto a dar esa satisfacción a nadie. Ni siquiera a un superior.

—Corrijo a mis estudiantes cuando veo imprecisiones en sus argumentos. No distingo entre hombres y mujeres en ese aspecto.

Cavendish lo observó con una mezcla de desaprobación y paciencia, como si estuviera tratando con un alumno testarudo.

—Ashford, usted es un hombre inteligente. Sabe que Cambridge no es un lugar donde las mujeres deban prosperar. Su presencia aquí es una concesión innecesaria que no tardará en corregirse por sí sola. Nuestra tarea no es darles alas, sino recordarles cuáles son sus límites, aunque siempre con cortesía, por supuesto.

Matthew apretó la mandíbula, a pesar de que su expresión siguió inmutable. No era la primera vez que escuchaba un discurso de ese tipo, lo había oído tantas veces que casi podía anticipar las palabras antes de que fueran a ser pronunciadas, y en otra época tal vez

habría asentido sin más, habría optado por mantener una postura reservada, puede que también estratégica si es que de mantener su puesto se trataba. Sin embargo, en 1897, las mujeres ya no eran una excepción; estaban allí, en los pasillos, en los exámenes incluso, en las discusiones, y su presencia, aunque minoritaria e incómoda para muchos, era una realidad en Cambridge, y fingir que no existían resultaba cada vez más absurdo.

—Mi prioridad es la educación —respondió con diplomacia—. No hago excepciones en la exigencia de mis clases, ni en la disciplina.

—Eso espero —sentenció Cavendish—. La universidad observa con atención, Ashford. No querríamos que su prometedor futuro aquí se viera comprometido por la impresión equivocada. Estoy seguro de que sabrá mantenerse en el camino correcto.

El tono era educado y cortés, pero la advertencia que subyacía en su consejo era evidente. Matthew asintió con un gesto medido y se puso de pie. No valía la pena alargar aquella conversación.

—Lo tendré en cuenta, milord.

Cavendish no respondió. Tan solo lo observó, con la misma expresión impasible que mantenía siempre, e hizo un leve gesto con la mano, indicándole que la reunión había terminado.

Matthew salió del despacho con paso firme, sin mostrar ninguna emoción en su rostro, tal y como había entrado. Pero una vez que se encontró en los pasillos desiertos, la gravedad de la conversación cayó sobre sus hombros.

No era estúpido. Sabía que su posición en Cambridge dependía en gran medida de agradar a hombres como el vicerrector y que una decisión mal tomada podía cerrar puertas que aún no había tenido oportunidad de abrir. Sin embargo, se resistía a aceptar por completo aquellas reglas.

Eleanor Whitmore no era más que una estudiante en su aula, una

joven con más convicción que prudencia, con una inteligencia que la empujaba a desafiar a quienes la rodeaban. Pero su mera existencia en el *college* bastaba para incomodar a hombres con más poder que él. ¿Por qué?

Por primera vez, Matthew se permitió considerar la posibilidad de que Eleanor no fuera el problema. Tal vez, solo tal vez, el problema era el sistema que la rechazaba.

La idea le incomodaba. Era más fácil pensar que su papel en la universidad consistía en impartir conocimiento sin cuestionar sus estructuras, en asegurarse de que los alumnos —o, más bien, los hombres jóvenes que llegaban a Cambridge— aprendieran sin perturbar el orden de las cosas. Pero, en cuestión de semanas, esa perspectiva comenzaba a tambalearse.

Al salir del edificio, el aire frío de la incipiente tarde le golpeó el rostro. Inspiró con ganas, dejando que la sensación le despejara la mente, pero antes de dar un paso más chocó de frente con alguien.

—Parece que nos encontramos de nuevo en circunstancias poco favorables, señorita Whitmore —dijo Matthew con un deje de ironía, recordando su primer encuentro en el pasillo.

Eleanor alzó la mirada con una ceja arqueada.

—¿Le incomoda, profesor? Quizá debería prestar más atención a por dónde camina.

Matthew suspiró y la estudió por un instante, intentando contener su irritación aún latente tras la conversación con Cavendish.

—Al final, va a ocasionarme un problema de verdad, señorita Whitmore.

Eleanor esbozó una media sonrisa que pretendía tomarse por cortés.

—No suelo atribuirme méritos que no me corresponden, pero si insiste en darme tanto crédito...

Matthew entrecerró los ojos, consciente de que estaban aún demasiado cerca de la oficina de Cavendish. Lo último que necesitaba era que el vicerrector los viera intercambiando palabras.

—Interesante argumento, señorita Whitmore. Sin embargo, su planteamiento parece basarse en una suposición errónea —comentó, cruzando los brazos con expresión impasible.

—¿Errónea? ¿No será que le incomoda enfrentarse a una perspectiva distinta?

Matthew exhaló con lentitud, debatiéndose entre la exasperación y una inconfesable curiosidad. No podía negar que la joven tenía una agudeza inusual, pero tampoco era el espacio ni el momento para un intercambio de ideas prolongado.

—No es el mejor lugar para una discusión, señorita Whitmore. Si insiste en debatir, le sugiero que lo hagamos en otro sitio.

Eleanor lo observó unos segundos antes de encogerse de hombros con aparente despreocupación.

—Como prefiera, profesor. Pero le advierto que no rehúyo una buena conversación.

Matthew esbozó una sonrisa irónica antes de indicarle con un gesto que lo siguiera, aún sin saber si aquella era una decisión prudente. No podía desafiar a Cavendish de manera abierta, en eso no había discusión posible, pero lo que sí podía hacer era observar. Evaluar. Y si el tiempo demostraba que había razones para dudar de lo que siempre había dado por sentado, entonces quizá, en algún punto, llegaría el momento de actuar.

Ambos jóvenes salieron de las inmediaciones del *college* en silencio. No había sido un encuentro planificado y, sin embargo, él se encontraba caminando junto a ella, como si fuera natural que el debate que habían iniciado frente a la oficina de Cavendish se prolongase en un entorno más amistoso.

—Curioso —murmuró Matthew tras unos instantes de paseo tranquilo—. Está tan convencida de sus argumentos que ni siquiera contempla la posibilidad de que puedan estar equivocados.

Eleanor le dedicó una mirada de soslayo, permitiendo un atisbo de sonrisa en sus labios.

—Mi convencimiento en cualquier cuestión no está reñido con la apertura a nuevas ideas, profesor Ashford. Pero es difícil tomar estas en cuenta cuando la mayoría de los que las defienden lo hacen sin más justificación que la tradición.

—¿Y usted no sigue sus propias tradiciones? —preguntó con calma Matthew tras tomarse unos segundos para considerar la respuesta de la joven—. ¿O acaso se ha convencido de que solo la ruptura con ellas es la vía correcta?

—Si me basara solo en eso, no habría llegado hasta aquí. Sé que el mundo no se cambia con simple rebeldía. Pero, a veces, profesor, hay que desafiar lo establecido para que algo evolucione.

Habían impuesto, casi de mutuo acuerdo, un caminar pausado, como una excusa para mantener la conversación sin necesidad de precipitarse en ninguna dirección concreta. Matthew intentaba resistirse al impulso de contradecirla, de señalar que el progreso no era cuestión de lo que a cada uno se le antojara en situaciones concretas, sino de provocar cambios estructurados, pensados para la evolución del sistema, como consecuencia de un desarrollo lógico de la sociedad. Y, sin embargo, conforme avanzaban por el sendero, se descubrió más interesado en entender su perspectiva que en refutarla.

—¿Y qué lugar tiene Cambridge en esa evolución? —preguntó al final.

Eleanor tardó un instante en responder, sopesando la mejor manera de expresar lo que llevaba años reflexionando.

—Debería ser un lugar de conocimiento, no de restricciones. En cambio, para muchas personas sigue siendo una fortaleza infranqueable, con acceso solo a unos cuantos favoritos. A veces, creo que la única razón por la que nos permiten estudiar aquí es para poder demostrar que no estamos a la altura, que nuestras mentes no son suficientes para soportar el peso de una educación superior.

—¿Y qué le hace pensar todo eso? —inquirió Matthew, con la mirada fija en el sendero que se extendía ante ellos.

—El hecho de que sería mucho más cómodo para todos. La presencia de mujeres en Cambridge es tolerada, no aceptada; eso es lo que marca la diferencia. No se nos ve como académicas, sino como intrusas, como meros… objetos de entretenimiento acogidos en una institución centenaria que, de vez en cuando, provocan situaciones divertidas. Reconózcalo, profesor, en el fondo están convencidos de que, si nos mantenemos en la periferia del conocimiento, no representamos una amenaza.

Matthew meditó sus palabras. No podía negar que la estructura de la universidad estaba hecha para sostener la supremacía masculina, pero hasta ahora nunca lo había considerado una injusticia; así eran las cosas porque así habían funcionado siempre.

Caminaron unos metros más y se aventuró a preguntar una cuestión que llevaba un rato meditando.

—¿Puedo preguntarle qué la llevó a venir aquí, a la universidad, señorita Whitmore? Debe de haber sido una decisión complicada si tan claro tiene que se encuentra en desventaja.

Eleanor lo miró de reojo, analizando si valía la pena responder con sinceridad. Finalmente, decidió hacerlo.

—Mi padre. Él era un erudito. Un hombre brillante, aunque nunca encontró su lugar en la academia. Me enseñó a pensar, a debatir, a

no aceptar respuestas fáciles. Pero también me mostró, sin quererlo, lo que significa ser invisible para quienes tienen el poder de decidir quién merece reconocimiento y quién no. Al final, se rindió, escogió no pelear más y asumir el mensaje que aparecía implícito en cada rechazo: que no encajaba en una institución como Cambridge…

Matthew percibió un matiz en su voz que no había notado antes, además de rebeldía: una determinación fruto de una herida que aún seguía abierta. Entonces lo comprendió.

—Su decisión fue un homenaje a su padre —aventuró él.

—No. Fue una promesa. Una que me hice a mí misma el día que lo vi quemar un ensayo al que había dedicado años de su vida. Entendí esa noche que el conocimiento sin reconocimiento, además de ser inútil, duele. Y me juré no repetir su historia. —Hizo una pausa, esperando una respuesta que, estaba segura de que llegaría de su parte, quizá irónica, quizá desalentadora, pero el silencio se alargaba y él no decía nada—. Y usted, profesor, ¿qué lo llevó a dedicarse a la enseñanza?

—No consideré nunca la docencia como mi profesión, aunque es cierto que siempre me interesó el pensamiento, la filosofía, los debates sobre lo que mueve al hombre... Cuando llegó el momento de decidir, me di cuenta de que la universidad era el único lugar donde podía seguir explorándolo con cierta libertad.

—Pero pudo haber sido otra cosa —insistió Eleanor—. Un escritor, un académico sin aula. ¿Por qué la enseñanza?

Matthew reflexionó un instante antes de responder.

—Tal vez porque, al final, no tiene sentido pensar en solitario. Las ideas necesitan conflicto, ser discutidas, desafiadas. Un aula ofrece ese desafío continuo.

Eleanor lo miró con mayor interés, porque, de pronto, esa respuesta cambiaba la imagen que tenía de él.

Mientras seguían avanzando, comenzaron a cruzarse con algunos transeúntes: estudiantes apresurados, académicos enfrascados en conversaciones y, una vez dejaron las inmediaciones de la universidad, con algún que otro comerciante que recogía su puesto tras la jornada. No era una escena fuera de lo común, pero Matthew notó algunas miradas curiosas dirigidas hacia ellos. Aunque nada en su comportamiento era inapropiado, lo cierto es que no era habitual que una pareja de jóvenes paseara sin ningún tipo de compañía, y mucho menos con una conversación tan animada como la suya. Fue cuando cayó en la cuenta de que se habían alejado bastante del *college*. Sin embargo, se dio cuenta de que Eleanor avanzaba con naturalidad, como si no se planteara que él pudiera optar por separarse de ella en cualquier momento.

—¿Hacia dónde se dirige, señorita Whitmore?

—A Chesterton, a casa —respondió con sencillez—. ¿Le preocupa haber tomado este camino, profesor?

Matthew exhaló despacio. ¿Le preocupaba? Aunque no era lo natural entre un profesor y su alumna, reconoció que no le molestaba seguir caminando con ella. La tarde era fresca y la conversación le resultaba demasiado interesante para terminarla de forma abrupta.

—Solo me preguntaba si tiene por costumbre caminar sola en Cambridge —comentó, observándola de reojo.

—No suelo hacerlo dado el tiempo que preciso para ello, pero hoy me ha parecido adecuado.

—¿A qué se debe la excepción?

Eleonor giró la cabeza y lo miró con una expresión en la que se adivinaba curiosidad y cierta diversión.

—A que usted parece dispuesto a escucharme, aunque sea solo por refutar mis palabras.

Matthew optó por decir la verdad.

—No tengo por costumbre rechazar una conversación interesante… venga de quien venga. Pero, si me permite la observación, suele venir en carruaje, ¿verdad?

—Así es. Mi familia dispone de uno, pero hay ocasiones en las que prefiero prescindir de él. Además, caminar ayuda a aclarar las ideas.

—Reconozco que no esperaba que prefiriera una caminata de más de treinta minutos antes que la comodidad de un coche.

Eleanor se encogió de hombros.

—La comodidad tiene su atractivo, pero a veces resulta sofocante.

El sendero comenzaba a acercarse a las calles que conducían a Chesterton, situada al norte de Cambridge, y Matthew notó que las miradas de curiosidad aumentaban. Suspiró, pues, aunque debía reconocer que había disfrutado de la charla con la señorita Whitmore, él no dejaba de ser un hombre comprometido y ella una mujer soltera. En ese momento, una duda cruzó su mente: ¿sería, de verdad, una mujer sin compromiso?

Eleanor pareció notar la leve inquietud en él.

—¿Le incomodan las miradas, profesor? —preguntó con calma.

—No suelo prestarles demasiada atención —respondió, aunque en el fondo sabía que no era del todo cierto.

—Entonces no hay razón para preocuparse —sentenció Eleanor con tranquilidad.

Matthew no evitó una sonrisa. La audacia que descubría en su actitud comenzaba a resultar demasiado intrigante como para ignorarla, pero se acercaban a la zona residencial, y Eleanor se detuvo, consciente de que se aproximaban a su hogar. Aunque ella ya había demostrado al mundo que no comulgaba con las normas sociales, entendía que quizá su profesor podría encontrar problemas si alguien corría la voz de que había caminado con una alumna hasta

casi la puerta de su casa. Matthew comprendió el gesto y, en silencio, aceptó su despedida.

—Acompañarla hasta aquí ha sido una decisión cuestionable —comentó Matthew con un deje de ironía—. Espero que no le genere ningún inconveniente.

Eleanor lo miró fijamente, ladeando la cabeza con una expresión divertida.

—No es a mí a quien deben preocuparle las apariencias, profesor.

Matthew entrecerró los ojos, evaluando la sutil provocación en su tono. Se dio cuenta, entonces, de que Eleanor Whitmore era un desafío en su aula, en cada palabra y en cada mirada. No respondió. Se limitó a inclinar la cabeza en un gesto breve y formal y la observó girar sobre sus talones y desaparecer, algunos metros más allá, tras la puerta de su hogar.

El aire fresco de aquella tarde ya no le parecía tan nítido. Y, por primera vez en mucho tiempo, Matthew sintió que tenía una pregunta en la que valía la pena seguir pensando.

Capítulo 8

El aula estaba en completo silencio. Matthew Ashford había planteado una cuestión filosófica desafiante y, como era habitual, la mayoría de los alumnos varones estaban listos para intervenir. Sin embargo, cuando Eleanor Whitmore levantó la mano, la atmósfera en la sala cambió.

Matthew, en lugar de fruncir el ceño o interrumpirla con su habitual escepticismo, asintió.

—Señorita Whitmore, adelante.

Eleanor sintió la mirada de varios de sus compañeros clavada en ella. Inspiró profundamente para adquirir seguridad y logró presentar su argumento con fluidez, apoyándose en sus lecturas y en la lógica que había desarrollado durante los años pasados. El profesor la escuchó con atención, sin apresurarse a rebatirla y, cuando terminó, se tomó unos segundos antes de responder, cruzando las manos sobre el escritorio.

—Interesante enfoque. ¿Y si consideramos este análisis desde la perspectiva opuesta? ¿Cómo justificaría su punto de vista bajo otra estructura moral?

Eleanor se quedó en silencio un momento, valorando si su

propuesta era un intento de desacreditarla, pero optó por creer que suponía una invitación a profundizar más en su razonamiento. Algunos estudiantes masculinos intercambiaron miradas incómodas, quizá porque no entendían esa oportunidad que se le estaba brindando. Pero Eleanor no dudó en aceptar el desafío. Retomó su argumentación explorando nuevas líneas de pensamiento. Cuando terminó, Matthew asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Un planteamiento sólido. —Se giró hacia el resto de la clase—. ¿Alguna objeción?

Un par de voces masculinas intentaron ofrecer contrargumentos, pero Eleanor los enfrentó con serenidad. En ambas ocasiones el profesor no intervino a su favor ni en su contra; tan solo observó y permitió que la discusión siguiera su curso. Entonces Eleanor fue de verdad consciente de que Matthew Ashford la observaba, quizá, como una alumna que se había ganado su derecho a estar allí.

***

Más tarde, al salir de la clase, Eleanor cruzó el pasillo principal en dirección a la salida. Apenas había avanzado unos metros cuando escuchó una voz familiar a su lado.

—Interesante intervención la de hace un rato.

Matthew caminaba junto a ella, con las manos en los bolsillos y su habitual expresión neutral, aunque con un destello de curiosidad en la mirada.

—Espero que no haya resultado demasiado… disruptiva —respondió Eleanor, con un deje irónico.

—No diría eso. Aunque parece que sus compañeros aún no están acostumbrados a que alguien los desafíe con tanta seguridad.

—¿Y usted? —preguntó con sutileza—. ¿Tampoco está

acostumbrado?

—Digamos que siempre doy la bienvenida a los debates intelectuales que se sostienen con buenos argumentos.

Eleanor alzó una ceja, recordando su primer enfrentamiento en el aula con él. Definitivamente, su actitud había cambiado. Pero antes de poder ahondar en el tema, él hizo un leve gesto con la cabeza y se alejó en dirección opuesta.

—Que tenga un buen día, señorita Whitmore.

Eleanor observó su figura desaparecer antes de que abandonaran el *college*, con una sensación extraña en el pecho. No sabría decir qué era con exactitud, pero no era la misma desconfianza que había sentido tantas veces en Cambridge. Durante años había aprendido a protegerse, a mantenerse firme ante las miradas de burla, los comentarios condescendientes y las expectativas limitadas que otros tenían para ella. Había asumido que debía estar siempre a la defensiva, que cada conversación con un hombre en aquel entorno académico era una prueba velada de su valía.

Pero con Matthew Ashford… no estaba tan segura. No podía decir que confiaba en él, pero tampoco sentía que tuviera que protegerse. No como con los demás. Quizá porque, a diferencia de la mayoría de sus compañeros y profesores, él la escuchaba. Quizá porque la desafiaba sin la intención de humillarla. O quizá porque, por fin, sentía que alguien la estaba mirando con genuina curiosidad, no con desprecio ni indulgencia.

Aun así, no podía bajar la guardia. No del todo.

Capítulo 9

El salón olía a bergamota y caoba pulida. Las cortinas de terciopelo azul estaban entornadas, dejando pasar una luz oblicua que se deslizaba sobre los paneles de roble y los jarrones de porcelana de Imari. La chimenea chispeaba con una llama discreta, apenas un murmullo en el inmaculado salón.

Una criada entró en silencio y dejó el servicio de té sobre la mesa baja entre Matthew y Margaret. Esta le hizo una leve señal con la mano, indicándole que sería ella quien serviría. La joven asintió con una pequeña inclinación y se retiró a un discreto rincón del salón, lo bastante cerca para ser llamada si fuera necesario. La puerta quedó entreabierta.

Margaret llevaba un vestido en muselina gris perla, con cuello alto y botonadura delicada. Sus puños estaban rematados con encaje blanco, y un camafeo antiguo sujetaba una cinta de terciopelo al cuello. Sentada con la espalda recta, sus manos reposaban sobre su regazo con la gracia medida de quien ha sido entrenada para la perfección.

Matthew, en cambio, vestía su traje de *college*, con la levita apenas desabrochada, pues había perdido la noción del tiempo en su

despacho y llegó con la hora justa a su cita semanal con su prometida. Su expresión, a pesar de todo, era serena, aunque sus ojos mostraban señales de un cansancio mental más profundo que el del cuerpo.

—¿Azúcar, Matthew? —preguntó Margaret con su habitual sonrisa impecable, mientras vertía el té con una precisión exquisita.

—Una cucharadita, gracias.

Ella asintió, sirvió la bebida y lo observó un instante antes de intervenir, sin perder la amabilidad.

—Mi madre ha estado hablando con otras damas, y cree que deberíamos fijar una fecha después de Navidad. Opina que una boda en abril sería más prudente. El tiempo sería más benévolo para los viajes, y tendríamos margen suficiente para los preparativos sin necesidad de correr.

Matthew bajó la mirada hacia su taza, removiendo el azúcar con un gesto pausado.

—¿Y tú qué opinas?

—Creo que abril es razonable —respondió—. Ni demasiado pronto, ni tan lejano como para que empiecen las preguntas. Además, tu familia podría organizarse con calma para venir desde Oxford, ¿no es así?

Matthew asintió. La mención a su familia le provocó un leve temblor en la comisura del labio, que disimuló bebiendo un sorbo de té, y no solo por el recuerdo de la delicada salud de su madre, sino por el de la presión sutil que ella aún ejercía sobre él, incluso desde la distancia, cada vez que se hablaba de su futuro.

—¿Algo te preocupa? —preguntó Margaret.

—Nada grave. El inicio del curso ha sido más exigente de lo esperado.

Ella no insistió, pero sus ojos buscaron algo más en los de él. Al

no encontrarlo, cambió con sutileza de terreno.

—Mi prima Laura me habló de una de tus alumnas. Eleanor Whitmore, si no me equivoco. La mencionaste en la comida con mis padres hace algunas semanas, pero parece que también ha dado de qué hablar fuera del aula.

Matthew dejó la cucharilla sobre el platito con extremo cuidado.

—Es una estudiante brillante. Tiene una inteligencia aguda. A veces incluso demasiado.

Margaret sonrió, ladeando la cabeza con ligera ironía.

—Tal vez por eso llama la atención. En mujeres, el exceso de agudeza suele ser interpretado como atrevimiento.

—Sí, lo sé —respondió Matthew, no del todo cómodo—. Pero su presencia en clase ha sido… interesante. Distinta.

Margaret lo observó durante un instante. Luego alzó su taza con gracia.

—Debe de ser estimulante rodearse de mentes brillantes todo el día —comentó, como si hablara en general—. Aunque me pregunto si eso no lo vuelve todo... demasiado *interesante*.

Matthew ladeó la cabeza, sin responder de inmediato. La frase le pareció inusual, aunque no del todo impropia.

—Imagino que, para ella, todo se reduce al estudio. Es una joven muy centrada en su trabajo.

—Por supuesto —respondió Margaret con una sonrisa, dejando la taza en el platito—. No pretendía decir nada con ello.

Hubo un silencio breve, que ninguno de los dos pareció sentir la necesidad de romper. Al final, Margaret volvió a sonreír.

—Claro. Supongo que todos terminamos por mostrar quiénes somos, tarde o temprano, y por asumir nuestro lugar en la sociedad, si queremos sobrevivir en ella.

Y con eso, llevó el té a los labios con la misma elegancia con la

que había iniciado la conversación. La advertencia estaba ahí, suspendida entre las volutas de vapor, vestida de cortesía y terciopelo.

Capítulo 10

Aquella mañana, Eleanor había decidido caminar hasta el *college*. El día había amanecido fresco y la luz de finales de otoño hacía que el trayecto fuera, si no agradable, no del todo desapacible, por lo que le pareció un buen momento para ordenar sus pensamientos. Había tenido días intensos, con clases exigentes y conversaciones que la dejaban con la mente en constante actividad. Sentía la necesidad de recuperar algo de calma antes de sumergirse de nuevo en el ritmo de Cambridge.

Cuando estaba a unas calles de su destino, escuchó unos pasos acercándose a su lado. No tardó en reconocer la silueta de Matthew Ashford, caminando con su porte habitual, las manos cruzadas a la espalda y la mirada observando el camino con aparente distracción.

—No esperaba encontrarla por aquí a estas horas, señorita Whitmore —comentó, con la misma neutralidad de siempre.

—Hoy he preferido caminar —respondió ella—. A veces, un paseo despeja más el pensamiento que cualquier libro.

—Una afirmación interesante —murmuró Matthew—. Aunque dudo que muchos de sus colegas la compartan. En Cambridge, la mente parece considerarse más valiosa cuanto más agotada está.

—Quizá por eso algunos nunca llegan a pensar con claridad —replicó tras una leve carcajada.

Para su sorpresa, Matthew sonrió también. Caminaron juntos el resto del trayecto, conversando sobre la intensidad del curso, los retos de la enseñanza y la manera en que algunos académicos parecían disfrutar más de complicar el conocimiento que de transmitirlo.

Cuando llegaron a la entrada del Newnham College, Eleanor sintió que la conversación había sido más natural de lo que esperaba. Tan solo una charla cordial. Y eso la hizo recordar algo que no había vuelto a considerar desde que conoció al profesor Everly: no todos los hombres en Cambridge eran una amenaza.

Desde la puerta principal, Alice los vio llegar juntos, entre sorprendida y divertida, y aguardó con una sonrisa a que Eleanor llegara a su lado.

—Señorita Harrington, señorita Whitmore, que tengan un buen día.

Matthew se despidió de ellas con algo de premura, pues aún le faltaban diez minutos para llegar al King's College, y las dos jóvenes, en silencio, se encaminaron a la biblioteca. Una vez allí, eligieron una mesa algo más alejada del resto y se dispusieron al estudio. Eleanor apenas había abierto su libro cuando Alice lo cerró con un golpe seco que provocó algunas miradas incómodas.

—¿Piensas decirme qué está ocurriendo con el profesor Ashford o debo suponerlo yo sola?

Eleanor suspiró.

—No ocurre nada, Alice. Es solo que… hablamos más. Discutimos ideas, debatimos.

Alice apoyó el codo en la mesa y la miró.

—Y parece que ha encontrado satisfactorio compartir paseos

contigo. Eso suena peligrosamente a admiración mutua, querida.

Eleanor negó con la cabeza.

—No exageres. Solo ha dejado de tratarme como lo hacen el resto de los hombres en esta institución.

—Quizá porque ya no comparte esa opinión —comentó con ligereza—. Y eso es lo que me intriga.

Eleanor desvió la mirada hacia su libro, como si las páginas pudieran ofrecerle una respuesta que ella misma no tenía. No quería admitirlo, pero algo había cambiado. Y Matthew Ashford, con toda su aparente severidad, parecía estar en el centro de ese cambio.

Capítulo 11

Eleanor había aprendido a moverse por Cambridge con la precisión de quien conoce un terreno hostil. Sabía qué pasillos evitar a ciertas horas, qué rutas tomar para minimizar encuentros innecesarios y qué espacios le permitían desaparecer de la vista de quienes consideraban su presencia una ofensa a la institución. Durante tres años, esa estrategia había funcionado sin mayor inconveniente.

Pero ahora…

Ahora parecía imposible no cruzarse con Matthew Ashford.

Los primeros encuentros los había atribuido al azar. Era normal que coincidieran en los pasillos del *college* o en los jardines. Pero, con el paso de los días, Eleanor comenzó a notar un patrón. El profesor aparecía con más frecuencia en los mismos lugares que ella, a menudo con un comentario o una observación sobre su última clase; si caminaba sola hacia la biblioteca, no tardaba en escucharlo acercarse con su paso seguro y medido; si salía de algún lugar común, era habitual encontrarlo en el camino, como si ambos tuvieran destinos similares; si el debate en el aula había sido demasiado intenso, él solía aparecer poco después, con la expresión de quien aún tenía algo más que decir.

Al principio, Eleanor lo ignoró. No tenía sentido pensar que un hombre como Matthew Ashford buscara su compañía de manera deliberada, pero las coincidencias se volvieron cada vez más evidentes. Y lo más inquietante era que, además, ella no se molestaba cuando lo hacía.

Una tarde, cuando regresaba a su *college* con la intención de recuperar la concentración después de un debate agotador, escuchó pasos tras ella. No necesitó girarse para saber quién era.

—Hoy ha estado particularmente elocuente en clase, señorita Whitmore.

La voz de Matthew resonó con su tono usual, medido y sin estridencias.

—¿Se refiere a que he hablado demasiado, profesor? —preguntó con ironía.

—Me refiero a que ha sabido llevar el debate a su favor con más astucia de la habitual. Algunos de sus compañeros parecían bastante contrariados.

—No es mi intención contrariarlos. Solo exponer un punto de vista que, al parecer, incomoda a más de uno.

—Diría que más que incomodar, los obliga a pensar.

—¿Ese es su diagnóstico como profesor?

—Es mi diagnóstico como alguien que ha observado suficientes debates en su vida para reconocer cuándo un interlocutor tiene el control.

—Me pregunto si lo dice con admiración o con advertencia.

Matthew la miró con una media sonrisa.

—Tal vez un poco de ambas.

El tono con el que lo dijo fue tan medido que Eleanor no supo si debía interpretarlo como un halago o como un nuevo reto. La desconcertaba que, a diferencia de otros profesores, Matthew no

parecía buscar su fracaso, pero tampoco facilitarle el camino. Se mantenía entre dos aguas.

Caminaron juntos el resto del trayecto sin apresurarse y Eleanor empezó a ser consciente de la cantidad de miradas que recibían, pero, cuando observó al profesor de reojo, se sorprendió al constatar que él parecía ajeno a ellas, o al menos no daba muestras de importarle.

Cuando llegaron a la salida del King's College, Eleanor se detuvo.

—No creo que el resto de Cambridge vea con buenos ojos que nos crucemos tan a menudo, profesor.

Matthew arqueó una ceja.

—¿Le preocupa lo que piensen?

—No por mí. Pero usted es un profesor y yo una alumna. No quisiera que nadie malinterpretara nuestras conversaciones.

—Una preocupación válida. Aunque dudo que sus compañeros necesiten excusas para hablar de usted.

—Eso es cierto. Pero no veo la necesidad de darles más motivos.

Matthew la miró un instante más y luego asintió. Sin embargo, cuando Eleanor se dio la vuelta para seguir su camino, Matthew habló de nuevo.

—¿Después irá directamente a su casa?

Eleanor se detuvo y lo miró con ligera sorpresa.

—Sí, cuando termine la próxima clase. ¿Por qué lo pregunta?

—Tengo intención de visitar a un amigo que vive por la misma zona. Si lo hace andando, puedo acompañarla parte del trayecto.

—¿Es una invitación o una recomendación? —Eleanor no pudo evitar el asombro en su voz.

—Una opción. Por tanto, puede rechazarla si lo prefiere.

Eleanor lo sopesó. Caminar sola no le molestaba, pero la compañía de Matthew Ashford… era diferente. Aún no decidía si era

algo bueno o malo.

—Si insiste en tomar este camino, no seré yo quien se interponga.

Matthew sonrió con un leve asentimiento.

—Entonces, caminaremos. Le parece bien que nos veamos a la salida del *college*… ¿en una hora?

—Allí estaré.

Con la sonrisa aún en el rostro, Matthew se despidió de ella.

Cincuenta minutos después, Eleanor reconoció que estaba perdiendo el tiempo. Había intentado, por todos los medios, concentrarse en lo que Eleanor Sidgwick les estaba contando, pero, tras moverse en el asiento un número indefinido de veces sin lograr encontrar la mejor postura, aceptó que lo que de verdad le interesaba esa tarde no lo encontraría entre las interesantísimas palabras de su directora.

Resignada, aguantó como pudo hasta el final de la clase, recogió los papeles distribuidos sobre su mesa y aprovechó mientras salía del aula para pensar sobre sus sentimientos. ¿Por qué, de pronto, sentía esa nostalgia cuando finalizaban las clases con el profesor Ashford? Temía conocer la respuesta. Y lo temía porque aquello significaba aceptar un sentimiento que no tenía cabida en su presente. Ella estaba allí para cumplir una promesa, para demostrar al mundo que las mujeres tenían derecho a estudiar, a formarse, a enfrentarse a los hombres de manera abierta, e incluso a salir airosas de esas batallas. Y empezar, a esas alturas de su vida, a sentir algo por el género opuesto era, no solo un contratiempo para alcanzar sus objetivos, sino también un dilema que no deseaba enfrentar.

Matthew Ashford era interesante, sí, pero se daba cuenta de que no podía permitirse sentir nada más por él, porque, por encima de todas las cosas, era su profesor. Y lo último que quería era que sus

compañeros pensaran que obtenía sus victorias dialécticas por algo que no sucedía entre las cuatro paredes del aula.

No, ese interés en cruzarse en su camino debía finalizar. Y aprovecharía la caminata hasta su casa para abordar el tema con toda la discreción que fuera capaz de juntar.

Con la decisión tomada, caminó con paso firme hasta su punto de encuentro. Sin embargo, no avanzó demasiado fuera del recinto cuando escuchó pasos acompasados a los suyos.

—Y aquí estamos otra vez, señorita Whitmore.

Eleanor sonrió y comenzó a caminar a su lado.

—Lo dice como si hubiera sido fruto de una casualidad, profesor.

—Cierto, este encuentro no ha sido producto del azar, pero mi destino esta tarde podría considerarse como tal. Por tanto, diría que es una afortunada coincidencia.

—Lleva días en los que la casualidad le favorece demasiado.

Matthew rio.

—Quizá debería empezar a creer en el destino, señorita Whitmore.

—No parece usted un hombre que crea en esas cosas, profesor.

—No lo soy. Pero tampoco creo en ignorar lo evidente.

Eleanor sintió una leve tensión en su pecho y que su pulso se aceleraba al oír aquellas palabras. La manera en la que él pronunció «evidente» despertaba una inquietud extraña que se acercaba demasiado a los pensamientos que, minutos antes, habían rondado por su cabeza. Pero ¿qué era exactamente lo evidente? ¿Que sus encuentros ya no eran fortuitos? ¿Que había comenzado a esperar cada uno de ellos con más ansiedad de lo que estaba dispuesta a admitir? Tomó aire para enfrentar el problema, sin embargo, Ashford se le adelantó.

—Si vamos a caminar juntos, ¿qué le parece si dejamos a un lado los debates? Podríamos hablar de algo más sencillo.

A pesar de su determinación, Eleanor claudicó, quizá no era el momento. «Cobarde». La palabra resonó con dureza en su interior, aunque prefirió ignorarla mientras respondía con fingida ligereza:

—De acuerdo. ¿Tiene en mente algún tema en particular?

—No, la verdad.

—Podríamos empezar con algo básico. ¿Qué es lo que más le gusta hacer cuando no está enseñando filosofía?

Matthew pareció considerar la pregunta con más seriedad de la necesaria.

—Leer.

Eleanor soltó una risa.

—Eso no cuenta.

—¿Por qué no?

—Porque es la respuesta obvia. Un profesor de filosofía tiene que leer. Yo quiero saber en qué se entretiene Matthew Ashford cuando no tiene que hacerlo.

Al momento se arrepintió de la familiaridad que acababa de mostrar al llamarlo por su nombre. Lo observó por el rabillo del ojo, pero no notó que él se incomodara, al contrario, se dio cuenta que Matthew la observaba antes de responder.

—Me gusta montar a caballo. Y navegar. Aunque hace años que no lo hago.

Eleanor lo miró con sorpresa.

—¿Navegar? No lo habría imaginado.

—Hay muchas cosas sobre mí que no imagina, señorita Whitmore.

Eleanor sintió cómo su corazón latía un poco más fuerte. Era la primera vez que él insinuaba algo así, algo que abría una puerta a lo desconocido. Caminaron un poco más en silencio.

—¿Y usted? —preguntó Matthew de pronto—. Además de desafiar a medio Cambridge con su inteligencia, ¿qué le gusta hacer cuando

no está debatiendo?

—¿Eso es lo que piensa que hago? ¿Debatir constantemente?

—Es lo que he visto hasta ahora. Y debo admitir que lo hace bastante bien.

Una nueva ola de calor se instaló en su pecho al percibir el halago implícito…, y por el modo en que él lo había dicho: ni condescendiente ni irónico. Era sincero.

—Me gusta pasear cuando tengo tiempo. No siempre tengo la oportunidad, pero cuando llega, disfruto de la sensación de caminar sin prisa.

—Una contradicción interesante. Pocas veces la he visto sin prisa en el King's.

—Quizá porque no es un lugar que me permita detenerme.

Matthew asintió, comprendiendo el verdadero significado de sus palabras.

—Entonces, ¿pasear es su manera de encontrar algo de libertad?

—Más bien es mi forma de recordar que la tengo.

Él la miró de reojo y descubrió una férrea determinación en su expresión que iba más allá de sus palabras. La claridad con la que hablaba de libertad despertó en él una incomodidad profunda que le llevó a preguntarse cuántas veces en esos tres años anteriores a su llegada, Eleanor habría sentido esa libertad amenaza en Cambridge. Notó una punzada amarga al imaginar las incontables batallas silenciosas que debió librar, enfrentado cada jornada con valentía en un entorno que solo buscaba asfixiar sus ambiciones, y entonces, casi sin darse cuenta, empezó a mirarla con otros ojos. ¿Cómo había podido soportar tanto tiempo sin quebrarse, sin que nadie valorara su fortaleza y su coraje?

Una repentina oleada de frustración lo invadió al reconocer que, aunque él no la había arrinconado en ningún momento desde su

llegada, sí había dudado de ella desde el inicio y del valor y la necesidad de la educación superior femenina, considerándola una excentricidad social, y nunca, hasta ese instante, había comprendido de verdad las luchas internas que Eleanor había enfrentado durante años.

Su nuevo puesto en Cambridge, acababa de darse cuenta, había dejado en entredicho sus creencias y, al conocer a la señorita Whtimore, se veía, además, confrontado con la realidad que tantas veces había negado.

Sin pretenderlo, su pensamiento evocó a Margaret, cuya vida ordenada, cómoda y segura contrastaba radicalmente con la de Eleanor. ¿Sería su prometida capaz de mostrar ese nivel de curiosidad intelectual que la señorita Whtimore parecía poseer? ¿Compartiría con él debates y cuestionamientos sobre la vida con esa misma intensidad? Y, de pronto, Matthew dudó sobre si lo que buscaba en una pareja era comodidad y estabilidad, o alguien que pudiera desafiar su intelecto y encender una chispa distinta en su vida…

Eleanor, ajena al tumulto de pensamientos que atormentaba a Matthew, apretaba los puños. Aunque con el paso de los años había adquirido una asombrosa capacidad de mostrarse serena, en su interior seguía latiendo la impotencia acumulada de todos esos momentos en los que había tenido que defenderse. Respiró hondo para recordarse que, lejos de estar allí para buscar comprensión, lo hacía para reafirmar una vez más que no cedería terreno ante nadie, ni siquiera ante él.

—¿Y hay algún sitio al que le gustaría ir si pudiera hacerlo sin restricciones?

Eleanor tardó un momento en responder, lo justo para volver del lugar al que había viajado su mente.

—Me gustaría conocer Grecia —dijo al final—. Ver Atenas, recorrer los lugares que he leído en los libros... Imaginar a los filósofos discutiendo en el ágora, caminando por las mismas calles que yo.

Matthew arqueó una ceja, intrigado.

—No lo habría imaginado.

—¿No?

—Pensé que elegiría un lugar como París, Roma… Alguna ciudad que representara el progreso más que el pasado.

—El pasado tiene más respuestas de las que creemos. Y entenderlo nos ayuda a construir lo que vendrá después.

Matthew la observó con atención. Era imposible no notar cómo su expresión se iluminaba cuando hablaba de ideas que le importaban.

—¿Y usted? —preguntó Eleanor tras unos segundos—. ¿Hay algún sitio al que le gustaría ir?

—Siempre he querido conocer Escocia. Sus paisajes, su historia. La inmensidad de esos terrenos me resulta… fascinante.

—¿Fascinante?

—La idea de perderse en un lugar así, donde el mundo parece más grande de lo que creemos.

Eleanor lo miró de lado y repitió sus mismas palabras:

—No lo habría imaginado.

Matthew sonrió.

—Parece que hay muchas cosas que no imaginamos el uno del otro.

Eleanor sintió un ligero escalofrío recorrerle la espalda al darse cuenta de que, en efecto, aún quedaban demasiadas cosas por descubrir y que ella se moría de ganas por empezar.

Caminaron un poco más en silencio, pero ahora con una sensación distinta, con la impresión de que cada palabra compartida había dejado una semilla que seguiría creciendo en sus pensamientos

mucho después de despedirse.

Cuando se aproximaban a Chesterton, Matthew inclinó la cabeza con cortesía.

—Que tenga una buena tarde, señorita Whitmore.

Eleanor lo miró un instante más antes de despedirse y girarse para continuar hasta su casa. Matthew se quedó allí unos segundos más, sin moverse. Solo en ese momento se preguntó qué era lo que realmente le había impulsado a caminar con ella. Y cuando se alejó, se dio cuenta de algo que no quería admitir: había sido intencionado. Porque en algún punto de esa conversación, sin darse cuenta, había empezado a imaginar cosas.

Y eso podía ser un problema.

Capítulo 12

—¿El genio es innato o se cultiva? ¿Nacemos con un talento excepcional o es la educación y el esfuerzo lo que lo desarrolla?

El aula estaba en completo silencio, tensa por la discusión que la cuestión planteada por el profesor Ashford había generado. Hubo una pausa mientras los alumnos procesaban el planteamiento. Luego, un joven en la primera fila levantó la mano.

—Es evidente que algunas personas nacen con habilidades extraordinarias —dijo con confianza—. No cualquiera puede ser un Newton o un Shakespeare. Por tanto, el talento no se enseña, profesor. Es algo con lo que se nace.

—Entonces, según usted, el entorno no tiene impacto en el desarrollo del talento —replicó Matthew, con tono neutral—. Es decir, da igual el acceso a la educación, los recursos o las oportunidades; si una persona está destinada a ser un genio, lo será sin importar las circunstancias.

El joven vaciló un momento, pero antes de que pudiera responder, otra voz intervino.

—Exactamente —dijo Carter, con un tono cargado de autosuficiencia—. Y la historia lo demuestra. Los grandes

pensadores, los verdaderos genios, han sido hombres.

Se escucharon algunas risas en la sala, procedentes, en su mayoría, de la bancada en la que el señor Carter y sus seguidores estaban ubicados.

Eleanor sintió cómo el aire se tensaba a su alrededor. No era la primera vez que escuchaba algo así, pero la familiaridad del argumento no lo hacía menos exasperante.

—¿Y cómo explicaría usted eso, señor Carter? —preguntó Matthew con calma.

El aludido se encogió de hombros con una sonrisa desdeñosa.

—Es evidente, profesor. Si la genialidad pudiera cultivarse, habría más mujeres en la historia del pensamiento. Pero no las hay. Quizá las condiciones no son el problema, sino su capacidad innata para alcanzar la excelencia.

Hubo un murmullo en la sala. Algunos estudiantes sonrieron. Otros esperaban expectantes.

Eleanor sintió un latido sordo en sus sienes. No podía dejarlo pasar.

—¿Y cuántas mujeres han tenido la oportunidad de demostrar su talento? —preguntó, tensa.

Carter la miró con una media sonrisa.

—Si la oportunidad fuera el único factor, bastaría con darles educación y esperar a que surgieran genios femeninos con la misma frecuencia que masculinos. Pero, a pesar de esa ocasión que les hemos brindado, los hechos hablan por sí solos. La historia no miente.

—La historia no miente, pero sí omite —replicó—. ¿Quién ha escrito esa historia que usted usa como argumento? ¿Quién ha decidido qué nombres merecen ser recordados y cuáles no?

Algunas cabezas se giraron hacia Matthew, esperando su reacción.

Pero él no intervino. Aún no. Carter resopló con suficiencia.

—Es curioso que siempre que surge este debate, la culpa nunca sea de las mujeres, sino de la historia, de los hombres, de la sociedad. Tal vez tan solo es más difícil encontrar genios femeninos porque, sencillamente, no los hay.

Eleanor sintió una chispa de rabia encenderse en su interior.

—No se puede encontrar lo que nunca se ha buscado.

Carter soltó una breve risa.

—Quizá porque no había nada que encontrar.

El murmullo en la sala aumentó. Eleanor notó algunas miradas burlonas, otros estudiantes intercambiaron gestos de aprobación con Carter.

Y, entonces, Matthew habló.

—Señor Carter, su argumento se basa en la premisa de que la ausencia de evidencia es evidencia de ausencia. Permítame ofrecerle una perspectiva diferente. —Observó a Carter con paciencia antes de hablar—. Consideremos el caso de Ada Lovelace, compatriota matemática y escritora que murió a mediados de nuestro siglo. Su trabajo con Charles Babbage en la máquina analítica les permitió desarrollar un método para calcular funciones matemáticas mediante secuencias numéricas. A pesar de que su trabajo no recibió el reconocimiento que merecía, sus aportaciones han sido fundamentales en el desarrollo del análisis numérico.

Carter frunció el ceño.

—Profesor, un caso aislado no refuta la tendencia general.

Matthew asintió con calma.

—Es cierto. Entonces, pensemos en Mary Anning, paleontóloga autodidacta. A pesar de haber nacido en una familia humilde y no haber recibido educación formal, ha realizado algunos de los descubrimientos más importantes en el campo de la paleontología,

incluyendo el primer esqueleto completo de un ictiosaurio. Su trabajo ha sentado las bases para la comprensión de los reptiles marinos prehistóricos. Sin embargo, sabemos que muchos de sus hallazgos fueron publicados por hombres que… ¿quizá se apropiaron de su trabajo? No vamos a entrar en eso ahora, porque muy poco se ha hablado de ella a día de hoy. —Un murmullo recorrió la sala. Matthew prosiguió con serenidad—. Estos son solo dos ejemplos, pero hay más. Si las mujeres no hubieran sido sistemáticamente excluidas de las universidades y sociedades científicas, ¿cuántas más habrían podido cambiar el rumbo del conocimiento? El genio no es exclusivo de un sexo. Solo las oportunidades lo han sido.

Carter apretó los labios, sin saber qué responder. Matthew no había perdido la calma en ningún momento, pero su conclusión fue un golpe inapelable.

—No se inquiete, señor Carter. El debate no acaba aquí. Quizá podamos retomar ahora, con algo más de perspectiva, una de las cuestiones que planteamos al inicio del curso. Veamos, de nuevo les pregunto: ¿creen que el conocimiento es un derecho inherente o un privilegio condicionado por la posición social?

Algunos estudiantes que habían intervenido en el debate anterior, se animaron a participar de nuevo y defendieron que la educación debía estar reservada para quienes pudieran aportar algo a la sociedad, para quienes tuvieran medios y la inteligencia suficiente para aprovecharla. Matthew, cada vez más consciente de la realidad en la que vivía, tradujo en su interior lo que querían decir los estudiantes masculinos: la educación estaba reservada para ellos. Sin ser consciente de lo que hacía, dirigió su mirada a la segunda bancada de la izquierda, donde la señorita Whitmore parecía haber ubicado su espacio clase tras clase. No se equivocó en lo que vendría a continuación.

Eleanor, con la espalda recta y la barbilla en alto, intercambió alguna mirada de hastío con Alice y esperó con paciencia a que sus compañeros terminaran de hablar antes de levantar la mano.

—El conocimiento —interrumpió Carter de nuevo, cuando Matthew estaba a punto de dar la palabra a Eleanor— es un privilegio justo porque requiere esfuerzo. Si cualquiera pudiera obtenerlo, perdería su valor, ¿no piensa igual, señorita Whitmore?

Ante una apelación tan directa, Eleanor no dudó en contestar.

—¿Para quién perdería su valor, señor Carter? ¿Sería tan amable de ilustrarme?

—Para la sociedad en general, por supuesto.

Eleanor dejó escapar una leve risa carente de humor.

—Como le dije la vez anterior, solo perdería su valor para quienes lo usan como una barrera para mantenerse en el poder.

—Veo que desde entonces no ha cambiado de parecer. Permíteme que le diga que su argumento sigue siendo demasiado idealista, señorita Whitmore.

—Puede llamarlo como quiera, pero se trata solo de lógica —replicó Eleanor con calma—. Si usted es parte de un grupo que establece leyes y reglas, y esas reglas le benefician, ¿por qué querría cambiarlas?

Carter sonrió con la arrogancia que le caracterizaba, sabiendo que, aunque parecía haber perdido el debate anterior, en este se declararía vencedor indiscutible:

—Porque algunos entendemos que el conocimiento debe estar, y estará, en manos de quienes puedan usarlo con total corrección.

Pero Eleanor no había dicho su última palabra y contraatacó:

—¿Y quién determina cuál es su uso correcto?

—Quién no, qué. La tradición, la experiencia.

—Es decir, los mismos que siempre han decidido quién tiene

acceso al conocimiento. Qué conveniente. Es curioso, señor Carter, cómo hemos terminado en el punto de partida.

—Es curioso, señorita Whitmore —repitió Carter sin ocultar su sonrisa burlona—, siempre habla con seguridad sobre lo injusto que es el sistema, pero sigue aquí, aprovechándose de él. —Un coro de voces masculinas resonó de fondo, aplaudiendo la intervención de su compañero—. Si de verdad creyera que Cambridge es un círculo de exclusión, habría buscado otra institución más acorde a sus principios.

De nuevo, unas nuevas risas corearon el final de su discurso, acompañadas de algún que otro aplauso. Eleanor sintió que Alice tensaba la postura a su lado, y se preparó para contestar, negándose a que la cuestión terminara ahí, pero Matthew, una vez más, se lo impidió.

—Señor Carter.

Este dejó de observar el rostro de Eleanor y giró la cabeza hacia él con una candidez del todo fingida:

—¿Sí, profesor?

—Acaba de afirmar que la educación debe reservarse para quienes puedan hacer uso *correcto* de ella. Pero debo recordarle que su argumento carece de fundamento si no puede definir de manera objetiva qué significa «hacer uso correcto del conocimiento».

—Creo que es evidente —respondió frunciendo el ceño.

—Si lo fuera, no habría debate.

La tensión se hizo palpable de nuevo, y Matthew sintió la profunda mirada de Eleanor observándolo con atención.

—¿Acaso usted no cree que la educación debería ser accesible a todos, profesor? —preguntó otro estudiante.

Matthew no apartó la vista de Carter cuando contestó.

—Lo que yo creo es que la educación es una prueba constante. Y

la realidad es que no todos superan esa prueba, pero eso no significa que se deba negar la oportunidad a quienes desean enfrentarla. Volviendo a usted, señor Carter, según su razonamiento, Cambridge solo debería admitir a quienes tienen la capacidad de hacer un uso *adecuado* de su educación, ¿cierto?

—Exacto.

—Bien, entonces, permítame preguntarle: si un estudiante se considera digno de recibir educación en Cambridge, pero en lugar de utilizarla para argumentar con precisión recurre a la burla para encubrir sus vacíos retóricos, ¿significa que ha desperdiciado su oportunidad y, por tanto, debe abandonar esta institución?

El rostro de Carter se endureció de inmediato y sintió todas las miradas sobre él. Abrió la boca para defenderse, pero se detuvo. El profesor Ashford lo había humillado en público. Y para respaldar la posición de una mujer, ni más ni menos. Pero Matthew no alargó el silencio innecesariamente.

—Piénselo, Carter. Y, cuando tenga una respuesta que no se base en descalificar a su oponente, estaré encantado de que la comparta en clase.

Acto seguido, retomó la lección con naturalidad, como si nada hubiera ocurrido, hasta que llegó la hora de finalizar. Entonces, se levantó, recogió sus cosas y abandonó el aula. Tenía mucho en lo que pensar.

Eleanor, sin embargo, no consiguió disminuir la adrenalina que hacía latir su pecho con tanto desenfreno desde su última intervención en el debate y consiguió aguantar hasta el final sin mirar al profesor Ashford ni una sola vez, porque se negaba a darle la satisfacción de pensar que agradecía su ayuda. Muy al contrario, cuando terminó la clase, abandonó el edifico hirviendo de rabia. No se había sentido tan humillada en mucho tiempo.

***

Eleanor y Alice caminaban con el paso firme, la espalda recta y, en el caso de la primera, los labios apretados en una línea fina. No se había detenido a mirar a nadie al salir, pero sentía las miradas clavadas en su nuca, como si cada uno de sus compañeros esperara su reacción. Solo le susurró a su amiga que debía salir de allí, y ella se limitó a asentir y a acompañarla. Se conocían lo suficiente para entenderse sin necesidad de decir nada más y, aunque Alice no compartía lo que parecía afectar a Eleanor, sabía que para ella se había convertido en algo personal.

El aire frío de Cambridge golpeó su rostro mientras cruzaba el patio principal. Sabía que no debía alterarse, que su temperamento le jugaría una mala pasada si no mantenía la compostura, pero la irritación la carcomía desde que había salido de clase. Había pasado años enfrentando los desprecios, los murmullos malintencionados y los desafíos disfrazados de bromas. Había aprendido a lidiar con ello sola. No necesitaba la intervención de un profesor. Mucho menos la de Matthew.

—Señorita Whitmore.

La voz grave y serena del profesor las detuvo antes de que pudieran alejarse más. Eleanor cerró los ojos con frustración un breve instante, pero no se giró de inmediato. Inspiró profundamente antes de hacerlo, y luego giró sobre sus talones con una expresión de absoluto control.

—Profesor Ashford —respondió con frialdad.

—Eleanor —intervino Alice—, ¿necesitas que me quede?

Suspiró un segundo y trató de componer una sonrisa que transmitiera calma a su amiga.

—Te lo agradezco, Alice, pero creo que no hará falta.

Observó cómo ella asentía con la cabeza y se alejaba después, luego volvió su mirada a Ashford, solo para ver que este se detenía a un par de pasos de ella, con las manos tras la espalda y el rostro imperturbable, aunque en su mirada se adivinaba un atisbo de exasperación. No era la primera vez que discutían, pero había algo diferente en la tensión que flotaba entre ellos en esta ocasión, quizá porque, por primera vez..., por primera vez se enfrentarían fuera de una clase.

—Pensé que le interesaría discutir lo sucedido hace unos minutos —dijo él, con cautela.

Eleanor cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con dureza.

—No hay nada que discutir, profesor. Si ha venido a asegurarse de que le agradezco su intervención, lamento decepcionarlo.

—No buscaba agradecimientos, señorita Whitmore. Pero me parece curioso que parezca más molesta conmigo que con sus compañeros.

—¿Y no se ha preguntado por qué? —replicó, cortante—. No necesito que me defiendan, profesor. No vine a Cambridge a encontrar un protector. Vine a demostrar que soy tan capaz como cualquier otro estudiante. Su intervención solo ha logrado que mis compañeros piensen que necesito que alguien hable por mí.

Matthew la miró en silencio durante un instante. Luego, con la misma calma meticulosa con la que analizaba a sus alumnos en clase, añadió:

—¿Así es como lo ve? ¿Cree que intervenir para corregir un comentario irrespetuoso es una muestra de condescendencia?

—Es una muestra de que usted, como ellos, cree que necesito que alguien me proteja. Y le aseguro que no es así.

Matthew apretó la mandíbula y su expresión se oscureció. No era un hombre impulsivo, pero el hecho de que Eleanor lo desafiara en

ese asunto acababa de despertar en él una frustración que fue incapaz de ignorar.

—No he corregido a Carter por usted, señorita Whitmore, téngalo claro. Lo he hecho porque no tolero argumentos mediocres disfrazados de burla. Y porque… —se detuvo para poner en orden sus ideas, pero la mirada expectante de la joven lo apremió a continuar—, porque, de un tiempo a esta parte, he entendido que no me interesa si un estudiante es hombre o mujer, siempre y cuando tenga algo relevante que aportar. Y también porque, aunque le disguste admitirlo, hay momentos en los que ni siquiera usted puede luchar sola contra todo Cambridge.

Eleanor sintió el calor subirle al rostro, pero no permitió que su expresión vacilara.

—Si de verdad piensa que hago esto sola, entonces no ha entendido nada de lo que significa ser una mujer en esta universidad. Quizá debería pasar más tiempo en Newnham, y menos en King's, para descubrir si de verdad nadie más me acompaña.

El silencio se extendió entre ellos, denso e impenetrable. Matthew la observó con intensidad, buscando algún indicio en ella que le mostrara que, aunque fuera solo de manera sutil, aceptaba su intervención, pero no lo hubo. Finalmente, él suspiró y desvió la vista, cansado de aquella contienda. Eleanor, sin nada más que añadir, se dio la vuelta dispuesta a seguir a su compañera.

—No esperaba que esto terminara en un agradecimiento —dijo en voz baja—. Pero al menos esperaba que comprendiera que no soy su enemigo.

Eleanor detuvo sus pasos al escucharle y ser consciente de un repentino temblor en su interior. Quizá fue la forma en la que lo dijo, con un tono de decepción, lo que le provocó esa inquietud que no esperaba.

—No tengo enemigos, profesor —respondió ella, manteniendo la compostura mientras se daba la vuelta y lo enfrentaba—. Solo obstáculos que debo superar. Pero ha de entender que no permitiré que usted se convierta en uno de ellos.

Matthew le sostuvo la mirada y luego asintió con seriedad.

—Tampoco me permitiré convertirme en uno.

Eleanor no respondió. Su interior se agitaba con fuerza, pero no estaba dispuesta a reconocerlo. No allí. No frente a él. Sin más, giró sobre sus talones y se alejó con la cabeza en alto. Matthew la observó hasta que desapareció en la distancia, con una sensación extraña instalada en su pecho.

Ninguno de los dos pensó en aquello como el final de su discusión.

Capítulo 13

Matthew llegó a la residencia de los Fairchild al caer la tarde, aún alterado por su encuentro con Eleanor horas antes. Su habitual serenidad parecía haberse visto perturbada de manera irrevocable, y aunque trataba de convencerse a sí mismo de que solo necesitaba distraerse con una conversación tranquila con Margaret, su mente seguía regresando una y otra vez al rostro decidido y desafiante de la señorita Whitmore.

Margaret lo recibió en el salón con su habitual sonrisa suave y esa sensación de calma que siempre la envolvía, y se dispuso de inmediato a servirle una taza de té. Al mirarlo de frente, notó la tensión en su semblante.

—Buenas tardes, Matthew. Pareces algo preocupado —comentó, extendiéndole la taza con una mirada inquisitiva.

Matthew tomó asiento frente a ella y aceptó el té, intentando suavizar su expresión.

—Solo un día difícil en Cambridge. Algunos desacuerdos académicos.

—Entiendo. ¿Se trata de tus estudiantes? —preguntó Margaret tras esbozar una sonrisa de simpatía, y tratando de mostrar un

interés que no sentía.

Él asintió con lentitud, mientras decidía cuánto compartir con su prometida.

—En parte. A veces siento que, por más que intente mantenerme neutral, cualquier intervención que haga entre las paredes del *college* se interpreta como una toma de partido.

—Pero eres el profesor, querido. ¿Acaso no deberían aceptar lo que les digas sin más? —Frunció el ceño, confundida.

Matthew levantó de golpe la mirada de la taza y dejó escapar un suspiro discreto, al notar una creciente frustración interna.

—El problema es que no se trata solo de aceptar lo que digo, Margaret. Mis estudiantes tienen opiniones propias y esperan expresarlas con libertad. El respeto académico no puede ser impuesto, debe ser ganado mediante argumentos sólidos y razonados.

Ella pareció considerar sus palabras, aunque con algo de desconcierto.

—Supongo que tienes razón. Aunque creo que a veces piensas demasiado en esas cosas. ¿No sería más sencillo darles la razón y evitar problemas? Total, solo estáis debatiendo…

Nada más oír esas palabras, sintió cómo su mandíbula se tensaba, sorprendido por la respuesta de su prometida, pero logró mantener su voz calmada.

—Darles la razón sin merecerla solo socavaría mi autoridad. Además, eso no es educación, es complacencia. Y los debates, querida, les serán de vital importancia cuando alguno de ellos ocupe un puesto en el Parlamento.

—No entiendo mucho de estos asuntos académicos —dijo al fin la mujer, suavizando su tono y ofreciéndole una sonrisa de disculpa—, pero, si tanto te afecta, quizá deberías tomarte un receso. ¿No sería

mejor delegar algunos asuntos y descansar un poco más?

Matthew la observó de nuevo, esta vez con más atención, consciente de pronto de la enorme distancia que había entre ambos. Acto seguido notó una extraña opresión en el pecho que nunca había sentido en presencia de aquella joven que, hasta entonces, para él representaba la calma y el estatus social que siempre había buscado. Había acudido a Margaret en busca de consuelo o, al menos, de un oído comprensivo, pero solo había encontrado superficialidad y falta de entendimiento. La estudió mientras se llevaba la taza a los labios con delicadeza; desde luego se mostraba como la perfecta esposa: dulce, delicada, correcta, con intervenciones superficiales en su conversación… ¿Siempre había sido así de… simple? ¿Quizá había sido él quien, absorto en otras preocupaciones, nunca había reparado en ello? Se dio cuenta de que, fuera cual fuera la respuesta, hasta ese día jamás se había cuestionado si existía sintonía entre ambos en temas que, esa tarde, le parecían fundamentales. Una pequeña parte de él intentó justificarla, atribuir su actitud a una falta de interés en temas académicos, como ella misma había expresado, pero otra, una que le inquietó mucho más, comenzó a preguntarse si ese era el tipo de relación que deseaba para el resto de su vida. ¿Podría construir un futuro con alguien que parecía incapaz de entender sus preocupaciones más profundas, o que ni siquiera parecía intentarlo?

—Quizá tengas razón —respondió al final con una sonrisa forzada, evitando expresar su verdadera frustración—. Tal vez esté exagerando.

Margaret, satisfecha con esa respuesta más sencilla, cambió el tema hacia los preparativos de su próxima cena social. Matthew siguió la conversación con educada atención, aunque su mente regresaba una y otra vez a la figura de la señorita Whitmore —«de

Eleanor», le corrigió una voz interior— y a la certeza cada vez más clara de que Margaret y él no compartían la misma visión del mundo. Quizá tampoco de futuro.

***

El murmullo constante de la biblioteca del Newnham College proporcionaba una atmósfera de aparente calma, pero en el interior de Eleanor la tormenta aún no se había disipado. Estaba sentada frente a un libro abierto, aunque no había pasado de la primera página en el último cuarto de hora. Su mente seguía atrapada en la escena del aula, en las palabras de Matthew Ashford, en la manera en que había intervenido y en la breve conversación que habían mantenido un rato después.

Alice, sentada a su lado, la observaba divertida.

—Si frunces el ceño un poco más, terminarán por salirte arrugas antes de tiempo —comentó, apoyando el mentón en su mano.

Eleanor cerró el libro con un golpe seco y soltó un suspiro.

—No puedo creer lo que ha hecho.

—Ah, sí, qué tragedia. El profesor Ashford se atrevió a exponer la mediocridad de Carter. Un escándalo sin precedentes.

Eleanor la fulminó con la mirada.

—No necesito que nadie me defienda, Alice. No necesito que un hombre hable por mí en el aula. Ni en ningún sitio, ya puestas.

—Admítelo, no es la defensa lo que te molesta, Eleanor. Es el hecho de que, por un momento, alguien se ha interpuesto en tu lucha personal contra un rival.

—No puedo permitirme eso. No aquí.

—Lo sé. —Alice suavizó el tono—. Pero, dime, ¿de verdad crees que el profesor Ashford lo hizo para «protegerte»?

Se quedó en silencio. La verdad era que no había percibido ni una nota de condescendencia en su voz. Y, sin embargo, no podía quitarse la sensación de que la había dejado expuesta, y eso la hacía sentir vulnerable. Su amiga se acercó un poco más a ella.

—Tal vez, solo tal vez, él no piensa que necesitas ayuda. Quizá todo se reduce a que es una buena persona y un buen docente y no soporta ver que alguien es tratado de manera injusta.

No respondió. Su orgullo la impulsaba a rechazar la idea, pero en su interior sabía que Alice podía tener razón, así que decidió callar.

—¿Sabes?, en cualquier otra situación podría pensar que el profesor Ashford siente algo por ti.

—¡No digas tonterías, Alice!

—¿Seguro que es una tontería? Tal y como yo lo veo, es un profesor que, a pesar de la tradición, a pesar de lo que se espera de él, ha decidido intervenir delante de toda un aula dejando bien claro lo que piensa. Sí, vamos a asumir como cierto que lo ha hecho porque un alumno ha sobrepasado los límites del debate; pero, aun así, ¿cuántos más habrían actuado como él sabiendo todo lo que se juega por favorecer a una mujer frente a un varón? Si a esto le añadimos que claramente disfruta desafiándote en el aula, pero que también parece irritarse cuando otros lo hacen con menos inteligencia, y que en más de una ocasión habéis tenido encuentros fuera del aula…

—En primer lugar, Alice, si estás sugiriendo que se puso de mi lado, déjame decirte que estás equivocada. Lo único que hizo fue no tolerar la mediocridad.

—¿No decías hace un momento que te había defendido? Ahora resulta que solo fue una cuestión de principios. Me pregunto cuál de las dos versiones es la verdadera...

Eleanor frunció el ceño, incómoda por la contradicción en la que

su amiga la había atrapado. No quería admitirlo, pero aún no sabía qué pensar sobre lo que había ocurrido, así que optó por continuar con su enumeración.

—Y, en segundo lugar, yo no mantengo encuentros con nadie. Ni mucho menos con un profesor. Lo que ocurre es que hemos… coincidido.

—Quizá tengas razón. O quizá solo tienes miedo de que haya algo más.

—No es miedo. Es sentido común. Matthew Ashford es un profesor en Cambridge. Yo soy una estudiante. Lo que sugieres es imposible.

Alice apoyó el codo en la mesa y la miró con fijeza.

—¿Y qué piensas hacer, entonces? ¿Evitarlo hasta que acaben las clases?

—Voy a demostrarle que no necesito que hable por mí. Y voy a asegurarme de que lo entienda.

Alice sonrió, esta vez con la diversión dibujada en el rostro. Bajó la mirada hacia el libro que aguardaba frente a ella y solo murmuró:

—Oh, querida, creo que eso solo hará que se interese mucho más.

***

Matthew dejó el tintero sobre su escritorio con más fuerza de la necesaria y se recostó en su silla, exhalando un suspiro frustrado. Desde que había vuelto de casa de su prometida, se había encerrado en el despacho de su residencia, dispuesto a adelantar trabajo; por el contrario, había pasado la última media hora intentando concentrarse en la corrección de ensayos, pero su mente seguía volviendo, una y otra vez, al debate en el aula.

A Eleanor Whitmore.

No sabría distinguir en qué momento exacto había decidido

intervenir, pero lo había hecho sin pensarlo, movido solo por la injusticia de la que estaba siendo testigo. Desde el primer debate a principios de trimestre, Carter la había tomado con ella y, aunque siempre las confrontaciones se habían mantenido dentro de unos márgenes más o menos aceptables, ese día el joven había cruzado la fina línea que separa el respeto del ensañamiento público. Y ahora se preguntaba si eso había sido un error, no solo para su carrera, sino también para su relación con los alumnos. Porque, si solo se trataba de una cuestión de principios, ¿por qué la reacción de Eleanor le afectaba tanto? ¿Por qué la imagen de ella, con la mirada encendida, seguía persiguiéndolo incluso ahora, varias horas después?

Recordó su expresión al salir del aula, ese caminar decidido, con la cabeza exageradamente erguida y un claro gesto de indignación. Lo que más le inquietaba, más allá del enfado que había mostrado, era el hecho de que él *de verdad* quería comprenderlo.

Se pasó una mano por el cabello. Había conocido a mujeres inteligentes a lo largo de su vida, pero ninguna le había llamado tanto la atención como Eleanor Whitmore, tanto por sus agudos comentarios y su capacidad para argumentar, como por la constante sensación de que, frente a ella, todos sus principios, todo aquello en lo que siempre había creído, parecía volverse en su contra. Y eso, de forma inevitable, le hacía cuestionarse a sí mismo.

Se levantó y caminó hasta la ventana, observando la noche envolver Cambridge. Se dijo a sí mismo que su preocupación, al final, era profesional, que solo estaba evaluando a una estudiante con potencial. Pero, en lo más profundo de su ser, sabía que esa excusa era cada vez más difícil de sostener.

—No le des más vueltas, Matthew —se reprendió en voz alta—; son solo cuestiones académicas.

El rostro de su prometida apareció en su mente como el fogonazo de un relámpago en una noche de tormenta. Eso mismo había contestado ella, pero ¿era *solo* eso? Eleanor Whitmore lo irritaba. Desbarataba su aula, incomodaba a sus compañeros, pero también los superaba en lógica, en dialéctica… Lo intrigaba. Sin embargo, lo que más le preocupaba era que, en algún rincón de su pensamiento, empezaba a preguntarse qué pasaría si permitía que esa intriga creciera.

Se pasó una mano por el rostro y, en un gesto de frustración, dejó caer con más fuerza de la necesaria la frente con el cristal. Recordó su conversación con lord Cavendish y las normas que le había tenido que recordar: no dar espacio a las alumnas, no alentarlas, no permitir que Cambridge se convirtiera en un lugar para ellas.

Y, contra todo pronóstico, allí estaba él, haciendo justo lo contrario.

Capítulo 14

Las semanas transcurrieron con una normalidad… tensa. Matthew trató en varias ocasiones recuperar la cordialidad con Eleanor, pero cada intento terminaba con respuestas frías y en exceso educadas. No había hostilidad en ellas, de eso estaba seguro, aunque cada vez tenía más claro que ella estaba determinada a mantener la distancia que tiempo atrás habían parecido salvar.

El primer intento se dio en los pasillos, después de una de sus clases. Mientras Eleanor consultaba un horario en el tablón de anuncios, Matthew se detuvo a su lado con naturalidad.

—Parece que el final de este trimestre traerá algunas conferencias interesantes —comentó sin prisa.

La mirada que recibió de ella no fue de sorpresa, quizá lo había notado llegar, pero tampoco se mostró interesada en entablar una conversación.

—Así parece, profesor.

Matthew esperó un instante, aguardando algún comentario de vuelta, pero Eleanor no añadió nada. Tan solo tomó nota del horario en su cuaderno y siguió su camino, mientras él fruncía los labios y la observaba alejarse. No estaba seguro de qué había esperado

exactamente, pero, desde luego, no esa nueva frialdad de la que, de un tiempo a esa parte, Eleanor hacía gala también fuera del aula.

Otro momento llegó cuando la vio en la biblioteca. Se acercó con intención de recuperar el tono neutral que habían tenido en caminatas anteriores.

—Señorita Whitmore.

Eleanor levantó la mirada de su libro y asintió con educación.

—Profesor Ashford.

—No me sorprende su elección. Aristóteles. Siempre buscando desafiar los pilares del pensamiento clásico —indicó mientras señalaba con el mentón el libro que tenía abierto frente a ella.

La joven sostuvo su mirada, quizá evaluando si merecía la pena contestar o no. Al final, decidió responder.

—Un estudiante debe analizar todas las perspectivas, incluso aquellas con las que no está de acuerdo.

Matthew no puedo pasar por alto el doble sentido de sus palabras. Ese tipo de comentarios eran los que hacían a Eleanor imposible de ignorar. Sin embargo, decidió no presionarla.

—Sin duda. Espero leer sus reflexiones en el próximo ensayo.

Saludó con un movimiento de cabeza y se retiró, apesadumbrado, consciente de que Eleanor había tomado un rumbo que ya no pensaba cambiar: el de la ausencia absoluta de interés en mantener el vínculo que antaño habían tenido.

***

Cada vez que él se acercaba, se veía forzada a recordar lo ocurrido tras aquella clase y su propia reacción; se culpaba por permitir que él la hubiera afectado de aquella manera y se repetía que podía haberse hecho valer de mil formas diferentes, pero ya no había

vuelta atrás, y en cada ocasión en la que él intentaba limar asperezas, su decisión de protegerse en aquel mundo de hombres se hacía más firme, consciente de que sus objetivos en Cambridge requerían toda su atención. Y, sin embargo, cuando Matthew se alejaba con una leve expresión de decepción, no podía evitar preguntarse por qué mantener aquella distancia que ella misma había impuesto le resultaba cada vez más difícil, y por qué, en esos instantes, sentía una incómoda punzada en el pecho que se negaba a analizar.

***

Las siguientes clases carecieron de debates abiertos. Matthew enfocó las sesiones en la parte teórica para evitar cualquier tipo de interacción innecesaria con Eleanor. Se repetía una y otra vez que su único objetivo era no hacerla sentir vulnerable si se daba la ocasión de que tuviera que volver a intervenir en una nueva falta de respeto. Ella, por su parte, se limitó a participar solo cuando era necesario, sin dirigirse a él fuera del ámbito académico.

Al final, llegó un último intento por parte de Matthew, un día en el que el debate se hizo inevitable, dando como resultado una clase intensa. Eleanor presentó una argumentación brillante sobre el papel de la razón y la emoción en la moralidad. Él notó cómo algunos estudiantes la observaban con evidente escepticismo, esperando su intervención.

Por un momento, estuvo tentado a desafiarla como lo había hecho antes, a presionarla para que profundizara en sus ideas, a continuar con aquella dinámica que había definido su relación desde el inicio, pendiente de las respuestas de sus compañeros. Pero se detuvo cuando fue consciente de que ella no lo había mirado ni una sola vez

durante su intervención. Sabía que no estaba esperando su aprobación ni su crítica, nunca lo hacía: solo había presentado su argumento y esperaba la siguiente fase de la clase.

Fue entonces cuando Matthew comprendió que había llegado el momento de aceptar la realidad. Y se hizo la promesa interna de dejarlo correr. Continuó con la sesión sin hacer comentario alguno, aunque sin poder evitar una profunda sensación de derrota por haber perdido el vínculo con quien él consideraba la mente más brillante de su aula.

***

El final del trimestre llegó con el invierno asentado sobre Cambridge. La ciudad, normalmente bulliciosa con estudiantes y académicos, comenzó a vaciarse conforme las vacaciones de Navidad se acercaban. La humedad del ambiente se volvió más pesada, el frío se filtraba entre los edificios de piedra y las chimeneas comenzaban a humear con más frecuencia. Los días eran cortos y las noches llegaban temprano, envolviendo la ciudad en una penumbra constante que hacía que el tiempo pareciera moverse con mayor lentitud. Sin embargo, Eleanor estaba impaciente por finalizar las clases, pues sabía que la distancia sería un descanso de la tensión constante que había padecido desde su discusión con Matthew, y esperaba que la vuelta a las aulas en enero trajera el sosiego necesario para afrontar sin sobresaltos lo que quedaba de curso.

Pero el último día, unos minutos antes de abandonar el *college*, la idea de no verlo durante dos semanas la golpeó de pronto, como si la sensación hubiera estado allí, enterrada, esperando para provocarle un repentino vacío cuando lo menos lo esperara, imposible de explicar.

Alice se unió a ella junto a una ventana del aula, y contemplaron el patio silencioso, cubierto de una fina capa de escarcha, con una expresión que delataba pensamientos que no estaba dispuesta a compartir.

—Parece que no puedes esperar para marcharte —comentó Alice, cruzándose de brazos.

—En realidad, creo que Cambridge en invierno tiene su encanto —respondió con cierto aire de melancolía—. Pero también necesito un respiro.

—¿Un respiro de Cambridge o de cierta persona en particular? Aunque, si te soy sincera, creo que esto último ya lo has conseguido. Parece que, por fin, han terminado sus intentos de firmar un acuerdo de paz.

Eleanor exhaló un suspiro y sacudió la cabeza. Sí, ella también se había dado cuenta. Pero que el profesor Ashford hubiera comprendido que no quería ser tratada de manera diferente al resto de sus compañeros suponía, contrariamente a lo que había imaginado, un dilema al que nunca se había tenido que enfrentar. Y para el que, se temía, no sería capaz de encontrar respuesta mientras siguiera en el mismo espacio académico que él.

—No tengo tiempo para pensar en eso.

Su amiga no insistió, pero tampoco hizo nada por ocultar la chispa de diversión en sus ojos porque, aunque ninguno de los dos hubiera dado muestras de sentirlo, entre ellos, como mínimo, había una fantástica admiración mutua.

***

Matthew preparaba su viaje con la mente dividida. El frío de diciembre no hacía más que enfatizar la sensación de distancia que

se había impuesto entre él y Eleanor. Cada rincón del *college* que antes le resultaba indiferente ahora evocaba alguna conversación con ella, algún momento de tensión disfrazada de debate. Sabía que le haría bien alejarse, ver a su familia, concentrarse en todo lo que había relegado durante el trimestre. Quizá también centrarse en su futuro con Margaret…

Desde la ventana de su despacho la vio avanzar hasta las puertas del recinto. Se dijo a sí mismo que todo volvería a la normalidad tras las vacaciones. Que la distancia sería suficiente para dejar de pensar en ella. Sin embargo, mientras observaba a Eleanor subir al carruaje con Alice, no pudo evitar preguntarse qué más habría cambiado cuando volvieran a verse.

***

Las dos semanas de descanso pasaron para ambos entre celebraciones en familia y alguna reunión social. Pero, mientras para Eleanor los debates con sus padres en la sobremesa no hacían más que recordarle una y otra vez aquellos que había mantenido con el profesor Ashford, para este último, las charlas familiares que giraban en torno a su próximo compromiso le traían de manera irremediable la terrible sensación de caminar directo a un futuro que rechazaba cada vez con mayor convencimiento, y con la persona equivocada

Y, sin saberlo, una y otro coincidían en un único pensamiento: los días transcurrían con demasiada lentitud y la vuelta a las aulas parecía no llegar nunca...

Capítulo 15

Regresar a Cambridge supuso para Eleanor una sensación de reinicio. O eso se decía mientras recorría los últimos metros que la devolvían a las aulas. Tras días fuera, el campus parecía a la vez familiar y distante, como si el tiempo transcurrido hubiera cambiado la forma en que todo se percibía. Descendió del carruaje con un suspiro al sentir el aire gélido de enero envolverla, y ajustó su abrigo antes de girarse para ver a Alice, que la esperaba con una sonrisa en los labios.

—¡Por fin! —exclamó esta con un gesto animado—. Pensé que no te vería hasta que estuviéramos en clase.

Eleanor sonrió con cierta calidez. Había echado de menos a su amiga más de lo que esperaba.

—Tampoco ha pasado tanto tiempo —respondió con suavidad.

—Para ti, quizá. Pero después de pasar días enteros atrapada en interminables comidas familiares en Bath, rodeada de parientes que solo saben hablar de matrimonios y fortunas, volver a Cambridge es casi un alivio —se quejó Alice con un suspiro exagerado—. ¿Y tú? ¿Cómo fue tu descanso?

Eleanor dudó antes de responder. Sus vacaciones en casa habían

sido tranquilas, predecibles. Había pasado horas en la biblioteca de su padre, sumergida en sus estudios, o debatiendo con él, intentando convencerse de que nada había cambiado, que su cabeza estaba centrada en su propósito. Y, sin embargo, había habido demasiados momentos en los que, de forma involuntaria, se distraía recordando fragmentos fugaces de Cambridge, de los debates en clase, de los encuentros inesperados…, de una presencia que no había conseguido desterrar de sus pensamientos.

—Fue… tranquilo —dijo, eligiendo sus palabras con cautela—. Aunque admito que he echado de menos la rutina académica.

Alice le lanzó una mirada penetrante, pero no insistió. Conociendo a Eleanor, sabía que, si había algo más detrás de su respuesta, tardaría en admitirlo.

Juntas avanzaron por el empedrado del *college*. A medida que se acercaban a las puertas del edificio, Eleanor notó el murmullo inconfundible de los estudiantes que volvían a poblar las aulas, de las risas contenidas y los comentarios apresurados de quienes intercambiaban anécdotas de las vacaciones. Pero, entre todos esos sonidos, la ausencia de una voz en particular destacaba para ella.

—Debo admitir que echaba de menos este bullicio —comentó Alice, observando a su alrededor con una expresión divertida—. Aunque supongo que pronto querré huir de él otra vez.

Eleanor dejó escapar una leve risa, pero no respondió. Su mente estaba en otra parte. Sabía que volvería a verlo pronto. Y, sin embargo, se repetía una y otra vez que no significaría nada.

Su amiga, que no había dejado de observarla desde que bajara del carruaje, captó su mutismo.

—¿Te ocurre algo?

Fingió estar concentrada en colocarse los guantes antes de responder.

—Nada en particular. Es solo que… parece diferente, ¿no crees?

—Mmm... No lo creo. Es el mismo Cambridge de siempre: torres de piedra, libros interminables, profesores condescendientes…

—Exacto —respondió Eleanor con una exhalación breve—. Y, aun así, no lo siento igual.

—¿Seguro que el cambio no está en ti y no en Cambridge?

No respondió de inmediato. En lugar de eso, observó las gárgolas cubiertas por una fina capa de escarcha y el vaho que salía de su boca al exhalar. Quizá Alice tenía razón. Quizá el problema no era Cambridge, sino lo que temía encontrar y que había dejado atrás antes de marcharse.

—No tengo tiempo para analizar eso —respondió, al fin, con un encogimiento de hombros—. Tengo que concentrarme en los estudios.

Alice no insistió, pero la forma en que la miró indicaba que no se había tragado la excusa.

***

Matthew alzó la vista al notar el ingreso de los alumnos en el aula, consciente de que, con el nuevo trimestre, algunos habrían cambiado al tener que elegir nuevas materias para definir su especialidad, como Alice Harrington, la amiga de Eleanor; pero su mirada no se detuvo en la señorita Whitmore más de lo necesario. Había pasado las últimas semanas convenciéndose de que debía dejar de lado cualquier interés que se apartara de su rol como profesor, y aunque le resultaba más difícil de lo que esperaba, estaba decidido a seguir ese camino.

El tiempo lejos de Cambridge había sido un respiro, pero también le había otorgado la oportunidad de reflexionar. Había ocupado sus

días con la rutina familiar, con largas conversaciones con su padre sobre política, mientras su madre, con su habitual dulzura y discreción, le recordaba de vez en cuando lo orgullosa que estaba de su matrimonio con Margaret y de lo mucho que ansiaba que llegara el mes de abril para disfrutar del maravilloso acontecimiento. Aquellas menciones, aunque inocentes, le generaban un extraño malestar.

Margaret encajaba a la perfección en el ideal que su familia tenía de una esposa adecuada: amable, educada, siempre correcta… Incluso con lo que él siempre había anhelado. Y reconocía que, en su momento, se había sentido encantado con el compromiso. Pero ya no podía evitar compararla con Eleanor, cuyos constantes desafíos y aguda inteligencia contrastaban con la docilidad y la parsimonia de su prometida. Pero ya no era el Matthew de antes. Había cambiado.

Durante las noches en vela, tumbado en la oscuridad de su habitación en la casa familiar, había pensado mucho sobre el momento en el que aquel conflicto interno había comenzado. ¿Cuándo había dejado de ver su futuro con Margaret como algo reconfortante, seguro y hasta ambicionado, para convertirse en un otro que lo ahogaba? Pero lo que todavía lo perturbaba aún más era no saber en qué momento Eleanor Whitmore había empezado a eclipsar todo lo demás.

Se permitió observarla durante unos segundos y se recreó en las imágenes de la joven debatiendo con fervor durante sus clases en el trimestre anterior; en cómo defendía sus ideas con pasión y cómo esa pasión se reflejaba en el rubor de su rostro. Su rostro… Era una mujer bella, no podía negarlo, nadie en su sano juicio podía hacerlo. Pero su belleza era tan diferente a la de Margaret… La de su prometida era suave, tranquila, representaba la calma y todo lo que

la seguridad de su matrimonio podría ofrecerle; sin embargo, la belleza de Eleanor era más dura y atrevida, era una promesa de tempestades y terremotos constantes, de sentimientos y sensaciones a flor de piel.

«¡Basta!», se recriminó. Ya se había acabado. No más. Eleanor era una alumna brillante y hermosa, sí, pero una alumna al fin y al cabo. Y él no podía permitirse distracciones. Había sido educado para honrar sus obligaciones profesionales y familiares, y estaba dispuesto a cumplirlas.

Inició la clase con un tono objetivo y profesional, sin rastro de la tensión o el interés que solía marcar sus intercambios con Eleanor. Su voz resonó con la misma firmeza de siempre, pero sin ese matiz de desafío que antes parecía ineludible cuando ella hablaba. Y cuando intervino, él asintió con indiferencia y le dio paso sin discutir ni cuestionar sus argumentos, con respuestas medidas, neutras y carentes de cualquier atisbo de aprobación.

Para Eleanor la clase siguió el mismo curso de siempre y los debates fluyeron sin obstáculos, pero fue consciente, desde el primer segundo, de que algo esencial había cambiado. Y no solo porque ahora estaba sola y era la única mujer en el aula —pues Alice había elegido la rama de Literatura ese último tramo del curso —; era la certeza de que Matthew Ashford parecía haber aceptado su petición de no obstaculizar su camino y había decidido apartarse. Y de pronto sintió que su presencia allí ya no representaba un desafío para él, y eso la inquietó más de lo que habría querido admitir.

Cuando la clase terminó, los estudiantes comenzaron a recoger sus pertenencias con la habitual prisa que marcaba el final de una lección. Eleanor se levantó con calma, notando de reojo cómo Matthew organizaba sus notas sin mirarla ni una sola vez. Durante

los meses anteriores, incluso cuando discutían, él había encontrado maneras de demostrar que la observaba, que reconocía su presencia. Ahora, su indiferencia era absoluta.

Cuando se reunió con Alice en la siguiente clase en el Newnham y le comentó de pasada que todo había sido «tranquilo», su amiga, que había esperado algo así a tenor de cómo había finalizado el trimestre anterior, decidió compartir sus sospechas:

—Parece que ha cambiado su estrategia.

Eleanor frunció el ceño.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes. Matthew Ashford siempre ha sido demasiado deliberado en sus interacciones contigo. Y, ahora, dices que la clase ha sido calmada y que ni siquiera te ha saludado. Es decir, actúa como si no existieras o como si, siguiendo tus deseos, hubiera decidido tratarte como a los demás. ¿De verdad crees que es casualidad?

No respondió porque, por mucho que intentara convencerse de que no importaba, la verdad era todo lo contrario. Y acababa de descubrir lo mucho que dolía.

***

Trataba de convencerse de que la indiferencia de Matthew Ashford no tenía la menor importancia. Había llegado a Cambridge ese nuevo año de 1898 con un objetivo claro y no pensaba permitir que el comportamiento de un profesor —por mucho que en otro momento hubiera alentado sus disertaciones con una intensidad que rozaba lo personal— desviara su atención de lo esencial. Sin embargo, por más que intentaba racionalizarlo, no había manera de dejar de sentirse diferente.

Hasta sus compañeros parecían haberse dado cuenta de que él la trataba *solo* con corrección. No era ni desapego ni desprecio, era absoluta neutralidad.

Al principio, Eleanor creyó que era una impresión suya, pero los comentarios no tardaron en llegar.

—Parece que la señorita Whitmore por fin ha aprendido cuál es su lugar —escuchó decir a uno de ellos con una sonrisa ladina tras una de sus clases.

—No lo creo —replicó otro con tono burlón—. Más bien diría que el profesor Ashford ha decidido que ya no vale la pena discutir con ella.

Las palabras se deslizaron hasta Eleanor como un veneno frío y lento que caló hasta lo más hondo de su ser. No les dirigió la mirada, no reaccionó ni permitió que notaran que los había escuchado. Se limitó a cerrar su libro con calma y salir del aula con la barbilla en alto, pero las palabras quedaron grabadas en su mente más tiempo del que le hubiera gustado.

Cuando llegó a la biblioteca, encontró a Alice esperándola en su mesa habitual. Su amiga la observó con el gesto analítico que solía adoptar cuando sospechaba algo.

—Estás de un humor encantador —señaló con ironía.

—No digas tonterías —respondió con un suspiro, tomando asiento.

—Si tú lo dices… Y dime, ¿qué tal ha ido la clase de Filosofía Moral hoy? ¿Algún debate interesante? ¿Alguna réplica por parte del profesor Ashford?

—Sí, claro. Es lo que debe hacer si quiere que aprendamos a pensar por nosotros mismos.

—Ajá… Y tus intervenciones, ¿se ha visto en la necesidad de tener que enseñarte *a pensar por ti misma*?

Aunque quiso evitarlo, una mueca de disgusto apareció en su

expresión. Alzó la vista para enfrentar a su amiga, pero su voz tardó en llegar un segundo más de lo que lo normal.

—No, Alice, hoy parece que mis respuestas han sido acertadas… otra vez.

—Es curioso… Todo el trimestre pasado estabas empeñada en conseguir que entendiera que no precisabas su aprobación, y ahora que parece haberlo entendido, no te veo nada satisfecha.

—Lo único que me importa es mi formación académica. Su actitud es irrelevante.

Alice dejó escapar una risa breve y entrecerró los ojos con diversión.

—Ah, por supuesto. Todo esto te es absolutamente irrelevante. Lo mismo que lo ha sido todo este tiempo, ¿verdad?

Eleanor exhaló con irritación y volvió la vista a su libro, como si con eso pudiera cerrar el tema. Sin embargo, incluso mientras pasaba las páginas con un exceso de interés, no pudo evitar una incómoda punzada de descontento.

Tal vez Alice tenía razón. Tal vez la indiferencia de Matthew no era lo que había querido conseguir, después de todo.

***

El intenso sonido de los pasos resonaba en los pasillos mientras los estudiantes salían de las aulas, al final de la jornada. Eleanor caminaba con el ceño fruncido, aún valorando su última conversación con Alice, deseando llegar al carruaje que le evitaría el frío de enero en su vuelta a casa. Había tenido que volver de forma apresurada a la biblioteca del King’s porque había olvidado devolver un libro. Y entonces lo vio.

Matthew avanzaba por el pasillo en dirección contraria. Eleanor

notó el impulso de bajar la cabeza y evitar su mirada, algo nuevo en ella y que no le gustó en absoluto sentir. Por eso se obligó a prepararse para el intercambio habitual: una mirada inquisitiva, un comentario enigmático y, quizá, una réplica afilada. Pero, en lugar de eso, cuando sus ojos se cruzaron, Matthew solo saludó con la cabeza de manera distante, con un gesto educado y carente de cualquier matiz personal.

—Señorita Whitmore.

Ella tardó una fracción de segundo en reaccionar. Sintió un vacío inesperado, una punzada extraña en el pecho, pero logró mantener la compostura y respondió con la misma neutralidad.

—Profesor Ashford.

Y nada más. Solo la fría distancia de dos personas que no eran más que profesor y alumna.

Siguió caminando con la amarga sensación de haber obtenido una victoria no deseada. Había conseguido que la tratara como a cualquier otro estudiante.

Y, de pronto, dudó si era eso lo que quería.

Continuó avanzando con la cabeza alta y la triste sensación de tener el corazón encogido.

Cambridge, esa tarde, se convirtió solo en el lugar que acababa de demostrarle que la indiferencia de Matthew Ashford la irritaba y hería más de lo que nunca reconocería. Era absurdo, ilógico… innecesario. Pero cierto.

No importaba cuántas veces, de camino a casa, se repitiera que la actitud de Matthew debería resultarle irrelevante, que no le debía nada y que, en el fondo, todo eso jugaba a su favor. Después de todo, ¿no era lo que quería? ¿No había sido ella misma quien le había dejado claro que no necesitaba de su intervención? Pero una cosa era exigir respeto, y otra muy distinta era ser ignorada por

alguien a quien ella había llegado a admirar. Porque sí, en eso debía ser sincera con ella misma, en Matthew había descubierto no solo una mente despierta e inteligente, también un hombre al que no le importaba poner en peligro su lugar en Cambridge por defender lo que era justo, ahora lo veía claro. ¿Cuántos otros profesores en su lugar habrían reprendido a sus compañeros por ponerla en ridículo una y otra vez? Y ella, en su empeño por conseguir su objetivo por sus propios méritos, había interpretado que él la veía débil y le había exigido distancia.

Pues bien, distancia es lo que había obtenido.

Pero, mientras traspasaba el umbral de su casa, se dijo que quizá, solo quizá, el día había sido demasiado exigente y el cansancio no le permitía valorar la situación de forma objetiva. Se iría pronto a dormir y, a la mañana siguiente, lograría convencerse de que el profesor Matthew Ashford no había conseguido alterar su mundo.

Capítulo 16

El murmullo de conversaciones elegantes y el tintineo de copas de cristal llenaban el amplio salón del Newnham College, transformado esa noche de enero en el escenario de una gala benéfica en favor de la educación femenina en Cambridge. Profesores, benefactores de prestigiosas familias londinenses y estudiantes cuidadosamente vestidos compartían aquel espacio en aparente armonía, porque Eleanor sabía que, bajo la superficie, bullía la sutil tensión de quienes aún dudaban sobre el lugar que merecían las mujeres en la universidad.

Para Eleanor, aunque no había vivido aislada de la vida social de Cambridge, todo aquello representaba un territorio en el que nunca se había sentido bien, como si no perteneciera a ese mundo. Llevaba un vestido de tafetán verde oscuro, sencillo pero elegante, de magas tres cuartos y escote cuadrado ribeteado con encaje. El cabello, recogido con esmero, dejaba ver un pasador de perlas diminutas. Avanzó despacio, evaluando el ambiente refinado, impregnado de perfumes discretos —otros no tanto— y suaves melodías musicales, que le resultaba tan fascinante como intimidante. Pero ella no podía faltar. Ella, que tanto llevaba luchado desde que pisó Cambridge por

vez primera, debía permanecer allí y demostrar a todos que nadie la detendría, a pesar de tener la permanente sensación desde que había llegado de encontrarse en un campo de batalla silencioso, rodeado de enemigos que solo hacían acto de presencia por cumplir con las expectativas sociales.

—No deberías parecer tan inquieta —susurró Alice con una sonrisa traviesa mientras caminaban entre los invitados—. Pareces un animal acorralado.

—No estoy inquieta —replicó con calma, intentando relajar los hombros—, lo que pasa es que no entiendo la necesidad de todo esto. Ya hemos demostrado con creces que nos merecemos este lugar, ¿de verdad es preciso adornar nuestro derecho con bailes y luces?

—Oh, Eleanor, nuestros derechos son fundamentales, pero, a veces, una puede y debe permitirse un poco de distracción.

Trató de no hacer caso al comentario de su amiga. Sus ojos recorrieron la sala de forma instintiva y, sin quererlo, se detuvieron en una figura familiar. Matthew Ashford estaba allí, en una conversación con otros académicos. El impacto fue evidente; no estaba acostumbrada a verlo de aquel modo: el frac negro, la camisa almidonada y la pajarita clara le conferían una solemnidad inesperada, completamente alejada del profesor serio y metódico que veía día a día en el aula. Por un momento, le costó unificar ambas imágenes, y tuvo que reconocer que esa transformación no le sentaba tan mal, como si ese traje tan elegante hubiese revelado una faceta oculta de él, más… seductora. Un escalofrío inesperado recorrió su espalda y, por un instante, se preguntó si también ella se vería distinta a sus ojos, si su vestido y su peinado podrían alterar la manera en la que él la percibía, como le ocurría a ella, que ahora observaba casi con fascinación cómo la luz de las lámparas incidía en

las ondas de su cabello rubio oscuro y cómo el hoyuelo en su barbilla parecía pronunciarse cuando apretaba la mandíbula, quizá ante algún comentario de su interlocutor con el que no estaba de acuerdo.

—¿Acaso esperas que se acerque a invitarte a bailar? —dijo Alice haciendo gala de su habitual franqueza—. Porque si sigues observándolo de esa forma, al final parecerá que lo deseas.

—No seas ridícula.

—Lo soy muy pocas veces, ya lo sabes, y esta no es una de ellas. —Le guiñó un ojo y, sin más, se alejó hacia un grupo de conocidos.

Eleanor se quedó inmóvil, tratando de ubicarse en aquel ambiente. Entonces, un caballero se acercó con cortesía y le ofreció la mano.

—Señorita Whitmore, ¿me concedería este baile?

Eleanor reconoció al joven. Era Henry Lancaster, un prometedor abogado al que había escuchado hablar a favor de la educación de las mujeres en algunas de sus ponencias en la universidad. La sorpresa de la invitación la hizo dudar un instante, pero en seguida asintió.

—Será un placer.

Mientras giraban en la pista, Lancaster intentó llevar la conversación con soltura. Sin embargo, Eleanor apenas podía concentrarse. Sentía una mirada sobre ella, aunque no necesitaba comprobar de quién se trataba; sabía que el profesor Ashford estaba observándola.

Cuando el baile terminó, volvió junto a Alice, que la miraba con curiosidad.

—Interesante elección —comentó su amiga con un destello divertido en los ojos—. La más beligerante alumna de Cambridge bailando con la última adquisición que la causa de la educación

femenina ha cosechado.

—Expresado así, parece uno de los estudios sobre Shakespeare en los que estás trabajando.

—No te niego que la tesis sobre las heroínas del autor me tiene completamente fascinada; es que me gustaría tanto que los hombres vieran lo que de verdad escondía en sus obras…

Eleanor lo sabía. Su amiga, una vez que descubrió por fin cómo dejaría su huella en las aulas, no lo dudó ni un momento y decidió especializarse en Literatura. Y desde entonces pasaba el tiempo buscando en los libros del dramaturgo lo que de verdad este representaba con las mujeres en sus obras; algo que, ambas sabían, levantaría muchas ampollas en la facción masculina de la universidad. Pero no habían optado por la educación superior para satisfacer a nadie más que a ellas mismas, así que no había vuelta atrás. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de responder, pues de nuevo el abogado se acercó a donde ellas se encontraban para solicitar la siguiente pieza a Alice. Justo cuando iba a hacer un comentario, una nueva figura se presentó ante ella.

—Señorita Whitmore, señorita Harrington.

El sonido de su voz provocó un escalofrío que viajó a lo largo de toda su espina dorsal y se vio obligada a alzar la mirada. Matthew estaba frente a ella con su expresión impecable y su tono medido. Y, como si todos los invitados hubieran estado esperando ese momento, Eleanor notó el leve silencio que se extendió a su alrededor.

—Profesor Ashford —respondió con suavidad.

—¿Me concedería este baile?

Aunque intentó disimularlo, Eleanor no pudo evitar que la sorpresa se reflejara en su rostro. Durante un instante, consideró rechazarlo, aferrada aún a la idea de que Matthew insistía en protegerla, pero,

como un fogonazo, recordó la amarga sensación de haber perdido un apoyo en él, un hombre a quien admirar, y con quien, a pesar de no querer reconocerlo, echaba de menos esa tímida complicidad. Así pues, asintió y permitió que él tomara su mano.

Era la primera vez que se tocaban y lo único que Eleanor pudo pensar fue que Matthew sostenía su mano con la misma firmeza con la que solía lanzar sus argumentos en clase: decidido, sin dudar. Y al instante se reprendió; ese momento no era un debate ni un enfrentamiento intelectual. Era una oportunidad fuera de las aulas para conocerse, para valorar si estaba en lo cierto y, de verdad, Matthew Ashford era el hombre en el que ella quería confiar.

Al principio, se concentró en los pasos; a pesar de no ser una mujer insegura, de pronto tuvo miedo a equivocarse, a ejecutar mal un giro o un cambio, incluso a pisar a su pareja, pero unos segundos después, mientras la melodía avanzaba, se obligó a no dar demasiada importancia a la manera en que él la guiaba con precisión, en el leve roce de su palma contra la suya, en la cercanía de la respiración del hombre que la acompañaba en la pista de baile… En la mirada que la observaba con intensidad.

Levantó los ojos y encontró los de Matthew pendientes de ella, con una expresión algo más profunda de la habitual. Como si acabara de descubrir en ella a la mujer y no a la alumna.

Matthew, por su parte, tras los primeros compases aún se mostraba noqueado por su propio descaro. ¿Cómo se le había ocurrido acercarse a ella y pedirle una pieza? Cierto que el ambiente era propicio para que alumnos y profesores se mezclaran, pero entre ellos había surgido algo que él mismo, sin saber cómo, se había encargado de destruir. Era una sensación que lo acompañaba desde entonces y, a pesar de haber intentado darle el espacio que ella demandaba y de tratarla como a cualquier otro estudiante, la verdad

era que le costaba horrores. Y necesitaba saber con precisión cómo volver al punto en el que se encontraban antes de que todo se desmoronara. Aunque, para ser sinceros, el hecho de estar sosteniéndola entre sus brazos ya suponía suficiente desconcierto a tenor de las sensaciones que comenzaban a despertarse en él. Aun resistiéndose con todas sus fuerzas, no pudo evitar descubrir que Eleanor era más ligera en sus movimientos de lo que había imaginado, a pesar de que la notaba nerviosa, concentrada. Pero allí, bajo la luz cálida de la sala, con la música envolviéndolos, la encontró inesperadamente natural, como si para ella fuese habitual adaptarse sin problemas a cada nueva situación, aunque esta fuera entre sus brazos.

—Parece sorprendida —murmuró él, casi sin pensar.

—No esperaba que me invitara a bailar.

Matthew, sabiendo la tensión que había entre los dos, esbozó una ligera sonrisa.

—No todo en la vida es una necesidad. A veces solo se trata de estar en el lugar adecuado en el momento adecuado.

Ella parpadeó, desconcertada por escuchar sus propias palabras en boca de él. Y casi perdió el paso cuando, al fijar la mirada en su rostro, descubrió la profundidad de la sonrisa que le dedicaba y el brillo pícaro de sus ojos. La imagen impactó de lleno en su corazón.

Siguieron bailando en silencio, con los movimientos acompasados, el corazón acelerado y la música envolviéndolos como si, contra todo pronóstico, no fueran a ser blanco de comentarios en la gala. Porque para ellos, en ese momento, nada más importaba. Pero ambos sabían que acababan de acercarse a una línea que no debían cruzar y que, por supuesto, ninguno de los dos estaba listo para nombrar.

Cuando la música cesó, Matthew dio un paso hacia atrás.

—Gracias por el baile, señorita Whitmore. Ha sido… un verdadero

placer.

Eleanor asintió, pero no pudo ignorar la leve inquietud que quedó instalada en su pecho mientras Matthew soltaba su mano con un movimiento medido, sin apresurarse, queriendo alargar el momento un segundo más. Sin embargo, antes de que Eleanor pudiera moverse, una voz femenina se alzó entre ambos.

—Matthew, te estaba buscando.

Parpadeó. No estaba acostumbrada a escuchar que alguien se dirigiera a él por su nombre de pila, mucho menos con esa naturalidad. El tono era suave, pero con una familiaridad que la descolocó al instante.

Ambos se giraron. Una mujer de porte elegante, vestida con un conjunto de raso marfil y detalles bordados en hilo dorado, se acercaba con una sonrisa social perfectamente calculada. Su cabello rubio estaba recogido en un moño bajo adornado con una peineta de nácar. Eleanor reconoció en ella a la perfecta dama inglesa.

—Permítame presentarle a la señorita Margaret Fairchild —dijo Matthew en un tono demasiado formal, aunque, antes de continuar, vaciló un segundo de manera casi imperceptible. Durante un instante, bajó la mirada como si necesitara reunir valor para lo que diría a continuación—. Mi prometida. Margaret, esta es la señorita Eleanor Whitmore, estudiante del Newnham College.

Eleanor tragó saliva mientras obligaba a su rostro a no mostrar ninguna reacción, cuando la verdad era que el anuncio que acababa de hacer Matthew había resonado en su corazón como una campana que la hubiera obligado a despertar de forma abrupta de un placentero sueño. Con un dolor sordo que se le clavó en el pecho. Se sintió estúpida. Mathew Ashford iba a casarse y ella… En ese momento fue consciente de lo que de verdad sentía por él. Había querido callarlo, disfrazarlo con otras palabras, pero no podía ignorar

la realidad. Sí, era una auténtica estúpida.

—Un placer —dijo como pudo.

Margaret la observó por unos instantes, intentando encajar la descripción que de ella había hecho Mathew con la imagen que tenía delante. Después, con un nuevo aire de seguridad, respondió con una sonrisa impecable:

—El placer es mío.

Matthew miró a Eleanor una última vez, con una expresión que parecía pedir perdón. Luego, tomó con suavidad el brazo de Margaret y se alejaron juntos hacia una esquina del salón.

Alice no tardó en aparecer a su lado.

—Definitivamente, no esperaba ver esto.

—Mejor, porque no hay nada que ver —respondió Eleanor de inmediato.

—Oh, claro que lo hay. Pero, tranquila, querida. Si no quieres hablar de ello, no lo haré yo por ti. Al menos no hoy.

Apretó los labios y se giró hacia la pista de baile, fingiendo que la noche transcurría sin incidentes. Pero, en el fondo, sabía que ya no podría recuperar la calma hasta que llegara a la tranquilidad de su casa.

—Está prometido.

Alice la tomó del brazo, instándola a pasear por la sala. Esta era una de las pocas veces en las que había visto a su amiga quedarse estática por algo, y sabía que esas ocasiones nunca terminaban bien. Eleanor era fuerte, pero, como humana que era, en ocasiones se derrumbaba, aunque estas pudieran contarse solo con los dedos de una mano. Y ese no era el lugar ni el momento para que cayera.

—Lo sé. Lo he escuchado, aunque es la primera vez que lo veo acompañado de ella.

Ella respiró hondo, tratando de recuperar la compostura. No podía

permitirse divagar sobre lo que acababa de descubrir sobre Matthew y… sobre ella misma. En qué había estado pensando, por el amor de Dios.

Aquel baile no significaba nada. No era más que un gesto social, una cortesía. Un profesor y una alumna compartiendo un momento en un evento universitario. Nada más.

Sin embargo, cuando se giró, Alice ya la observaba con esa expresión que significaba que sabía lo que vendría a continuación. Eleanor no tenía intención de darle el gusto a nadie de que la vieran derrotada.

—Voy a tomar un poco de aire —murmuró, sin darle oportunidad de responder.

Necesitaba respirar. El aire cálido del salón se había vuelto opresivo. Se abrió paso entre los grupos de invitados hasta alcanzar un pasillo menos concurrido, donde las voces se disipaban en murmullos y la brisa nocturna entraba por una puerta abierta hacia un balcón. Salió sin pensarlo dos veces.

El aire frío le rozó el rostro como una bofetada. Apoyó las manos en la baranda de piedra y fijó la vista en los jardines iluminados apenas por los faroles. Inspiró con fuerza. No sabía qué le dolía más: la noticia del compromiso o el hecho de que, aun así, su corazón seguía acelerándose cuando pensaba en el baile que habían compartido.

—¿Necesitaba escapar del bullicio?

La voz de Matthew la sorprendió por detrás. Y, aunque parecía tan contenida y estudiada como siempre, Eleanor apreció un deje de vulnerabilidad. Lo que no acertaba a esclarecer era el motivo. Cerró los ojos un instante antes de volverse. Aquella pregunta, en otro contexto, habría sido de lo más inofensiva. Pero ahora se le antojaba tan pesada como una losa. Se debatió entre el impulso de marcharse

sin responder o quedarse a escuchar lo que tuviera que decir. La curiosidad pudo más y se obligó a actuar como si nada hubiera ocurrido.

—No estaba escapando. Es solo que no disfruto de este tipo de eventos.

Matthew asintió y se acercó unos pasos. A diferencia de otras ocasiones, su mirada no estaba cargada de desafío, ni de análisis severo o absoluta seguridad en sí mismo. Esta vez parecía… meditabundo.

Y es que él mantenía su propia lucha interior. Sabía que no debería estar allí, no después de haberla visto así, después de que Margaret se presentara y actuara ante ella como quien no admite rivales, midiendo a Eleanor para evaluar sus posibilidades de triunfo. Pero, aun así, la había seguido en cuanto logró que su prometida quedara integrada en un grupo conformado por las esposas de algunos de sus colegas. Y lo había hecho porque el dolor que descubrió en los ojos de Eleanor ante el anuncio de su próximo enlace despertó, con todo, una pequeña alegría en él, una incipiente llama de esperanza que le gritaba que, quizá, ella también había experimentado unos sentimientos que nada tenían que ver con los esperados entre un profesor y su alumna. Y porque, en el fondo, no soportaba la idea de que se alejara pensando que todo lo que habían compartido los meses anteriores y lo que habían sentido durante el baile no significaba nada. Pero no sabía cómo avanzar.

—Lo sé —dijo con calma—. Por eso me sorprendió verla aquí esta noche.

—Alice insistió —respondió con franqueza.

—Entiendo que su amiga puede llegar a ser bastante persuasiva, entonces.

El tono de Matthew tenía una pizca de humor, algo que Eleanor no

esperaba. No sabía cómo responder a eso, así que volvió la vista hacia los jardines. El silencio entre ambos se alargó unos instantes antes de que Matthew diera un paso más, apoyando una mano en la barandilla, muy cerca de donde ella mantenía la suya. Eleanor sintió el calor de su proximidad. Bastaba un leve movimiento para que sus dedos se rozaran, pero no lo hizo. Aunque tampoco se apartó.

—No debería haberme distanciado tanto —dijo él de pronto.

—¿Cómo dice? —Sintió que su corazón daba un leve vuelco. No estaba segura de haber escuchado bien.

Matthew exhaló despacio, midiendo sus palabras antes de pronunciarlas.

—He notado que ha percibido mi cambio de actitud en el aula —continuó, sin apartar la vista de ella—. No sé si fue la decisión correcta, pero creí que era lo mejor.

Eleanor notó que la indignación se encendía en su pecho.

—¿Lo mejor para quién?

—Para ambos.

—¿Pensó que alguien podría malinterpretar la relación entre un profesor y una alumna?

—Ambos sabemos que Cambridge no es un lugar amable para las mujeres que intentan destacar. No quería que mi actitud hacia usted hiciera su camino aún más difícil.

Eleanor soltó una risa sin humor.

—¿Eso era lo que pretendía? Porque ha conseguido justo lo contrario.

Él frunció el ceño.

—Explíquese, por favor.

Entonces Eleanor sí lo miró de forma abierta y sin vergüenza.

—Antes, cada uno de nuestros encuentros en el aula significaba algo. Un reto, una confrontación de ideas, un desafío intelectual.

Ahora, en cada ocasión en la que intervengo en clase, usted me trata como si fuera invisible. Y, por primera vez desde que llegué a Cambridge, he sentido que *de verdad* me han ignorado.

El silencio se instaló entre ellos. Matthew se debatía entre responder de inmediato o medir mejor sus palabras. Al final, soltó un leve suspiro y bajó la vista un instante.

—No era mi intención hacerla sentir así. Pensé que lo que quería era que no la trataran de manera diferente por ser mujer.

—Quiero que me traten con respeto. Y respeto no significa indiferencia.

Matthew asintió. Su expresión se suavizó apenas, pero sus ojos no la perdían de vista. El leve temblor de la mano de ella no le pasó desapercibido, y, aunque dudó un instante, al final no se atrevió a tocarla.

—Tomaré en cuenta su comentario, señorita Whitmore. Le ruego que me disculpe porque creí que lo entendía —dijo, más para sí mismo que para ella—. Creí que, en algún momento, habíamos alcanzado cierto grado de entendimiento. Pensé que nuestras discusiones significaban algo más que una mera confrontación académica, que habíamos encontrado una forma de… conexión.

Al momento Eleanor sintió que su respiración se detenía. Intentó encajar esas confesiones con el hecho de que hacía unos minutos acababa de presentarle a su prometida. No lo logró, así que optó por permanecer callada.

—Pero luego… Luego comenzó a rechazar cada intento de conversación. Me quedó claro que mi presencia le resultaba indiferente, o incluso molesta.

—No es tan sencillo —consiguió decir al fin.

—Lo sé. Pero no sabía cómo acercarme sin… complicarlo todo más. Por eso decidí distanciarme en el aula también. Si no quería

que la tratara de manera diferente, si le incomodaba mi actitud hacia usted, lo justo era actuar con total neutralidad.

Su tono no era acusador, ni siquiera parecía esperar una respuesta. Era, tan solo, una confesión honesta.

—Cuando vi que ni siquiera eso la alteraba, comprendí que todo ese tiempo había estado equivocado.

El silencio volvió a reinar entre ellos. Y aunque el frío de la noche comenzó a sentirse de verdad, Eleanor solo notaba el calor de las manos de Matthew contra las suyas, tan próximas que podría considerarse indecoroso. Sin embargo, no se apartó.

Matthew dejó escapar una risa sin humor y bajó la vista hasta sus dedos, luchado contra la tentación de rozarla.

—Pasé semanas convenciéndome de que debía olvidar todo esto. De que mi error había sido interpretar señales que nunca existieron.

Se detuvo, midiendo sus últimas palabras una vez más. Luego sacudió la cabeza con una media sonrisa casi imperceptible y clavó la mirada en los ojos de Eleanor, directa, sincera.

—Y, sin embargo, esta noche he cometido el mismo error al pensar que acercarme de nuevo cambiaría algo. Que quizá…

El corazón de Eleanor latía desbocado. Todo en su interior quería gritarle que no se había equivocado, que los sentimientos que acababa de descubrir eran correspondidos y estaban fundamentados, pero su razón le insistía en que todo estaba mal. Que esa no era la manera adecuada de hacer las cosas. Aun así, cedió a la tentación de preguntar.

—¿Que quizá qué?

Matthew se perdió en sus ojos antes de sincerarse.

—Que quizá todavía no era demasiado tarde.

No apartó la vista, a pesar de que era consciente de que cada poro de su piel exudaba un anhelo que no conseguía reprimir. No era

correcto, pero, por una vez, quiso desoír su razón, quiso dejarse llevar, permitirse vivir como siempre le aconsejaba Alice.

Matthew, perdido en esa mirada que, por fin, lo observaba sin barreras, quiso expresarle con sus ojos todo lo que no podía decirle con palabras, y, por fin, cedió a la tentación de envolver las manos de Eleanor entre las suyas. Muy despacio y sin soltarse de su mirada, se las llevó a los labios y depositó en ellas un beso ligero que a ambos les supo a despedida.

—Sin embargo, lo es, ¿verdad, Eleanor?

Ella no respondió. Pero solo porque todo lo que hubiera querido decir estaba prohibido para ellos dos.

Matthew la observó un instante más. Luego, con suma lentitud, alargando quizá el momento, liberó sus manos y se irguió.

—Buenas noches, señorita Whitmore.

Se alejó sin mirar atrás. A pesar de todo, Eleanor supo que, al igual que ella, tampoco podría olvidar aquella noche.

Capítulo 17

La mañana siguiente a la gala amaneció con un cielo plomizo sobre Cambridge, como si el clima reflejara el estado de las emociones acumuladas durante la noche anterior. Matthew Ashford caminaba con ritmo contenido hacia la casa de los Fairchild, tal como hacía cada jueves desde que se formalizara su compromiso con Margaret. Pero esa mañana, cada paso le pesaba como si lo condujeran al cadalso. Las palabras compartidas en el balcón con Eleanor, el tacto de sus manos, la mirada encendida de sentimientos reprimidos… Todo seguía resonando en su interior como una llamada a la acción que se empeñaba en ignorar.

Lo recibió un criado con la habitual cortesía, y, tras dejar su abrigo, fue conducido al salón principal. Allí lo esperaban lady Rosalind Fairchild, impecablemente vestida para su visita; sir Thomas Fairchild, que acababa de entrar en la estancia y se acomodaba en un sillón cercano al ventanal con el periódico aún en las manos; y su hija Margaret, que se levantó del sofá al verlo entrar.

—Profesor Ashford —lo saludó lady Rosalind con una sonrisa cortés.

Matthew inclinó la cabeza a modo de saludo dirigido a sus futuros

suegros y luego posó su mirada en su prometida.

—Matthew —lo saludó, con una sonrisa correcta.

—Margaret.

Se sentaron frente a la chimenea, acompañados por una bandeja de té que una criada dejó en silencio. Lady Rosalind se acomodó en un sillón cercano y sir Thomas se dedicó a hojear el periódico de forma intermitente, atento aunque sin participar demasiado.

—Confío en que la velada de ayer no le haya resultado demasiado agotadora, profesor.

—No, en absoluto, lady Rosalind. Fue un evento interesante.

Sir Thomas asintió con gravedad.

—Interesante, sin duda. Cambridge se está modernizando más de lo que algunos preferiríamos, pero al menos los bailes benéficos mantienen un barniz de respeto.

—Y Margaret brilló como se esperaba —añadió lady Rosalind, con una sonrisa cargada de intención—. Recibí más de un elogio sobre su presencia y saber estar.

—La señorita Fairchild fue una de las damas más admiradas de la velada —corroboró Matthew, sabiendo que un comentario de ese estilo era lo que se esperaba de él.

Margaret se limitó a llevarse la taza a los labios, con el movimiento pausado que Matthew había aprendido a detectar en ella.

—Me sorprendió ver a tantos conocidos anoche —comentó Rosalind mientras removía su té—. Aunque algo inusual celebrar una gala en mitad de la semana.

—Parece que la universidad pretendía asegurar la asistencia de ciertos benefactores —dijo sir Thomas sin levantar la vista—. Ya sabes, querida, que la educación femenina es algo que parece haberse puesto… de moda. Y aunque la intención fuera acumular apoyos para su causa, no se puede negar que cualquier reunión es

buena para hablar de cualquier otro tema de importancia social.

Lady Rosalind intercambió una mirada significativa con su hija antes de añadir:

—He oído ciertos comentarios sobre la señorita Whitmore —comentó, removiendo el té una vez más con aparente indiferencia—. Al parecer, algunos quedaron sorprendidos por su desenvoltura en la gala.

Matthew alzó la mirada. Se sintió en la necesidad de defenderla, aunque solo fuera porque tenía la sensación de que el comentario de lady Rosalind escondía alguna intención.

—Es una alumna destacada. Tiene seguridad en sus ideas.

Margaret enarcó una ceja con ligereza.

—A mí me dio la impresión de que la señorita Whitmore parecía fuera de lugar, ¿no crees?

—No lo creo. Tal vez, acostumbrados a sus intervenciones en el aula, algunos no se la esperaban en un entorno como aquel. Pero, teniendo en cuenta que ella misma es uno de los sujetos sobre los que giraba la intención de la gala, era de suponer que asistiría.

El silencio que siguió no fue tenso, aunque sí cargado de profundos significados, según quién los interpretase. Lady Rosalind tomó un sorbo de té antes de dejar la taza sobre el platillo y dirigir una mirada a su hija llena de demandas.

—Bailaste con varias alumnas, ¿no es así? —preguntó Margaret con aparente inocencia.

—Con algunas, sí —respondió Matthew, midiendo sus palabras. De pronto se sentía presa de alguna cacería, y su incomodidad empezó a crecer.

—Incluida la señorita Whitmore —añadió lady Rosalind con suavidad, pero con una intención clara.

—Fue un gesto de cortesía —dijo él, repitiendo el tono que había

empleado tantas veces para justificar decisiones que no sabía cómo explicar.

—Pues, déjeme recordarle, profesor, que la cortesía tiene límites. En especial cuando uno tiene compromisos más importantes que atender.

Matthew se dio cuenta de cómo Margaret se giraba hacia su madre con verdadera sorpresa, como si aquello no formara parte de aquel plan que, ahora estaba seguro, ambas habían orquestado antes de su llegada.

—Madre, por favor.

Lady Rosalind se levantó con lentitud, alisando la falda con las manos.

—Os dejaré conversar —dijo con voz tensa—. Aunque espero que no tengamos que discutir de nuevo sobre lo que se espera de este compromiso. Ya hemos comenzado a planificar la casa. El ajuar también está en marcha. Y su posición como futuro miembro de esta familia será digna de su trayectoria.

Sir Thomas dejó el periódico a un lado y, tras un breve intercambio de miradas con su esposa, también abandonó la sala en silencio.

El ambiente entre los prometidos se volvió denso. Matthew, intentando aligerarlo, fue el primero en hablar.

—No habías mencionado que tus padres asistirían a la gala.

—No lo creí necesario. La universidad los invitó como parte del comité de benefactores.

—¿Disfrutaste de la velada, entonces?

—Sin duda. Ya sabes lo mucho que me gusta estar rodeada de gente.

—Me alegro —comentó Matthew, buscando con ello iniciar una conversación más distendida.

—Fue agradable. Aunque confieso que me sorprendió verte bailar con alumnas. Pensé que preferías mantener cierta distancia.

Entonces tuvo claro que sus esfuerzos no se verían recompensados. Madre e hija tenían intención de asegurar ese matrimonio, y lo ocurrido en la gala benéfica entre él y Eleanor no había hecho más que reforzar su decisión. Dudó.

—Era una noche distinta. Y la ocasión lo merecía. Me pareció adecuado dar ejemplo de cordialidad.

Margaret no replicó. En cambio, sirvió más té, con movimientos lentos. El tintineo de la porcelana fue el único sonido durante varios segundos.

—¿Has reflexionado sobre lo que dijo el rector durante su brindis? Sobre la importancia del compromiso y de representar de manera adecuada los valores de la universidad.

—Sí, lo escuché —respondió él, aunque no añadió más. En sus recuerdos, las palabras del rector se mezclaban con las de Eleanor bajo la luz de la luna. Pasados unos segundos, sitió la necesidad de saber—. Margaret…

—¿Sí?

—¿No crees que…? —Se interrumpió. Suspiró—. ¿Has pensado en cómo será nuestra vida después de casarnos?

Margaret levantó la cabeza, sorprendida.

—Por supuesto. Estoy segura de que será tranquila. Agradable. Eres un hombre sensato, Matthew, y siempre has huido de los escándalos. Eso es lo que más me gusta de ti.

No era lo que él esperaba oír. Se quedó en silencio, buscando unas palabras que no llegaban. El recuerdo de Eleanor se alzaba con más fuerza con cada segundo que pasaba entre esas paredes. Se estaba ahogando. Necesitaba salir de aquella casa en la que empezaba a sentirse acorralado, como una presa que, una vez localizada, se

cerca hasta que se rinde… o muere.

Como si Margaret hubiera percibido su inquietud, cambió de tema con aire distraído:

—¿Has oído hablar del evento que prepara lady Worthington para la próxima semana? Una velada musical en su residencia de Chesterton. Al parecer, asistirá incluso el nuevo director de la orquesta de Cambridge. Sería bueno que asistiéramos.

—Claro, siempre que mi labor en el *college* me lo permita.

Margaret continuó con su lista de temas sociales mientras él asentía apenas, y la escuchaba hablar con entusiasmo sobre detalles que no conseguían interesarlo. Sin embargo, las frases de Eleanor en el balcón, su temblor apenas perceptible, la intensidad de su mirada, sus labios entreabiertos mientras escuchaba su confesión…, todo parecía tener más peso que cualquier conversación que ahora compartiera con su prometida.

Cuando Matthew abandonó la casa de los Fairchild algunos minutos después, el frío lo recibió como un suspiro de alivio. Caminó sin prisa de vuelta a su hogar, dejando que el aire despejara sus pensamientos. La imagen de Eleanor era tan clara como el camino bajo sus pies. Aquella noche en el balcón había sentido una verdad que ya no podía negar, y la conversación con Margaret, sus palabras escogidas con tanta intención, la constante alusión a un futuro trazado sin margen de elección… Todo confirmaba un hecho que ya no podía obviar. No había pronunciado una sola palabra sobre romper el compromiso. Pero, en su interior, la certeza de que esa era la única vía posible para él había echado raíces. No podía seguir adelante con una vida que ya no sentía como suya.

Y si debía enfrentar las consecuencias de esa decisión, lo haría. Aunque solo fuera por coherencia con lo que, por fin, se atrevía a admitir: su corazón ya no pertenecía al mundo que los Fairchild

representaban.

Pero una nueva duda se había alojado en su interior: ¿cuándo debía dar el paso? Y esta, inevitablemente, lo conducía a un dilema distinto: ¿debía hacer partícipe de su decisión a Eleanor, intuyendo que ella parecía compartir sus sentimientos, o era mejor continuar como estaban hasta que él estuviera listo para avanzar?

Capítulo 18

El aula mantenía el habitual silencio disciplinado de Cambridge cuando Matthew Ashford tomó su lugar frente a los alumnos. Sin embargo, Eleanor lo percibió distinto. Aquel día, esa quietud le pareció cargada de tensión, quizá apenas perceptible por el resto, pero estruendosa para ella. Con todo, no fue capaz de descifrar si esa realidad provenía de la sala… o de sí misma. La costumbre la llevó a buscar su mirada esperando encontrar ese destello desafiante, el ademán inquisitivo que tantas veces había marcado sus debates y que, de manera inconsciente, había deseado volver a hallar tras la conversación mantenida durante la gala del Newnham College. Pero Matthew no la miró. Ni siquiera un instante.

Sintió la decepción recorrer su cuerpo. Desde el baile, desde el balcón, había anhelado algo. No sabía qué. ¿Una mirada, una palabra, aunque fuera una señal de que aquello no había sido más que un error? Sin embargo, no hubo nada. Se obligó a enfocarse en el contenido de la clase, ignorando el vacío que, a cada palabra, se instalaba en su pecho. Y entonces recordó el momento en el que Margaret había aparecido en la gala, tomando a Matthew del brazo. «Mi prometida», había dicho él. Aquellas palabras todavía resonaban

en su memoria. Se instó a tragar su decepción. Él iba a casarse. Lo sabía. Y, sin embargo…

Cuando por fin levantó la mano para intervenir, Matthew asintió con un gesto comedido y le dio la palabra sin más. Eleanor expuso su argumento con la misma claridad de siempre, y cuando terminó, él fijó su vista en ella y asintió, como reconociendo la solidez de sus palabras, un vago recuerdo de lo que ocurría meses atrás. Y, aunque no hubo elogios ni más oportunidad de debatir, Eleanor lo entendió como un movimiento intencionado, como una señal de que había escuchado y comprendido lo que ella le había dicho aquella noche en el balcón.

Aun así, el silencio posterior le resultó ensordecedor.

La sesión continuó sin incidentes. Matthew siguió con su lección sin volver a prestarle más atención de la necesaria. Y cuando la clase terminó, Eleanor fue consciente de que él empezaba a construir un muro entre ambos, piedra a piedra, cada una simbolizando su renuncia.

Días después, el ambiente del aula se cargó de nuevo cuando Matthew planteó una nueva cuestión para debatir.

—¿Es el liderazgo un rasgo innato o una habilidad adquirida? —inquirió, paseando la mirada por la sala.

De inmediato, Carter intervino con un aire de suficiencia.

—La historia ha demostrado que ciertos *atributos naturales* predisponen a los líderes. La razón por la que los hombres han dirigido civilizaciones es porque poseen una capacidad innata para la autoridad.

Eleanor sintió el impulso de intervenir, pero se contuvo. Esperó a que otros opinaran, pero cuando nadie parecía dispuesto a rebatir la afirmación, alzó la mano.

—La historia no es una prueba irrefutable de predisposición

biológica —señaló con firmeza—. Ha sido la estructura de la sociedad la que ha impedido que las mujeres ocupen posiciones de liderazgo en la misma medida que los hombres.

Carter soltó una risa breve y burlona.

—Es fácil decir eso en teoría, pero carecemos de pruebas que lo respalden. Si las mujeres fueran en verdad aptas para el liderazgo, la Historia tendría más ejemplos de ello.

—Oh, los tiene —replicó Eleanor sin vacilar—. Isabel I, Catalina la Grande, Cleopatra, Hatshepsup... Mujeres que gobernaron con el mismo nivel de estrategia y determinación que cualquier hombre.

—Excepciones que confirman la regla —contraatacó Carter con una sonrisa socarrona.

Eleanor abrió la boca para responder, pero se interrumpió al notar el silencio absoluto en la sala. Todos esperaban la intervención de Matthew. Pero no llegó. Se limitó a recorrer con la mirada a los alumnos, y luego, simplemente, continuó con la clase.

Eleanor sintió que algo se retorcía en su interior una vez más.

***

El frío del atardecer se colaba por los callejones de Cambridge cuando por fin pudo salir de la universidad. Se ajustó el abrigo, sintiendo la incomodidad de las palabras no dichas en su garganta. Aquel día, Alice la esperaba en la plaza, justo donde terminaban las escalinatas del edificio de Filosofía, para avanzar en compañía mutua hasta el Newnham College. Eleanor, apenas la vio, se acercó con paso rápido, como si quisiera quitarse de encima la clase recién terminada.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido hoy?

—Como esperaba —dijo—. Carter volvió a soltar alguna de sus

afirmaciones sobre el liderazgo masculino y yo no pude quedarme callada. Intervine. El profesor Ashford no dijo nada.

Alice la observó con atención.

—¿Nada?

Eleanor desvió la mirada.

—Nada. Ha decidido mantenerse al margen, pero me pregunto si es solo una forma elegante de desaparecer.

Su amiga frunció el ceño, aunque no insistió.

—¿Y tú qué piensas hacer?

—He decidido centrarme en lo que vine a hacer. En mis estudios. Todo lo demás… no importa.

—¿Lo dices convencida o para convencerte?

No respondió. Porque, en el fondo, no estaba segura. Alice se cruzó de brazos, se detuvo y se giró para mirarla.

—Eleanor, estás hablando conmigo. Sabes que puedes contarme lo que quieras. Pero si no hablas con alguien, vas a explotar por dentro.

Bajó la vista. Dudó unos segundos más, hasta que la frustración acumulada en su pecho le resultó insoportable.

—Hablamos —admitió en voz baja—. Después del baile, en el balcón.

Alice parpadeó, sorprendida, y retomó el paseo.

—¿Ashford?

Eleanor asintió, sin alzar la mirada.

—Fue… extraño. Hablamos de todo lo que había pasado entre nosotros. De cómo cambió su actitud, de que me sentí ignorada… Y él me explicó que lo hizo para protegerme. Que pensaba que tratándome como a cualquier otro estudiante evitaría que sufriera comentarios o consecuencias.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que lo que consiguió fue justo lo contrario. Que su indiferencia dolía más que cualquier crítica. Que no quería privilegios, pero tampoco que me ignorase.

Alice la observó en silencio. Su amiga parecía otra, más frágil y, al mismo tiempo, más decidida.

—¿Y qué ocurrió después?

—Nada. Porque justo antes de eso, él me había dicho que Margaret era su prometida. Así que... no tenía sentido que pasara nada después de mi confesión.

Alice calló durante unos segundos. Luego, le puso una mano en el brazo con suavidad.

—Tal vez no ahora. Pero sí tenía sentido. Y lo sabes.

—Ya no tiene importancia, Alice. La única cosa que tiene sentido es que soy una estúpida. Porque hasta ese momento no quería admitir lo que sentía por él. No completamente. Pero ahora…, ahora ya no puedo fingir. Me duele. Me duele más de lo que debería.

—No eres estúpida, Eleanor. Solo eres humana. Y brillante. Y valiente. Y todo esto pasará. Pero no tienes que sufrirlo sola.

Eleanor dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Gracias. No estoy lista para admitirlo delante de nadie más. Pero contigo… supongo que no podía seguir callando.

—Y, aun así, estás convencida de que todo ha terminado, ¿verdad?

La miró como si no hubiese entendido nada de lo que acababa de explicarle.

—Alice, va a casarse.

—Sí, pero no pareces una mujer convencida de que deba apartarse. Solo una que no sabe cómo hacerlo…

—Eso no tiene importancia, porque encontraré la manera. En cualquier caso, se acabó. Voy a volver a lo único que me hace sentir segura y a lo que de verdad me trajo aquí: mis estudios, mi título y

mi objetivo de demostrar que las mujeres también podemos hacer grandes cosas.

Capítulo 19

El auditorio estaba lleno. La luz de las lámparas de gas proyectaba sombras alargadas sobre los paneles de madera oscura, y el murmullo de los asistentes se expandía por la sala mientras tomaban asiento. El King's College no solía albergar conferencias sobre la educación femenina, pero la presencia de Oscar Browning había despertado interés tanto entre académicos como entre estudiantes.

Eleanor, sentada junto a Alice, observaba con atención el escenario donde el profesor Browning se preparaba para comenzar. Había escuchado su nombre antes, siempre asociado a la ambigüedad de sus posturas respecto a las mujeres en la educación superior. Había apoyado algunas iniciativas, pero no estaba claro hasta qué punto consideraba legítima la presencia femenina en la universidad, y Eleanor esperaba con expectación el momento en el que el hombre comenzase a hablar. El hecho de que una institución como Cambridge acogiese esta temática le hacía suponer que un cambio era posible, y eso la mantenía en un estado permanente de nervios e impaciencia desde que había tomado asiento.

O quizá se sentía así porque Matthew la había mirado mientras se acomodaba y luego, como si acabara de percatarse de ello, había

girado la cabeza para fingir que el gesto no había tenido importancia.

—¿Apuestas a que al menos una vez mencionará la «naturaleza femenina» como un impedimento? —susurró Alice con una sonrisa socarrona.

—No sería una conferencia completa sin ello.

Ambas reprimieron una carcajada y Eleanor se limitó a acomodarse en su asiento. Su mirada se deslizó, de forma involuntaria, hacia el otro extremo de la sala, donde minutos antes había cruzado la mirada con Matthew, en la sección reservada para los profesores. Desde el baile, apenas se habían cruzado palabras fuera del aula.

El murmullo cesó cuando Browning alzó la voz.

—El progreso de la educación en este siglo ha sido notable —comenzó—. No podemos negar que la sociedad ha cambiado y que la educación ha dejado de ser privilegio exclusivo de unos pocos. —Alice le lanzó una mirada cargada de significado a Eleanor—. Incluso aquí, en Cambridge, hoy debatimos sobre la presencia femenina en la academia. Un signo del avance del tiempo. Sin embargo debemos preguntarnos hasta qué punto estos cambios son beneficiosos para el conjunto de nuestra sociedad.

Un murmullo recorrió la sala.

—Lo que no podemos negar es que el progreso no es un favor ni un derecho inherente. Es un privilegio que se gana con esfuerzo. Es cierto que las mujeres han demostrado aptitudes notables en diversas áreas del conocimiento. Pero ¿es su lugar el ámbito académico? ¿Es el intelecto suficiente para garantizar su permanencia en la universidad?

Browning, indiferente a la incomodidad que sus palabras pudieran generar en parte del público, continuó con tono mesurado tras una

pausa convenientemente medida en su discurso:

—Hay quienes sostienen que sí, que el talento y la disciplina deberían ser los únicos requisitos para formar parte de esta institución.

Eleanor asintió de forma automática. Sí. Justo eso. Pero Browning no había terminado:

—Sin embargo, hay otras voces que insisten en que el intelecto femenino, aunque valioso, difiere en esencia del masculino. Que su capacidad analítica y su razonamiento lógico no están diseñados para la rigurosidad de las disciplinas académicas más exigentes. Y nosotros debemos preguntarnos si la academia está preparada para ello. No podemos olvidar que la universidad es un organismo construido sobre una estructura jerárquica, con tradiciones que han dado forma a nuestra excelencia. Alterar dicha estructura con cambios demasiado drásticos podría poner en peligro su prestigio.

»Y aunque en los últimos años hemos visto mujeres destacando en ciertas áreas, debemos preguntarnos si esto es la excepción o la norma. ¿Podemos exigirles la misma rigurosidad intelectual?

Hubo asentimientos en la sala. Eleanor sintió una oleada de indignación. ¿Estaba defendiendo la educación femenina o argumentando en su contra?

—Me está costando contenerme —murmuró.

—Lo sé —respondió Alice con los labios apretados.

Browning prosiguió, desgranando sus argumentos con la condescendencia de quien se cree dueño de la razón.

—Mi opinión es que la clave no se encuentra en negar el acceso femenino a los estudios superiores, sino en regularlo, porque no se trata de cuestionar el mérito de las mujeres, más bien de comprender que el avance debe ser paulatino, sin atropellos ni imposiciones. La presencia de mujeres en Cambridge es un

experimento, y como tal, debe ser observado con cautela antes de considerar cambios definitivos.

Eleanor sintió que Alice le tocaba el brazo, como advirtiéndole que no reaccionara de forma visible.

—Así que la pregunta no es si las mujeres merecen la educación universitaria —concluyó Browning—, sino si la universidad puede permitirse el riesgo de concedérsela sin restricciones.

Matthew, desde su asiento, no reaccionó, pero Eleanor supo que estaba prestando atención a cada palabra.

Continuó hablando sobre la fatiga intelectual en las mujeres, sobre su supuesta predisposición a lo emocional por encima de lo racional, y sobre el riesgo de desestabilizar la sociedad si las mujeres abandonaban su papel tradicional.

Eleanor sintió el calor subirle al rostro y buscó a Matthew entre la bancada de profesores, de nuevo. Aparentemente estaba inmóvil, pero ella se dio cuenta de que, con el tiempo, había aprendido a analizar su expresión. Sus labios formaban una línea tensa, el hoyuelo en su barbilla se marcaba aún más y sus ojos oscuros se habían afilado con una sombra de desaprobación, no exenta de tensión. Y eso, sin ninguna duda y a pesar de todo lo que había ocurrido entre ellos, calmó y alegró a Eleanor a partes iguales.

Cuando la conferencia terminó, el auditorio estalló en un bullicio de opiniones. Algunos aplaudieron con entusiasmo, otros intercambiaban miradas de incredulidad y disgusto.

Eleanor soltó una exhalación nada disimulada.

—Ha sido más irritante de lo que imaginaba.

—Era predecible. Al final, ha dicho lo que muchos otros piensan, pero disfrazado de idea novedosa y revolucionaria —respondió Alice con sequedad.

Se puso de pie con intención de salir, pero un grupo de asistentes

se aglomeró en la puerta. Mientras esperaban, Alice continuó comentando la conferencia con otro grupo de estudiantes, sin embargo, Eleanor se detuvo porque sintió que alguien se colocaba a su lado.

—No parece impresionada con el discurso, señorita Whitmore.

Giró la cabeza y se encontró con Matthew. Estaba cerca, demasiado cerca.

—No esperaba estarlo.

—Lo que ha dicho no le ha sorprendido, pero la ha afectado.

—Por supuesto que lo ha hecho. ¿A usted no?

Él no respondió de inmediato. Desvió la mirada hacia la salida bloqueada, midiendo sus palabras antes de decirlas y evaluando quién estaba a su alrededor.

—Ha sido… decepcionante. No puedo decir que me haya sorprendido, pero sí me ha resultado esclarecedor.

Eleanor frunció el ceño.

—¿Esclarecedor?

Matthew mantuvo su mirada fija en ella por un instante. Luego, en un movimiento casi imperceptible, señaló hacia la puerta con el mentón.

—El vestíbulo estará menos concurrido. Quizá sea un lugar más tranquilo para este tipo de conversación. ¿Quiere acompañarme?

Eleanor dudó por un instante. Después, sin responder, empezó a caminar a su lado, despacio, siguiendo el ritmo que marcaba la multitud. Cuando salieron al pasillo, el bullicio se atenuó. Las voces de los asistentes a la conferencia aún resonaban en los corredores, pero allí, en ese momento, solo existían ellos dos.

—¿Por qué ha dicho que ha sido esclarecedor?

Matthew se detuvo junto a una columna y la miró.

—Porque he visto la reacción de muchos de mis colegas ante este

discurso. Y me pregunto cuántos de ellos piensan igual, aunque no lo digan en voz alta. Porque no podrá negarme que, como mínimo, fue interesante el punto de vista de Browning.

—¿Interesante? —repitió ella con incredulidad—. No sé si llamaría interesante a una justificación tan elaborada para mantenernos en la periferia de la academia.

—¿Eso fue lo que escuchó?

Eleanor entornó los ojos.

—¿Acaso no fue eso lo que dijo?

—Dijo que la universidad no está lista. Pero no dijo que las mujeres no lo estén.

Eleanor frunció el ceño.

—Es una forma demasiado benévola de interpretarlo.

—Es una forma de reconocer que, aunque no lo haya expresado en los términos que usted desearía, lo que Browning ha hecho esta noche es obligar a muchos a reflexionar sobre un tema que, de otro modo, seguirían ignorando.

—¿Cree que solo escuchar es suficiente? —preguntó, sin estar segura de si aquello la convencía.

—No. Pero es un comienzo. A veces, una idea necesita repetirse muchas veces antes de que alguien esté dispuesto a aceptarla.

Eleanor sintió un leve estremecimiento al reconocer sus propias palabras en boca de él.

Por un instante, la tensión habitual entre ellos se disipó. Habían regresado, aunque fuera de forma momentánea, a ese punto de equilibrio en el que las ideas fluían entre ellos sin obstáculos ni formalidades. Pero duró poco. Eleanor se percató de lo fácil que le resultaba hablar con él, de lo natural que se sentía, y entonces se obligó a recuperar la distancia.

—¿Y usted, profesor? ¿También necesita repetir una idea para

aceptarla?

Durante un segundo, la sombra de una sonrisa apareció en los labios de Matthew.

—Si pensara como ellos, señorita Whitmore, usted y yo no habríamos tenido ninguno de nuestros debates.

—Entonces, ¿por qué ha mantenido la distancia de nuevo desde que... hablamos en la gala benéfica?

Matthew no respondió de inmediato. Avanzó apenas un poco, hasta situarse justo a su lado. Su mano se adelantó unos centímetros, pero se detuvo a punto de tocar los dedos de Eleanor. Luego, la dejó caer, derrotado.

—Porque pensé que era lo correcto.

Eleanor entrecerró los ojos. No debía preguntar, lo sabía, pero nunca había cedido a la tentación de esclarecer dudas.

—¿Y ahora?

La miró con intensidad un segundo, como si fuera a confesarle un secreto, y le sostuvo la mirada.

—Ahora empiezo a preguntarme si lo ha sido.

Sintió que su respiración se alteraba. La forma en la que Matthew la estaba observando era tan parecida a cómo la miró en aquel balcón, tan profunda y cargada de significado que supo, sin lugar a dudas, que sus palabras no eran otra cosa que una confesión.

Iba a preguntarle por su compromiso, necesitaba saber qué había de aquello, qué juego era el que Matthew jugaba, qué papel le había otorgado en él. No tenía intención de abandonar su futuro por ningún hombre, pero tampoco le gustaba no saber a qué atenerse. Sin embargo, unos pasos resonaron cerca, rompiendo la burbuja. Matthew se apartó y volvió a erguirse con la compostura de siempre.

—Ha sido… interesante hablar con usted de nuevo.

Eleanor necesitó un segundo para recomponerse y retroceder un

paso.

—Supongo que fue inevitable. Es difícil eludir las conversaciones cuando hay ideas de por medio.

—Lo que es difícil es fingir que no las disfruto. Buenas noches, señorita Whitmore.

Matthew mantuvo su mirada en ella un instante más antes de hacer una leve inclinación de cabeza. Eleanor tardó en reaccionar antes de asentir.

—Buenas noches, profesor Ashford.

Entonces sí, se marchó. Ella lo vio alejarse una vez más.

Capítulo 20

El despacho de lord Reginald Cavendish era una de esas estancias donde la tradición pesaba en el aire. Tapices oscuros cubrían las paredes y los retratos de académicos ilustres parecían observar desde sus marcos con severidad. Eleanor Whitmore permanecía de pie en el centro de la habitación, esperando a que él la invitase a sentarse, con la espalda recta y el mentón elevado, sin dejarse intimidar por el entorno ni por la mirada escrutadora del hombre apostado tras el imponente escritorio de caoba.

—Señorita Whitmore, siéntese, por favor. ¿Sabe por qué la he mandado llamar?

Mantuvo la compostura. Intuía que cualquier respuesta precipitada sería un error.

—Imagino que será para hablar de mi desempeño académico, milord.

Cavendish soltó una leve risa, carente de humor.

—¡Oh, no! No tengo ninguna objeción sobre su rendimiento. Si algo debo reconocerle es que, a pesar de su… particular situación, no ha desperdiciado el tiempo. Pero no es por eso por lo que está aquí. —Se recostó en su silla, entrelazando los dedos sobre el

escritorio—. La he llamado porque, tras la conferencia de Oscar Browning, me pareció prudente recordarle la verdadera situación en la que se encuentra. No quisiera que ciertos discursos idealistas le hicieran concebir… expectativas poco realistas.

Eleanor sintió la tensión invadir su cuerpo, pero luchó con todas sus fuerzas para que su rostro permaneciera inmutable.

—Si por expectativas poco realistas se refiere a esperar justicia, entonces me temo que no ha entendido nada.

Cavendish esbozó una sonrisa paternalista, como si estuviera tratando con una niña obstinada en lugar de con una mujer que había demostrado ser más válida que la mayoría de los hombres de Cambridge.

—Señorita Whitmore, la justicia es un concepto demasiado ambiguo. Lo que importa aquí es la tradición. Y la tradición no se doblega ante sentimentalismos.

—La tradición solo se mantiene intacta hasta que alguien se atreve a desafiarla.

—¿Y usted cree que será la persona que lo consiga?

—Creo que será cuestión de tiempo. Y algunos nombres quedarán en la historia como aquellos que lo impidieron… y otros, como aquellos que lo hicieron posible.

Cavendish no contuvo la carcajada que subió por su garganta, y la dejó escapar sin ningún tipo de pudor.

—Le reconozco el esfuerzo en intentar hacerme cambiar de idea, señorita Whitmore, y hasta su determinación tiene algo de mérito… si lo aplicara a un contexto más femenino. Pero no olvide nunca que Cambridge fue fundada por y para hombres, y sobre los cimientos de su pensamiento se ha levantado y perdurado la institución más respetada del mundo. —Su tez comenzaba a tomar un cierto color rojizo, señal de que la conversación comenzaba a resultarle

exasperante—. Le advierto que unas cuantas alumnas en ciertas aulas no conseguirán alterar el orden natural de las cosas. Las universidades no están pensadas para hacer experimentos sociales, sino para preservar el conocimiento. Tenga presente mi advertencia, señorita Whitmore: mientras yo esté aquí, no permitiré que se destruya a la ligera lo que la historia ha tardado siglos en construir.

Eleanor sintió un ardor en el pecho, levantó la barbilla y no reprimió su respuesta.

—Con todo el respeto, lord Cavendish, tenga usted presente la mía: no permanecerá aquí para siempre.

Cavendish la estudió con nuevos ojos, como si contemplara de pronto a una rival, y fue consciente de que, efectivamente, antes o después él debería abandonar el vicerrectorado, y algunos de sus compañeros, en especial algunos muy bien considerados en la sociedad londinense, empezaban a apoyar sin reparos lo que él se empeñaba en reprimir. Un atisbo de miedo cruzó por sus ojos y decidió jugar su última baza.

—No quiero que malinterprete mi advertencia como una amenaza. Solo le ofrezco claridad. No importa cuánto esfuerzo dedique, Cambridge no le concederá el título que tanto ansía. Y, teniendo en cuenta que se encuentra usted en su último año de estudios, cuanto antes lo acepte, menos sufrirá.

Eleanor acusó el golpe, pero, fiel a ella, no se permitió darse por vencida.

—Lo que sugiere es que acepte mi destino sin hacer nada. Pero ¿no es acaso la historia una sucesión de momentos en los que alguien, en algún punto, decidió no aceptar su destino?

Un destello de irritación cruzó el rostro de Cavendish.

—La diferencia, señorita Whitmore, es que esos «alguien» eran hombres y tenían el derecho de reclamar un lugar. Usted no.

—Eso es lo que usted cree —respondió con firmeza.

El académico la miró con atención un instante más, luego hizo un gesto con la mano, como si la estuviera desestimando.

—Puede retirarse.

Eleanor inclinó la cabeza con una corrección impecable; no iba a darle el gusto de salir hundida, ni con los ojos anegados en lágrimas, que era como de verdad se sentía.

—Que tenga un buen día, milord.

Se giró y salió del despacho con pasos medidos. No permitió que sus manos temblaran ni que su respiración se alterara hasta que la puerta se cerró tras ella, pero sus emociones pugnaban por salir. Cavendish podía advertirle todo lo que quisiera; ella no pensaba detenerse.

Aunque lo sabía. Siempre lo había sabido. Desde el primer día, conocía las reglas del juego: podía asistir a las clases, presentarse a los exámenes, incluso superar con creces a sus compañeros. Pero no importaba cuánto se esforzara. El título nunca sería suyo. Cambridge no concedía títulos a mujeres. Y, sin embargo, enfrentarse a esa verdad en boca de Cavendish había sido como recibir un puñetazo en el estómago porque se la había arrojado con el único propósito de humillarla. Ella sabía mejor que nadie el poder de las palabras y, al parecer, el vicerrector también. Había hablado para hacerle daño, no para recordarle una verdad que ella ya conocía. Pues bien, que él siguiera pensando que nunca conseguiría su título; el mundo no se acababa en Cambridge.

Aceleró el paso por los corredores de piedra, ignorando a los estudiantes con los que se cruzaba y sus miradas de curiosidad. No podía pensar en nada más que en una persona: Thomas Everly. Si alguien podía ofrecerle una alternativa, una salida, una mínima rendija por la que colarse antes de que todo se viniera abajo, era él.

El sol comenzaba a ocultarse tras los edificios del *college* cuando llegó a Newnham, sorteando los senderos del jardín con paso decidido. Allí, entre las paredes que la habían acogido desde su llegada a Cambridge, encontró a Alice.

—Eleanor, ¿qué ocurre? —preguntó su amiga, al verla tan alterada.

—Te lo contaré después, lo prometo. Pero ahora necesito encontrar al profesor Everly. ¿Sabes si sigue aquí?

—Creo que está en la sala de lectura. Hoy solo tenía clase por la mañana, pero a veces se queda corrigiendo trabajos hasta tarde.

No esperó más. Entró en el edificio, con el pulso todavía agitado. Atravesó el vestíbulo y subió las escaleras con paso firme hasta la sala indicada. Allí, entre los antiguos estantes y el olor inconfundible del papel, vio la figura de Thomas Everly sentado junto a una lámpara de aceite, rodeado de textos.

Al oírla entrar, levantó la vista. Bastó una mirada para que dejara la pluma a un lado.

—Señorita Whitmore —dijo con tono grave—. Me preguntaba cuánto tardaría en buscarme.

Ella se detuvo, todavía agitada.

—¿Sabía que Cavendish iba a llamarme?

—No con certeza. Pero he escuchado ciertos comentarios esta mañana. —Everly se incorporó con lentitud—. Sospechaba que, tarde o temprano, alguien intentaría recordarle cuál es su lugar… o el que creen que le corresponde.

—Lo ha hecho. Y aunque no me ha dicho nada que no supiera, escuchar de sus labios que nunca obtendré un título me ha dado un motivo para quererlo.

—Pero eso no es nuevo. Desde que llegó sabía que Cambridge no concede títulos a mujeres.

—Lo sabía, sí. Pero hasta ahora me bastaba con demostrar que era tan válida como cualquiera de mis compañeros. Que podía destacar, incluso sin ese reconocimiento. Hoy… hoy he comprendido que no es suficiente. Que tengo que buscar algo más. Debo ir un paso más allá.

Everly la observó con atención, y sonrió sabiendo lo que venía a continuación.

—Entonces ha llegado el momento. Llevo semanas pensando que esto podría ocurrir, y por eso he estado moviendo algunos hilos. Tengo un contacto en Bedford College, en Londres. Allí las mujeres pueden presentarse a exámenes y recibir certificados oficiales. No será Cambridge, pero es igual de legítimo. Y merecido.

Eleanor dio un paso hacia él con la esperanza marcada en el rostro.

—He cursado todos los años aquí. ¿Podría trasladarme así, sin más, o tendré que empezar de cero? ¿Cree que… tendría una oportunidad allí?

—Estoy seguro de ello. Ha trabajado como nadie, señorita Whitmore. Lo que ha conseguido aquí, aunque esta universidad no quiera admitirlo, tiene peso. Lo que necesita ahora es hacerlo visible. Y en Londres pueden ayudarle a conseguirlo. No se inquiete, todos sus años de estudio cuentan. Sin embargo, mi consejo es que se traslade lo antes posible.

Buscó con urgencia un lugar en el que sentarse porque, de pronto, sintió que la tensión que la había acompañado desde el despacho de Cavendish comenzaba a disiparse y, con ella, la fuerza que la había mantenido en pie cuando recibió la horrible noticia.

—¿Y qué debo hacer entonces?

—Prepararse para los exámenes oficiales. Puede que incluso pueda conseguir que la acepten ya. Puedo ayudarla con eso, escribir

una carta de recomendación. No será sencillo, pero sé que tiene todo lo que necesita.

Eleanor respiró hondo. Sintió vértigo, pero también el impulso que cada nuevo comienzo otorga.

—Entonces eso es lo que haré —afirmó, convencida—. No dejaré que esta institución tenga la última palabra sobre lo que valgo.

—Eso mismo pensaba yo cuando la vi por primera vez hace ya casi cuatro años.

—Gracias, profesor —murmuró—. Por no dejar que me hunda. Por creer en mí cuando más lo necesito.

Él le sonrió con la calidez.

—Lo único que he hecho es decirle lo que usted ya sabía: que este no es el final de su historia, Eleanor. Es apenas un nuevo comienzo. De otro modo, no habría venido a buscarme.

Eleanor asintió. Y, esta vez, no dudó. Porque el futuro, aunque incierto, ya no le parecía tan lejano ni tan inalcanzable. Y porque, ahora sí, la promesa que se hizo la tarde en la que su padre se hundió, alcanzaba un nuevo significado.

Al salir de la sala, Eleanor encontró a Alice esperándola junto a los ventanales del pasillo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, dando un par de pasos hacia ella.

—Mejor que hace una hora. Tengo algo que contarte, Alice. Pero antes, vayamos a buscar el coche, hoy hace un frío de mil demonios y no quiero volver a casa andando —respondió, todavía con los ojos brillantes de la emoción.

Alice no insistió. La tomó del brazo y comenzaron a caminar hacia la salida del *college*. Una vez en el interior del coche y bien abrigadas con las mantas, Eleanor abordó el tema sin dar rodeos.

—Cavendish me ha llamado a su despacho.

Alice puso los ojos en blanco.

—Déjame adivinar. ¿Una charla sobre los peligros de la educación femenina y el orden natural de la academia?

—Básicamente.

—Ese hombre es tan predecible que ya no sé si empieza a aburrirme o a exasperarme. ¿Cuál ha sido el veredicto?

Eleanor comenzó su relato, sin escatimar detalles, incluida la charla que había mantenido hacía escasos minutos con el profesor Everly.

—No importa lo que diga. No me detendré.

Alice la observó en silencio unos instantes antes de asentir con seriedad.

—Lo sé.

Tras unos segundos de reflexión, y cuando estaban ya cerca de la residencia de los Harrington, Alice habló de nuevo.

—Nos queda poco tiempo aquí. Muy poco. ¿Lo has pensado?

—Cada día.

—¿Entonces? ¿Está decidido?

Eleanor no dudó.

—Voy a ir a Londres. Voy a terminar lo que empecé.

—Sabía que ibas a decir eso.

Eleanor soltó una leve risa.

—¿Y qué harás tú?

—Aún no lo tengo claro. Sé que mi estudio sobre las protagonistas de Shakespeare levantará más de una ampolla. Pero, ocurra lo que ocurra, me aseguraré de que valga la pena.

Asintió, comprendiendo lo que no decía en voz alta.

La universidad estaba llegando a su fin. Pero el mundo, fuera de esas paredes, aún tenía mucho por ofrecer.

Y ambas estaban listas para enfrentarlo.

Capítulo 21

Matthew caminaba por el patio del *college* apresurando el paso para evitar el frío cortante del invierno, con las manos en los bolsillos, sumido en sus propios pensamientos, cuando la vio.

Eleanor caminaba con la vista baja, con los brazos cruzados como si tratara de contener algo más que el frío. No había rastro de la firmeza con la que solía moverse ni de la energía desafiante con la que enfrentaba cada obstáculo en Cambridge. Frunció el ceño. No la había visto así nunca.

El impulso de seguir su camino, de mantenerse neutral como había intentado hacer durante los últimos días desde que mantuvieron aquella charla tras la conferencia, se desvaneció en el instante en que su mirada recorrió la expresión ausente de Eleanor.

—Señorita Whitmore.

Ella se detuvo de golpe. Levantó la vista, sobresaltada por la sorpresa, pero enseguida se recompuso.

—Profesor Ashford.

Matthew sintió un inesperado malestar por el tono distante con el que había correspondido a su saludo. Se aclaró la garganta. No había planeado encontrarse con ella, y, sin embargo, no podía

ignorar la oportunidad que el destino le había puesto delante.

—Espero que no la esté importunando —dijo con prudencia—. Pero me ha parecido que… no estaba del mejor ánimo. Señorita Whitmore, ¿ocurre algo?

Eleanor apretó los labios, meditando si merecía la pena responder. La tarde anterior había tomado una decisión, y él no se encontraba en sus planes.

—No sabía que ahora se preocupara por mi estado de ánimo, profesor.

—Sería un pésimo profesor si no notara cuando una de mis alumnas está… preocupada.

—Pues no tiene por qué molestarse, créame. Mi problema ya está resuelto.

—¿Va a casa? —preguntó Matthew de pronto.

Eleanor frunció el ceño.

—Sí.

—Permítame acompañarla.

—¿Es una invitación o una recomendación?

Matthew sostuvo su mirada con calma, no era la primera vez que ella le hacía una pregunta así.

—Es una coincidencia. Tenía intención de visitar de nuevo al colega que vive en la misma dirección.

Eleanor supo que esta *coincidencia* era fruto de haberse quedado sin tiempo para inventar algo mejor. Y, tras mirarlo con detenimiento durante unos segundos, también fue consciente de que Matthew se sabía pillado en falta... y que le daba igual.

—Como quiera, profesor.

Caminaron en silencio durante los primeros minutos. El sonido de sus pasos se mezclaba con el lejano rumor de la ciudad. Eleanor mantenía la vista al frente, concentrada en llegar lo antes posible,

pero, al final, rompió el silencio.

—No tiene sentido que no le cuente lo que, con total seguridad, ya sabe. Ayer, Cavendish me llamó a su despacho.

Matthew la observó de reojo.

—Lo sé, oí los rumores. ¿Cómo fue? Porque imagino que el resultado de esa conversación es lo que la mantiene en ese estado. Y, señorita Whitmore, créame cuando le digo que me preocupo de verdad por usted.

Eleanor se permitió un momento de debilidad. No merecía la pena engañarse a sí misma, cuando una de las razones por las que tan deprisa había aceptado la proposición del profesor Everly —aunque no la de más peso— había sido la de alejarse de Matthew. Iba a casarse, ella no tenía el más mínimo interés en atarse a un hombre y su resolución sobre finalizar sus estudios había aumentado considerablemente. Pero nada de eso significaba que no siguiera albergando sentimientos por él.

—Se lo agradezco, profesor, pero ya le he dicho que…

—Señorita Whitmore, me preocupo por usted desde el primer día que la vi intervenir en mi clase.

Una temeridad, eso es lo que acababa de cometer Matthew con esa confesión, pero tanta formalidad y distancia por su parte estaba consumiendo sus nervios. Necesitaba romper ese abismo que se había creado entre ellos y del que solo él era el responsable, y tenía la firme decisión de hablarle sobre su intención de romper su compromiso. Quizá ese era el momento, pero también sabía que, sintiendo como sentía que ella correspondía a sus sentimientos, no tenía derecho a confesárselos, siguiendo ambos en la misma institución. Eso solo se convertiría en un obstáculo para ella; para él también, desde luego, pero Eleanor era la que más tenía que perder. No, aguardaría hasta que el curso hubiera terminado. Además,

estaba seguro de que, cuando reuniera fuerzas para hablar con los Fairchild, la noticia se expandiría como la pólvora.

La expresión de Eleanor fue de absoluto desconcierto. Pero Matthew no le permitió ni un momento para pensar. No era el punto sobre el que debía girar esa conversación.

—Si no le importa, me gustaría saber qué le dijo.

Eleanor carraspeó, tanto para salir de su asombro como para recobrar las fuerzas tras esa confesión que, a todas luces, Matthew hubiera preferido no haber compartido con ella.

—Lo esperado. Que no importa cuánto me esfuerce, cuánto haya destacado en mis estudios, cuánto haya demostrado que soy tan capaz como cualquiera de mis compañeros…, nunca obtendré el título por el que he trabajado todos estos años porque en Cambridge eso ni ocurre, ni ocurrirá mientras él viva.

Matthew sintió un repentino e inesperado enojo. Apretó los puños en el interior de los bolsillos de su abrigo.

—Eso es…

—Injusto, pero lo sabía antes de ingresar aquí. Y, en el fondo, supongo que, de alguna manera, siempre supe que este momento llegaría.

Matthew la observó con atención.

—¿Lo dice por su padre?

Eleanor le dedicó una media sonrisa.

—Él nunca pudo entrar en la academia, a pesar de su talento. Y yo nunca podré recibir mi título, a pesar del mío, si permanezco en ella.

—¿Qué piensa hacer?

—¿Hacer?

—Sí. Usted no es alguien que acepte sin más lo que le dicen.

Eleanor giró el rostro hacia él, plagado de resolución.

—Voy a irme a Londres. Bedford College no solo acepta mujeres, sino que les permite examinarse y obtener títulos académicos. El profesor Everly me habló de ello.

Matthew sintió que algo se rompía dentro de él y que el suelo se desplazaba bajo sus pies, pero se obligó a mantener la compostura.

—¿A Londres?

—Es la única opción que me queda. Hay universidades que sí están dispuestas a otorgar títulos a mujeres. No puedo quedarme en un lugar que se niega a reconocer mi esfuerzo.

Matthew permaneció en silencio. Sabía que era la única solución. Y, sin embargo, escuchar de sus propios labios que planeaba marcharse, que pronto ya no estaría allí… Sintió un nudo en el pecho.

Llegaron a la puerta de la casa de Eleanor y se detuvieron allí, frente a ella, bajo la tenue luz del farol. Matthew la observó durante unos instantes, más consciente que nunca de la determinación que, desde el primer día, Eleanor había mostrado. En el fondo, siempre se sintió admirado por eso, pero ahora, al conocer la realidad de su partida, se dio cuenta de que el tiempo solo corría en su contra.

—Gracias por la compañía, profesor.

—¿Cuándo planea irse? —Debería despedirse, pero necesitaba saber con qué plazo contaba.

—Tan pronto como sea posible.

—Espero que todo le vaya bien en Londres.

Eleanor sonrió con suavidad, aunque en su expresión había un atisbo de melancolía.

—Todavía no me he ido.

Matthew sostuvo su mirada un segundo más antes de asentir con discreción y girarse para marcharse.

—Buenas noches, señorita Whitmore.

—Buenas noches, profesor.

Escuchó su despedida cuando ya había avanzado unos pasos por la acera, pero no miró atrás. No podía. Porque acababa de darse cuenta de que, si ella se marchaba, perdería una parte crucial de sí mismo. Perdería eso por lo que llevaba meses luchando: la oportunidad de una vida junto a alguien que de verdad le importaba.

Mientras avanzaba por las calles desiertas, sus pensamientos eran un caos. Eleanor se iba. Él estaba decidido a romper su compromiso. ¿Qué le quedaba ya en Cambridge?

Detuvo un carruaje y regresó a su residencia. Nada más entrar, con pasos medidos, llegó a su despacho y encendió la lámpara de su escritorio con un movimiento distraído. Se sentó en su sillón habitual, con los codos apoyados en los muslos y las manos entrelazadas.

«Voy a irme a Londres». Las palabras de Eleanor resonaban en su pensamiento con la fuerza de un terremoto que destruía todo a su paso. ¿Cómo había llegado a encontrarse en ese punto? No lo comprendía. Desde el principio, Eleanor se había mostrado como una alumna brillante, alguien cuyo intelecto le había sorprendido y desafiado en más de una ocasión. Era lógico que sintiera respeto por ella, incluso cierta admiración. Siempre se había sentido atraído por las mentes dispuestas a cuestionar todo, a buscar más allá de lo obvio. Pero con el tiempo…

Conocerla había provocado un cambio tan radical en su vida que todo lo que para él siempre había supuesto orden y tradición, seguridad y calma, ahora se presentaba como incompleto, insulso, desolador… Y la idea de su marcha lo inquietaba tanto…

Se recostó contra el respaldo del sillón y cerró los ojos.

No tenía derecho a sentirse así. No tenía derecho a desear que se quedara. Perderla sería más difícil de lo que estaba dispuesto a

admitir.

Capítulo 22

Una mañana más de ese mes de febrero, la ciudad se había despertado envuelta en una bruma densa. Quedaba menos de un mes para la llegada de la primavera y, sin embargo, nada hacía presumir que esta vendría.

Por eso, Matthew caminaba por los pasillos del *college* con el cuello del abrigo subido hasta la barbilla, como si así consiguiera evitar que el frío que le calaba hasta los huesos tocara su corazón.

Era exagerado pensar así, lo sabía, pero era un sentimiento en el que se había envuelto desde que se despidió de Eleanor la tarde anterior. Había pasado la noche en vela y solo había llegado a una conclusión: no podía permitir que se marchara sin ofrecerle su apoyo incondicional. Por eso, esa mañana, la buscaba, decidido a encontrarse con ella antes de que comenzaran las clases.

Cuando la vio a lo lejos, a punto de cruzar las puertas del edificio principal, aceleró el paso para impedirle el acceso con la intención de comentarle lo que había pensado, lejos de oídos indiscretos.

—Señorita Whitmore —saludó Matthew.

—Profesor Ashford.

—¿Tiene unos minutos antes de su clase? Me gustaría compartir

algo con usted antes de entrar.

Eleonor se limitó a asentir con la cabeza y se situó a su lado, mientras Matthew abría la marcha. Cuando se hubieron alejado una distancia prudencial, él decidió hablar sin rodeos.

—He estado pensando en lo que hablamos ayer.

—¿Sobre mi partida?

Matthew asintió. Observó cómo sus dedos se aferraban con más fuerza al lomo de los libros que sostenía.

—La manera en la que la han tratado aquí, la manera en la que tratan a las mujeres en general en esta institución, es injusta. No debería tener que marcharse para obtener lo que ya se ha ganado.

—Y, sin embargo, eso es lo que ha sucedido —dijo con cierta ironía.

—Quiero ayudarla.

Eleanor se detuvo de golpe, y se giró para mirarlo con incredulidad.

—¿Ayudarme?

—Conozco a gente en Londres. Podría escribirle una carta de recomendación. Eso nos aseguraría que tenga una puerta abierta cuando llegue. Sé que no es suficiente, pero…

Eleanor lo estudió con atención. A los ojos de Matthew parecía estar valorando con detenimiento lo que él le estaba ofreciendo. Sin embargo, ella solo estaba luchando consigo misma para evitar que la sorpresa, la alegría y el desconcierto se reflejaran en sus gestos y en sus siguientes palabras.

—¿Por qué haría eso por mí?

Él la observó un tiempo más largo del necesario. Había muchas respuestas posibles, pero solo una era la verdadera y la que luchaba con más fuerza por ser pronunciada. Inspiró con discreción antes de murmurar:

—Porque se lo merece, porque quiero verla lograrlo… y porque hay cosas que no siempre pueden decirse en voz alta ni en cualquier lugar.

—Matthew… —empezó a decir, pero se detuvo al darse cuenta de su desliz—. Profesor Ashford, yo… —Sintió un ligero estremecimiento. Quería pensar que, a pesar de no ser una declaración abierta, este, junto al resto de mensajes que creía haber recibido de él, eran lo más cercano a una confesión.

Lo miró a los ojos, escrutando en ellos, buscando algo, lo que fuera, que despejara de una vez para siempre todas sus dudas. Él pareció notarlo y trató de decirle sin palabras lo que de verdad sentía, porque sabía que allí, a escasos metros de un mundo que nunca aceptaría a esa maravillosa mujer, no podría jamás hablar con claridad. Y fue cuando cayó en la cuenta de que era la primera vez que pronunciaba su nombre.

—Eleanor, yo…

—No —lo interrumpió, irguiéndose todo lo posible ante él. No podía permitirse aquello. No ahora. No cuando estaba a punto de marcharse y debía mantener su enfoque en lo que de verdad importaba—. No puedo aceptar su ayuda, aunque se lo agradezco, créame.

—¿Por qué no? —Sus palabras, aunque era obvio que estaban cargadas de sorpresa, también lo estaban de dolor—. Entiendo que quiera hacer esto sola, pero estamos a mitad de trimestre, no es tan fácil como solicitar una plaza y ya.

—No lo haré sola del todo. El profesor Everly se ofreció a ayudarme.

—Comprendo… —Pero solo lo hacía a medias. Hasta que cayó en la cuenta de que no rechazaba cualquier ayuda; rechazaba solo la suya.

Cuando Eleanor vio que él lo había entendido, desvió la mirada.

—Profesor, necesito hacerlo por mí misma, o solo con la ayuda justa. Porque… —Inspiró con fuerza y soltó el aire poco a poco antes de confesarle—. Porque solo me permitiré pensar en lo que siento cuando logre mi título. Y usted…, bueno, usted debe seguir adelante.

Matthew no necesitó más para comprender la implicación de sus palabras de inmediato. No había negado lo que él ya intuía. Pero lo había puesto en pausa.

—Eleanor… —comenzó, pero ella negó con la cabeza con una resolución inquebrantable.

—Gracias, de verdad. Pero debo seguir mi camino sola.

—Como desee —murmuró.

Se despidieron con un gesto de cortesía, y Matthew la vio alejarse sintiendo que esa puerta se cerraba en su interior. O, quizá…, que otra más grande acababa de abrirse.

Cuando Matthew regresó a sus clases, no pudo encontrar la tranquilidad que necesitaba. A pesar de que se volcó en ellas con un interés casi enfermizo con la intención de no pensar más en una despedida, solo consiguió terminar la jornada con un horrible dolor de cabeza y una muy molesta tensión sobre los hombros. Una vez en su casa, se dirigió con pasos firmes a su despacho, se quitó la chaqueta con un movimiento brusco y se dejó caer sin ningún reparo en la silla. Apoyó los codos en la mesa y se pasó los dedos por el cabello, con movimientos casi desesperados.

Había pensado que, si le ofrecía su ayuda, Eleanor aceptaría. Pero ella se había negado. Sin embargo, tuvo que reconocer que esa era la Eleanor que había atisbado desde el primer día en que se cruzaron en Cambridge: obstinada, determinada, incapaz de aceptar nada que pudiera parecer una concesión. Porque si algo le había

quedado claro aquella mañana era que, en otras circunstancias, entre ellos podría haber habido un futuro. Justo el futuro que, desde que se había dado cuenta del tipo de mujer que era, había deseado.

Y ahora que sabía que se iba, todo en su interior se revolvía con inquietud. Se pasó una mano por el rostro, cerrando los ojos un instante.

«No puedo hacer nada para retenerla».

A pesar de la certeza, tomó por fin una decisión que llevaba un tiempo posponiendo.

«Pero ha llegado la hora de hacer las cosas bien, aunque entre nosotros no vaya a cambiar nada. Por ella y por mí, pero también por Margaret».

Y no podía haber elegido mejor día para hacerlo. Era jueves.

***

Lo recibió un mayordomo que ya conocía bien su nombre y sus visitas. Lo condujo al salón principal, donde Margaret lo esperaba junto a su madre. Lady Rosalind Fairchild, impecable como siempre, le dedicó una sonrisa cordial.

—Buenas tardes, lady Rosalind. Margaret. Gracias por recibirme, como siempre.

Margaret se acercó con su habitual elegancia y le ofreció una sonrisa cortés. Aunque su gesto era el de siempre, percibió en su mirada algo distinto esta vez. Matthew le respondió con una pequeña afirmación.

Se sentaron en la sala, donde una bandeja con té esperaba sobre la mesita baja. Lady Rosalind, con el porte propio de quien ha crecido en círculos sociales de alto rango, comenzó la conversación comentando algunas noticias del club de beneficencia local.

Margaret aportó detalles sobre un próximo evento organizado por una amiga de la familia, aunque hablaba con más entusiasmo por el acontecimiento social que por su contenido. Matthew observaba la escena cada vez con más distancia.

—Has estado muy presente en los círculos sociales últimamente, hija —comentó lady Rosalind con una sonrisa—. Todos coinciden en que eres una joven ejemplar, y no dejan de recordarme lo afortunado que es Matthew por tenerte a su lado.

Margaret sonrió y bajó la mirada con modestia, pero Matthew notó cómo su madre lo observaba con expectación y advertencia; desde la gala de Newnham College la dama no perdía oportunidad de recordarle qué se esperaba de él. Supo que no tenía sentido alargar más el momento, por lo que dejó la taza sobre la mesa y tomó aire antes de hablar.

—Lady Rosalind, Margaret, me gustaría hablar con ustedes un momento. Preferiría que lord Fairchild también estuviera presente, si es posible.

Lady Rosalind frunció el ceño, presentía que lo que se avecinaba no sería de su agrado.

—Mi esposo ha tenido que salir por un compromiso ineludible y no regresará hasta bien entrada la noche. ¿Es algo que no pueda esperar?

Matthew negó con suavidad.

—Lo lamento, pero no puedo postergar esta conversación. Agradezco que me escuchen aun sin él.

El ambiente se tensó. Margaret cruzó una mano sobre la otra con gesto elegante, pero temblaban sobre su regazo. Lady Rosalind se irguió, atenta.

—Adelante.

Él volvió su mirada hacia Margaret, tratando de poner en sus

palabras y en su tono toda la sinceridad del mundo.

—Margaret, estos meses he intentado convencerme de que el compromiso que nos une es lo correcto. Que cumple con las expectativas de nuestras familias, de la sociedad, incluso de nuestra... —hizo una pausa buscando el término correcto con cautela— amistad. Pero, cuanto más lo intento, más evidente me resulta que no es justo para ti. Ni para mí.

Margaret no pronunció palabra durante unos segundos, después se atrevió a hablar.

—Estás diciendo que… —murmuró, sin terminar la frase.

—Estoy diciendo que no quiero seguir adelante con nuestro compromiso. Por favor, no pienses que es porque no te respete, o porque no admire muchas cosas en ti, sino porque no sé vivir esta vida contigo sin sentir que algo falta.

Lady Rosalind alzó una ceja.

—¿Y se puede saber qué es eso que falta? ¿Una joven que le cuestione? ¿Una que, además de carecer de apellido, posición y fortuna, ni siquiera sabe qué lugar debe ocupar en la sociedad?

Matthew apretó la mandíbula. Cada palabra que escuchaba hacía una clara referencia a Eleanor y le dolía en lo más profundo.

—No estoy aquí para justificar mis sentimientos, lady Rosalind. Solo sé que lo que compartimos no es suficiente, Margaret. —Eliminó de la conversación a la dama a propósito—. Al menos no para construir una vida duradera. Y sé que te mereces algo más que un compromiso cumplido por deber.

—Lo que Margaret merece es un futuro estable, con un hombre honorable —respondió Rosalind—. Una vida protegida, sin sobresaltos ni ambiciones desproporcionadas.

Matthew siguió ignorándola, mientras sus pensamientos volaban, fugaces, a la conversación que había tenido con Eleanor las tardes

anterior, al modo en que su voz había vibrado de rabia contenida y firmeza cuando anunció que se marcharía a Londres, decidida a conquistar lo que Cambridge le negaba. Allí estaba la pasión que había creído extinguida en sí mismo y que ahora buscaba casi con desesperación.

—No quiero una vida ordenada, socialmente aceptada y tranquila si eso supone que no sea verdadera, completa —dijo entonces, más para sí que para ellas—. Y ahora sé que no puedo seguir adelante fingiendo que no me he dado cuenta.

Margaret alzó la vista. Había tristeza en sus ojos, pero también, como él había esperado, una chispa de dignidad.

—Aunque no lo creas, lo entiendo —dijo, casi en un susurro—. Porque, en todo este tiempo, a pesar de que no hayamos compartido amor, he llegado a conocerte un poco. Y si hay algo de lo que estoy segura es de que no estarías aquí diciendo todo esto si no lo sintieras de verdad.

Rosalind giró el rostro hacia su hija, perpleja por sus palabras.

—¿Cómo dices, querida?

—Madre, no quiero una vida al lado de alguien que ha dejado de creer en lo que compartimos, o en las razones por las que se concertó este matrimonio. No sería justo para ninguno de los dos.

Rosalind se llevó ambas manos a las sienes y dirigió toda su atención a Matthew.

—¿Tiene idea de lo que esta ruptura supondrá para Margaret? —le espetó—. ¿Sabe lo que dirán los demás? Que ha sido rechazada. Que no ha sido suficiente. Que ha cometido un error imperdonable o, peor, que hay algo mal en ella.

Matthew permaneció en silencio unos segundos, meditando el alcance de sus acciones. La verdad era que no lo había considerado. Luego, levantó la mirada con decisión.

—Si me permiten, lady Rosalind, pueden decir lo que consideren necesario. Si resulta más conveniente que la culpa recaiga sobre mí… lo aceptaré. —Se volvió hacia Margaret—. No te mereces cargar con ninguna sombra por esto. No después de haber sido siempre leal y generosa conmigo.

Margaret sostuvo su mirada y asintió, aceptando en silencio aquel gesto final.

Se puso en pie, ya estaba todo dicho. Se detuvo antes de abandonar la sala y miró con afecto por última vez a la que hasta unos minutos antes había sido su prometida.

—Deseo que encuentres a quien te haga feliz, Margaret. De verdad.

Ella solo le dedicó una sonrisa resignada. Sin embargo, lady Rosalind, aún en silencio, lo despidió tensa y rígida como un retrato al óleo. Matthew cruzó la puerta sin volver la vista atrás.

En la calle, el aire del atardecer seguía siendo frío, pero él lo sintió fresco como una brisa de verano. Y, por primera vez desde hacía meses, sentía que el futuro no se cernía sobre él como una sombra negra y tenebrosa.

Capítulo 23

El despacho de lord Reginald Cavendish estaba tenuemente iluminado cuando Matthew entró. El olor a cuero y papel antiguo inundó sus fosas nasales como preludio, quizá, del peso de la conversación que tendría en breves instantes. Las sombras de la tarde parecían extenderse por el lugar, advirtiéndole de la autoridad que su ocupante ejercía con mano de hierro. Cavendish lo recibió con una expresión inescrutable, sentado tras su escritorio de madera maciza.

—Ashford, tome asiento —indicó sin preámbulos.

Matthew se acomodó con aparente tranquilidad, mientras Cavendish entrelazaba los dedos sobre el escritorio.

—Verá, la reputación del *college* es un asunto delicado. Se ha trabajado mucho para mantener la excelencia académica y, por supuesto, la integridad moral de quienes enseñan aquí.

—Por supuesto —repitió con voz neutra.

—Entonces comprenderá que no me complace en absoluto convocar a uno de nuestros miembros más prometedores para tratar un asunto de esta índole. Pero las circunstancias lo exigen. Verá, me han llegado comentarios preocupantes sobre su conducta, profesor.

No solo respecto a su ruptura con la señorita Fairchild (a la que, por cierto, usted y esta universidad, como benefactores que son de ella, tenemos mucho que agradecer), sino también en relación con una de nuestras alumnas.

Matthew mantuvo su postura relajada, pero su mandíbula se tensó apenas.

—Me sorprende que mi vida personal haya adquirido tanto protagonismo, señor. Y en cuanto a esos rumores…, no sé de qué rumores me habla, milord. Mis interacciones con las pocas alumnas que tengo siempre han sido profesionales.

Cavendish esbozó una sonrisa fría.

—No se equivoque, Ashford. Todo lo que un caballero haga fuera de estas paredes importa cuando esas acciones comprometen la imagen de esta institución. Cambridge no puede permitirse escándalos. Y mucho menos cuando hay mujeres involucradas o una de ellas es la señorita Whtimore.

—La señorita Whitmore es una alumna brillante.

—Insistente, más bien diría yo. Y también peligrosa si se le otorga demasiada libertad. Usted debería saberlo mejor que nadie.

—Ella no ha hecho más que defender su derecho a estudiar —respondió Matthew con voz firme.

Cavendish entrecerró los ojos.

—Y usted, profesor Ashford, ha dejado de comportarse como un observador imparcial. Hay quienes creen que su opinión está... comprometida. Que sus decisiones ya no se rigen por la objetividad, sino por afinidades personales.

El silencio se tensó entre ellos.

—Si está insinuando que he favorecido a la señorita Whitmore por motivos ajenos a lo académico, le aseguro que está equivocado.

—Eso espero, Ashford. Porque yo le *aseguro* que muchos estarían

dispuestos a interpretar cualquier gesto fuera de lugar como una mancha en su carrera. Y sería una pena, ¿no le parece?

Matthew sostuvo su mirada e hizo un esfuerzo desmesurado por contener su rabia antes de responder.

—¿Está usted amenazándome, lord Cavendish? ¿No cree que es un movimiento deleznable para el vicerrector de una institución tan solemne como esta?

—Lo que yo crea es irrelevante. Pero sí debo advertirle: si su comportamiento sigue generando rumores, si su ruptura con la señorita Fairchild se convierte en motivo de comentarios, o si se insiste en la idea de que usted simpatiza con ciertas causas… liberales, no me quedará otra opción que reconsiderar su continuidad en esta universidad.

Matthew obvió la respuesta que pugnaba por salir de sus labios, y el vicerrector tomó su silencio como una aceptación de lo que acababa de decirle, por lo que aprovechó para hundir un poco más el dedo en la llaga.

—Le estoy recordando las consecuencias. Y ofreciéndole la posibilidad de rectificar antes de que sea demasiado tarde. Esta universidad tiene sus límites. Usted haría bien en no olvidar cuáles son.

—En ese caso, señor, entenderá que necesito tomarme unos días para valorar esos *límites*.

Matthew no esperó respuesta, se limitó a levantarse y a hacer un leve asentimiento antes de abandonar el despacho con paso firme, mientras en su interior la certeza de que ya no pertenecía a ese lugar cobraba más fuerza a medida que se alejaba de allí.

Capítulo 24

Después de pasar la noche en vela buscando las palabras adecuadas, Eleanor se había levantado esa mañana decidida a dar el paso que ahora correspondía. Sentada frente a su escritorio, apretó la pluma entre los dedos mientras releía la carta que había escrito. Había optado por utilizar frases firmes, medidas, exentas de titubeos. A pesar del convencimiento que la había llevado a redactarla, de la necesidad que tenía de salir de allí, su corazón latía de forma desbocada, pues de ella, en gran medida, dependía su futuro. Selló el sobre con determinación y lo dejó sobre la mesa. No había vuelta atrás.

Se tumbó en la cama y cerró los ojos por unos minutos, reflexionando sobre lo que aquella decisión significaba. Por dentro temblaba. Aun así, se obligó a ser sincera con ella misma: no era por el miedo a lo nuevo o a lo desconocido. Era por Matthew.

Pensar en él se había convertido en una contradicción constante en sus últimos días. Su figura se colaba tras sus párpados cuando menos lo deseaba: en medio de una lectura, al cruzar un pasillo solitario, cuando cerraba los ojos antes de dormir o los abría antes de levantarse cada mañana.

¿Qué sentido tenía seguir fingiendo que su marcha no respondía solo al anhelo de cumplir su sueño? Ese había sido el detonante, de eso no tenía duda, pero lo abrazó con más ahínco cuando lo convirtió en una forma de protegerse de lo que sentía por él. Más aún cuando había visto en sus ojos y atisbado entre sus frases un deseo que no podía ignorar. Lo había sentido también en el roce de sus manos durante la emotiva velada de su despedida en el balcón del salón principal del Newnham College, el día de la gala. Y ahora no podía pasar por allí sin recordarlo y sin que su pecho se contrajera al revivirlo.

Sabía que él no tenía por qué haber intervenido en su situación, y, sin embargo, lo había hecho. Su ofrecimiento era una prueba de que, de algún modo, le importaba su futuro. Pero ese hecho no hacía más que recordarle que no podía dejarse arrastrar por sentimientos que pusieran en riesgo lo que había luchado por conseguir.

Para recuperar parte de su fortaleza, pensó en la conversación con el profesor Everly, cuando le habló de la posibilidad de continuar su carrera en Londres. Había sentido vértigo al principio, apenas durante unos segundos, pero luego una inmensa tranquilidad comenzó a crecer dentro de ella al darse cuenta de que era la solución a todos sus problemas, y el camino a seguir para cumplir la promesa que se hizo años atrás.

Pero el ofrecimiento de Everly la llevó inevitablemente al de Matthew. Lo había rechazado a pesar de que sabía que su ayuda podría haberle facilitado muchas cosas, pero no pudo aceptar porque hacerlo hubiera significado admitir que su relación con él iba más allá de lo académico. Y eso era algo que aún no estaba lista para afrontar. En ese momento se preguntó por qué no había sido fuerte para decirle que pensaría en sus sentimientos cuando lograra

sus objetivos. ¿Qué habría interpretado él? ¿Lo que de verdad habría querido decir, que podrían tener una oportunidad después del verano? ¿Cómo había podido ser tan débil como para olvidar que para entonces él ya estaría casado?

No tenía intención de volver a pensar en él una vez llegara a Londres y, por tanto, no tenía sentido confirmarle unos sentimientos que estaba decidida a aniquilar. Pero nunca había sido una mujer cobarde, así que aprovecharía la siguiente clase para hablar con él o trataría de hacerse la encontradiza para decirle con exactitud lo que pensaba.

Respiró hondo. Había tomado su decisión. Y aunque parte de ella deseaba mirar atrás, sabía que no debía hacerlo. Porque el camino que tenía por delante se construía con mucho más de lo que dejaba en Cambridge; se consolidaría con lo que estaba dispuesta a conquistar en Londres.

Sin embargo, los días que siguieron estuvieron llenos de dudas, porque la ausencia de respuesta de Londres se hacía cada vez más pesada, y porque Matthew parecía haber solicitado unos días libres por asuntos personales y no había acudido al *college* en la última semana. Y a pesar de que intentó mantener la compostura, Alice no tardó en notar su ansiedad.

—Has mirado por la ventana por décima vez en los últimos cinco minutos —comentó con diversión una tarde en la biblioteca.

—Solo quiero que llegue la respuesta cuanto antes.

—Llegará. Y cuando lo haga, todo esto parecerá un simple trámite. Porque estoy segura de que no valorarán ni por un segundo rechazar tu solicitud.

Justo al día siguiente, cuando estaba a punto de partir hacia Newnham, recibió la carta con el sello de Bedford. El corazón le latía con fuerza. No se molestó en guardar la carta en su bolso ni en

aparentar calma. Dio media vuelta, toda ella convertida en un torbellino de esperanza, nerviosismo y miedo. Encontró a sus padres en el comedor, justo donde los había dejado, en una apacible charla tras el desayuno. Cuando tuvo su atención, Eleanor mostró la carta con ambas manos, sin decir una palabra.

—¿Qué ocurre, hija? —preguntó él, alzando la vista y retirándose las gafas con gesto pausado.

—Es de Bedford College —dijo sin más—. No quería abrirla sola.

—¿Bedford? —repitió su madre, con una esperanzadora sonrisa—. Eleanor...

—No sé lo que dice aún —aclaró ella, conteniendo el temblor en sus manos—. Pero quiero que estéis a mi lado cuando lo descubra.

Se sentaron los tres, como en tantas otras ocasiones habían hecho para leer un ensayo, un poema o para debatir cualquier tema de actualidad. Eleanor no quiso dilatar el momento ni un segundo más. Rompió el sello con cuidado, desdobló el papel con dedos firmes y leyó en voz baja el encabezado. La voz se le quebró justo cuando estaba a punto de leer el párrafo decisivo. Bajó la vista, porque le era imposible seguir.

Su padre le tocó el brazo con suavidad.

—¿Quieres que lo lea yo?

Eleanor asintió, tragando con esfuerzo. Él tomó la carta, se acomodó las gafas con el gesto que ella había visto mil veces, y leyó con voz clara y serena:

—«Nos complace informarle que, tras la evaluación de sus méritos y el respaldo del profesor que ha recomendado su candidatura, ha sido admitida en Bedford College para completar su formación y recibir el título que acredita sus estudios una vez superados estos...» —hizo una pausa— «...con el máximo reconocimiento que nuestra institución puede otorgar».

El silencio que siguió fue absoluto.

La madre de Eleanor soltó un leve suspiro y se llevó una mano a la boca, como si no pudiera creerlo. Su padre bajó la carta despacio, sin ocultar la emoción que se colaba en su mirada.

Eleanor no dijo nada al principio. Solo cerró los ojos y, por fin, sintió que la tensión de los últimos días se había evaporado en una sola exhalación. Cuando volvió a abrirlos, buscó a su padre.

—Lo he conseguido, ¿verdad?

Él asintió con solemnidad, sin reprimir las tímidas lágrimas que asomaron a sus ojos.

—Más de lo que nunca pude soñar.

Su madre se acercó para abrazarla, y Eleanor se dejó envolver por los brazos que la habían sostenido desde niña. Y en ese instante comprendió que su lucha no había sido solo suya; que, tras ella, aunque en silencio, velaban sus pasos unos padres amorosos que nunca dudaron de ella.

—Estoy tan orgullosa de ti, Eleanor —dijo su madre, en voz baja, con un nudo en la garganta.

—Y yo —añadió su padre, con la voz aún firme—. Ahora sí, hija... Ve a conquistar el mundo.

***

Eleanor sintió una energía vibrante recorrer su cuerpo mientras avanzaba por los pasillos del *college*. Había intentado mantenerse serena, comportarse como siempre se había esperado de ella, pero la emoción era demasiado grande para que pudiera acallarla y, apenas vio a Alice a unos metros de distancia, la euforia se liberó y, sin pensarlo, aceleró el paso hasta llegar a su lado. Su voz, más alta de lo habitual, resonó en el pasillo antes de que pudiera moderarse:

—¡Me voy en dos días! —exclamó, con una sonrisa que iluminó su rostro.

Alice dejó escapar un pequeño grito de alegría y tomó las manos de Eleanor entre las suyas.

—¡Es increíble, Eleanor! Sabía que lo lograrías.

Eleanor sintió un calor reconfortante en el pecho al ver la felicidad reflejada en los ojos de su amiga de la infancia.

—No podría haberlo hecho sin tu apoyo.

Algunas personas se giraron con curiosidad. Entre ellas se encontraba Matthew.

El impacto fue inmediato. Eleanor no sabía que había vuelto a las aulas y, junto a la sorpresa de encontrarlo de nuevo, vio cómo él se detenía un instante antes de girarse abruptamente y dirigirse en dirección opuesta.

Alice lo notó y le apretó el brazo con suavidad.

—¿Vas a hablar con él?

Negó con la cabeza, insegura. Sin embargo, tenía algo que decirle, así que lo siguió con prudencia, evitando correr, hasta la puerta de su despacho. Pero, cuando llegó, él ya se había encerrado dentro, y ella no se atrevió a llamar para entrar y hablar con él. Con un suspiro, continuó su camino hasta la siguiente clase, tratando de disipar la inquietud que se había instalado en su pecho.

Más tarde, cuando el sol comenzaba a descender sobre Cambridge y Eleanor estaba a punto de alcanzar la puerta de su casa, Matthew apareció en su camino y ella supo que no fue una casualidad.

—Así que… te vas —dijo, sin preámbulos, y consciente del tuteo.

—Sí. Pasado mañana.

Matthew exhaló y comenzó a pasarse las manos por el pelo, con movimientos lentos, pero nerviosos. Durante un momento, ninguno habló, sabiendo todo lo que se estaban diciendo, aun sin palabras.

—Quería verte antes de que te fueras.

—Aquí estoy.

—No imaginé que esto ocurriría tan… pronto.

—Tampoco yo. Pero no puedo quedarme esperando a que las cosas cambien. —Era consciente de que lo que acababa de decir podía interpretarse de varias formas, pero no le importó—. Si quiero mi título, tengo que irme.

—Supongo que… es lo correcto.

—Lo es. De hecho…

La puerta de su casa se abrió. Eleanor se detuvo y lo miró a los ojos.

—Gracias por todo, Matthew.

—No he hecho nada —respondió, sorprendido.

Eleanor vio que era su padre quien bajaba los tres escalones que los separaban de ellos.

—Padre, te presento al profesor Ashford.

—Un placer conocerlo al fin. Eleanor siempre nos ha hablado muy bien de usted. Al parecer, es de los pocos que creyó en ella desde el principio, junto a mi buen amigo Everly, la verdad.

—El placer es mío, señor Whitmore. —Dudó antes de continuar. Fijó la vista en Eleanor y prosiguió—. Le auguro un gran futuro en Bedford, y le deseo que le vaya muy bien… de corazón.

Quizá fueron las últimas palabras pronunciadas por Matthew, o quizá el brillo en su mirada al observar a su hija, mezcla de orgullo, pena y algo parecido al anhelo, lo que hizo que Arthur percibiera algo más que respeto entre profesor y alumna, y aunque le hubiera gustado concederles algo más de intimidad, sabía que ese no era el momento ni en lugar para ello. Lo sintió por ambos, porque sabía de veras la admiración que su hija sentía por el joven, pero había normas que debían respetarse por encima de todo. Sin embargo, se

retiró un par de pasos.

Matthew entendió el espacio que aquel hombre acababa de concederles y se lo agradeció con un breve asentimiento. Y comprendió que no debía alargar el momento.

—Te deseo toda la suerte del mundo.

—Gracias.

Matthew sostuvo su mirada por un largo instante, como si quisiera decir algo más. Pero no lo hizo. En su lugar, dio media vuelta y se alejó.

***

La despedida en la estación fue más difícil de lo que Eleanor había anticipado. Alice estaba con ella, ayudándola con su equipaje, pero su mente estaba en otro lugar. Antes de salir de su habitación aquella mañana, se había detenido frente a su escritorio, observando el baúl cerrado a sus pies y que pronto llevarían a la estación. Su inminente partida la golpeó con fuerza, avisándole de que ya no había marcha atrás. Londres significaba su única oportunidad. Su mirada se había deslizado por la habitación, fijándose en cada rincón como si intentara grabarlo en su memoria. Sabía que no tenía sentido aferrarse, pero, por un segundo, se permitió la debilidad de pensar en cuánto iba a añorar todo aquello.

Se había llevado una mano a la frente y cerrado los ojos con fuerza. La imagen de Matthew apareció de pronto y recordó la conversación que habían tenido frente a su casa. Sintió un leve nudo en la garganta, pero se obligó a disiparlo con un suspiro. No había llegado hasta allí para dudar. Con un gesto decidido, tomó su bolso y salió de la habitación sin mirar atrás.

De vuelta a la realidad, el silbato del revisor anunciaba el primer

aviso para embarcar. Ya se había despedido de sus padres, que aguardaban el momento varios pasos más atrás, y Alice la rodeaba con uno de sus brazos, mientras con el otro sostenía el paraguas que las protegía de la lluvia que ese día había decidido acompañarla en su partida, susurrándole en el oído la confianza que tenía en ella.

—Lo conseguirás, Eleanor, lo sé.

Y entonces lo vio.

Matthew apareció entre la multitud, acercándose con paso seguro. Sintió que el tiempo se ralentizaba cuando se detuvo frente a ella, junto al vagón, sombrero en mano y con el abrigo oscuro empapado por la llovizna. Alice, con disimulo, le dio un beso en la mejilla y se apartó, consciente de lo que vendría a continuación, y permaneció entre ella y sus padres, quizá para darles algo más de privacidad.

—No podía dejar que te fueras sin despedirme de verdad —dijo él, con voz contenida y traspasándola con su intensa mirada.

Eleanor abrió la boca para responder, pero no encontró las palabras. El tren silbó en la distancia, recordándole que el tiempo se agotaba. Debía subir sin demora, pero los ojos de Matthew la anclaban al andén. De pronto, y rompiendo todas las normas sociales que tan pesadas había sentido a lo largo de su vida, él se acercó a ella, más de lo correcto, hasta que sus labios estuvieron peligrosamente cerca de su oído.

—Espero que logres todo lo que te propones —murmuró—. Y que, cuando lo hagas, recuerdes que nunca dudé de ti.

Eleanor sintió un escalofrío recorrer su espalda. Cuando Matthew se incorporó, sus miradas se sostuvieron con una tensión demasiado tangible para pasar desapercibida a cualquier persona que los rodeara. Por un instante, creyó que él iba a acercarse de nuevo. Que las barreras que habían construido se derrumbarían. Pero no lo hizo.

Matthew se apartó apenas un paso, dándole el espacio para

marcharse.

Eleanor respiró hondo, sintiendo que su pecho se oprimía.

—Tendrá noticias mías, señorita Whitmore. Hay algo que debería saber. Pero, antes, espero que logre su objetivo y no tenga reparo en comunicármelo, por favor.

La sorpresa que las palabras le provocaron quedó reflejada en su rostro, pero no tuvo tiempo para más, el tren estaba a punto de irse sin ella. Subió con premura el escalón del vagón y solo tuvo tiempo para una formal despedida.

—Adiós, profesor Ashford.

Matthew no respondió en ese momento. Espero a que ella desapareciera y luego, con una sonrisa triste, murmuró:

—Hasta pronto, Eleanor.

Cuando ella encontró su asiento, junto a la ventana, no pudo evitar girarse mientras el tren comenzaba a moverse. Matthew seguía allí, erguido bajo la lluvia, sin moverse, sin apartar la vista.

Y supo que lo echaría de menos. Mucho.

«Tendrá noticias mías». Y eso había sido todo.

Capítulo 25

El tren aminoró la marcha al acercarse a la estación de King's Cross, y Eleanor sintió que sus latidos se aceleraban ante la inminencia de su llegada. A través de la ventana de su vagón, los edificios de ladrillo rojizo y los andenes llenos de vida le daban la bienvenida a Londres, una imagen muy diferente a la sobriedad de Cambridge.

Cuando el tren se detuvo por completo, se ajustó los guantes y descendió al andén con su paso firme de siempre. A su alrededor, hombres con abrigos largos y bombines caminaban de forma apresurada, vendedores ambulantes ofrecían periódicos y mercancías, y el sonido de los silbatos y las locomotoras resonaba en el aire cargado de humo y hollín.

Un mozo de estación se apresuró a ayudarla con el baúl, y ella le indicó que lo llevara hasta el carruaje de alquiler que la esperaba en la salida principal, tal como le habían indicado en la carta de admisión de la Bedford College. Una medida necesaria dado el peso del equipaje y la distancia hasta su nueva residencia, que hacían imposible que se aventurara a recorrer la ciudad a pie. Subió y se acomodó en el asiento con la emoción de su nueva vida a flor de

piel.

Mientras contemplaba Londres desde la ventanilla del carruaje, sintió una punzada de vértigo. Por primera vez en su vida estaba sola. Verdaderamente sola.

Cuando el coche se detuvo frente a la residencia donde se alojaría, descendió con cautela y se encontró ante un edificio de aspecto serio pero elegante. Una residencia para mujeres universitarias, una de las pocas opciones disponibles para quienes, como ella, se atrevían a desafiar las expectativas sociales. Subió los escalones y se anunció en la recepción, presentando la carta de aceptación de la universidad. La encargada, una mujer de mediana edad con expresión severa, una vez ella se identificó, le entregó la llave de su habitación y le explicó las normas de la casa casi sin darle tiempo a responder.

—Las comidas se sirven en el comedor principal a horas establecidas. Se espera que todas mantengan la disciplina y el decoro —dijo, mirándola con atención—. No es común que una joven venga sola desde Cambridge para estudiar en Londres.

Eleanor no se amilanó ante el comentario. Ya estaba acostumbrada a las miradas escépticas.

—No es común, pero sí necesario.

La mujer pareció dudar, pero se limitó a asentir antes de indicarle el camino a su habitación. Uno de los empleados de la residencia se encargó de subir sus pertenencias, mientras ella, detrás de él, ascendía con su bolso, notando la quietud del pasillo. Sabía que había otras estudiantes en la residencia, pero nada le hacía sospechar que aquel fuera un lugar bullicioso. Se alegró. Ella había apostado por un cambio académico, no social, y aunque tampoco tenía intención de enclaustrase, su prioridad era obtener su título. Así que aquel ambiente le resultó reconfortante.

Al abrir la puerta de su habitación, se encontró con un espacio modesto pero acogedor a su manera. Una cama individual de madera oscura, un escritorio con una lámpara de gas y una pequeña estantería vacía esperando ser llenada. Las paredes aún estaban desnudas, pero no le importó, porque se dijo, con cierta emoción, que tendría la oportunidad de hacerlas suyas con el tiempo. Se acercó a la ventana y deslizó las cortinas, permitiendo que la luz grisácea de Londres entrara en la habitación. Desde allí podía ver los tejados de la ciudad, un horizonte de edificios que le recordaba cuán lejos estaba de Cambridge y, sin embargo, cuán cerca de su objetivo.

Tras colocar su equipaje y tomarse un momento para inhalar con fuerza, Eleanor volvió a salir. Tenía que presentarse en Bedford, su nuevo hogar académico.

El trayecto fue breve, y cuando llegó a la entrada del edificio principal, se tomó un instante para admirarlo y también para reconfortarse. Su camino empezaba al día siguiente. Todo estaba saliendo como había planeado y, sin embargo, sentía que le faltaba algo que no había podido llevar allí. O alguien. Sacudió apenas la cabeza, no era eso en lo que debía pensar, y se obligó a fijar la vista en la impresionante estructura del *college*, con su gran pórtico de columnas y su aire de solemnidad. Allí sí podría completar sus estudios y recibir el título que en Cambridge le negaron. Retomó sus pasos con mucha más convicción.

Al cruzar las puertas, se sintió objeto de miradas cargadas de curiosidad, pero caminó con la cabeza alta hasta la oficina de administración, donde una secretaria la recibió con amabilidad.

—Señorita Whitmore, bienvenida a Bedford College. Sus documentos ya están preparados. Ahora, si tiene la amabilidad de escucharme, le informaré de lo todo lo que debe saber.

Eleanor asintió con una enorme sonrisa. Había logrado el primer paso. Había llegado a Londres para cumplir su propósito, y aunque el camino por delante sería duro, sabía que estaba más cerca de conseguirlo.

Capítulo 26

El aula estaba silenciosa cuando Matthew entró. Recorrió la sala con la mirada, acostumbrado a identificar a sus alumnos en sus asientos habituales. El lugar de Eleanor Whitmore estaba vacío.

Aunque no era la primera vez que algún estudiante faltaba, esta ausencia dolía. Era un vacío que sentía más grande de lo que debería. Reprimió el impulso de fijarse en él más de la cuenta y avanzó hasta su escritorio.

La lección transcurrió con normalidad, o al menos, eso aparentaba. Sin embargo, no pudo evitar escuchar los susurros entre los estudiantes: «por fin se ha entendido que Cambridge no es lugar para una mujer». La irritación de Matthew crecía con cada palabra, pero no intervino. Su decisión ya estaba tomada y ya había dado los primeros pasos. No podía reaccionar ante la mención de Eleanor como si aquello le afectara más de lo debido. No todavía.

Cuando la clase terminó, salió de allí sin quedarse a escuchar nada más. Caminó con paso firme por los pasillos de piedra, pero en cuanto llegó a su despacho, se dejó caer en su butaca y llevó una mano a su rostro. La espera se le iba a hacer más difícil de lo que esperaba.

No quiso darle más vueltas. Se obligó a centrarse en sus documentos, en los textos que debía revisar, en cualquier cosa que no lo llevara a recordar el momento en que la vio marcharse en la estación.

Pero era imposible.

El golpe final llegó cuando recibió una nota en su despacho. Lord Reginald Cavendish lo convocaba a su oficina de inmediato, una vez más.

Sabía que aquella conversación era inevitable. Enderezó la espalda y tomó aire antes de encaminarse a su destino. No se molestó en disimular su desdén cuando cruzó la puerta y encontró al hombre sentado tras su pesado escritorio de roble, con la misma expresión de superioridad que siempre lo había caracterizado.

—Profesor Ashford —dijo Cavendish con su tono afectado—. Tome asiento.

Matthew lo hizo, aunque se mantuvo erguido, con los brazos cruzados, esperando que hablara. Cavendish lo estudió con detenimiento antes de dejar la pluma sobre un documento y mirarlo con falsa cortesía.

—Como bien sabrá, la partida de la señorita Whitmore ha sido un acontecimiento comentado en los últimos días. —Hizo una pausa medida—. Imagino que no le ha sorprendido.

—Lo que me sorprende, lord Cavendish, es que la universidad continúe aferrándose a normas que obstaculizan el progreso en lugar de fomentarlo.

La sonrisa de Cavendish se volvió más afilada.

—El progreso, profesor Ashford, no se mide en concesiones innecesarias. Se mide en la preservación de lo que ha funcionado durante siglos.

—Lo que ha funcionado para usted y los suyos, querrá decir. No

para aquellos que han sido excluidos de forma sistemática.

Cavendish entrecerró los ojos, y su tono se volvió más frío aún.

—Cambridge no es una institución para experimentos sociales. Lo que ocurrió con la señorita Whitmore es prueba de que ciertas aspiraciones son poco realistas. Ahora, espero que comprenda por qué le he llamado. Algunos han expresado preocupaciones respecto a su postura en este asunto.

—¿Mi postura? —Decidió que ya había escuchado suficiente. Aún no había obtenido respuesta de los movimientos que había iniciado durante los días libres que pidió, pero le daba igual—. Mi postura es la de un hombre que ha visto cómo Cambridge ha dejado escapar a una de sus mentes más brillantes por no querer concederle un título que se ha ganado con más esfuerzo que cualquiera de los hombres sentados en mis aulas. Y me pregunto cuántas más mujeres habrán tenido que pasar por lo mismo, debido a esta institución que no está hecha para *experimentos sociales*.

—Vigile su tono, Ashford —advirtió Cavendish, con voz grave.

—¿Y si no lo hago? —replicó Matthew, llevando su cuerpo hacia adelante—. ¿Va a expulsarme por expresar lo que es evidente? No estoy ciego ni sordo. Sé lo que usted y sus semejantes piensan, pero no voy a fingir que lo comparto. Sé por qué la llamaron aquí antes de su partida. No fue para reconocer su talento, sino para recordarle que Cambridge nunca la vería como igual. Y no quiero ser parte de un sistema que castiga la excelencia cuando proviene de una mujer.

Cavendish se incorporó despacio con la mandíbula apretada, y apoyó los nudillos, blancos por la fuerza ejercida, sobre el escritorio.

—Cuidado con lo que dice, profesor Ashford. Está cruzando una línea peligrosa.

Matthew dejó escapar una risa amarga.

—¿Peligrosa para quién? ¿Para usted y los suyos? ¿Para el cómodo

club de hombres que han decidido que la educación es un derecho exclusivo? Cambridge se enorgullece de su prestigio, pero su prestigio se ha construido sobre exclusiones injustas. No pienso ser parte de esto por más tiempo.

El rostro de Cavendish enrojeció, a punto de perder los estribos, pero se contuvo. Inspiró hondo y, con una voz gélida, dijo:

—Es libre de tomar sus propias decisiones, profesor Ashford. Pero si desea seguir enseñando en Cambridge, deberá aceptar sus condiciones. Es mi último aviso.

Matthew no se demoró un segundo más de lo necesario entre esas cuatro paredes que tanto había empezado a aborrecer. Su respiración era pesada mientras avanzaba por los pasillos de piedra, reflejo de una rabia que necesitaba controlar.

Al llegar a la puerta exterior, el aire frío de Cambridge lo golpeó de lleno, pero no logró enfriar el torbellino de pensamientos que lo consumía. La conversación con Cavendish seguía repitiéndose en su cabeza. Se pasó una mano por el cabello y la deslizó después con fuerza sobre su rostro, como cada vez que hacía cuando estaba frustrado o furioso.

Sabía que había cruzado el límite, pero no se arrepentía. No podía. Lo que le indignaba no era solo la injusticia cometida contra Eleanor, sino la absoluta certeza de que nada cambiaría si hombres como Cavendish seguían gobernando la institución con puño de hierro.

Y esa certeza solo confirmaba que la decisión tomada días atrás había sido la más acertada. Ahora solo quedaba esperar.

Esa noche, en su habitación, se sentó ante su escritorio. Tomó un papel en blanco y comenzó a escribir su carta de renuncia. La pluma se deslizaba con seguridad sobre la superficie, sin titubeos.

Mientras escribía, recordó cada uno de los momentos en los que Eleanor había desafiado las normas establecidas, la fuerza con la

que defendía sus ideas y el esfuerzo que ponía en cada discusión. Ella nunca había dejado que la sometieran. ¿Por qué iba él a hacerlo ahora? Su primera intención había sido abandonar Cambridge con el nuevo curso, pero ya no quería seguir allí más de lo necesario. Aunque, mientras no obtuviera respuesta de su amigo en Londres, no podría cantar victoria aún.

Cuando terminó de plasmar su nombre al final del documento, no se detuvo a pensar en las consecuencias inmediatas o en los rumores que correrían por los pasillos de Cambridge ni en la reacción de Cavendish cuando recibiera la carta. Solo calculaba el tiempo que sus ahorros le permitirían sostenerse mientras encontraba un nuevo lugar de trabajo. Pero, sobre todo, sentía la convicción de que había hecho lo correcto. Eleanor le había demostrado que aferrarse a un sistema injusto solo servía para perpetuarlo. Y él no estaba dispuesto a hacerlo más. Con un último trazo firme, dejó la pluma sobre el escritorio y exhaló con fuerza. Su carta de renuncia acababa de convertirse en una declaración de principios.

Quería pertenecer a un lugar donde el conocimiento no estuviera sujeto a reglas arbitrarias ni a prejuicios que limitaran el verdadero potencial de aquellos que deseaban aprender.

Quería un lugar donde Eleanor Whitmore tuviera cabida.

***

Matthew se ajustó el chaleco antes de llamar a la puerta del despacho del rector.

—Adelante —dijo una voz firme desde el interior.

Al entrar, encontró al máximo responsable de la universidad sentado tras su escritorio, con la carta de renuncia abierta sobre la

mesa. No parecía sorprendido, quizá todos los rumores que últimamente le acompañaban habían llegado también a ese despacho.

—Profesor Ashford —comenzó el rector, mirándolo con la misma expresión severa que utilizaba en las reuniones con sus compañeros —, ¿qué pretende lograr con esto?

—No pretendo lograr nada, señor. Solo estoy dejando un puesto que ya no deseo ocupar.

El rector tomó la carta entre sus dedos y la levantó.

—He leído su renuncia. Es breve. Formal. Pero no explica sus razones.

Matthew inspiró despacio. Sabía que no podía evitar esta conversación.

—Considero que Cambridge ya no es el lugar adecuado para mí —dijo, eligiendo sus palabras con cuidado.

—¿Y eso tiene algo que ver con los recientes acontecimientos en relación con la presencia femenina en la universidad?

—Sería ingenuo fingir que no. Pero no se trata solo de eso.

—¿No? Quizá también un asunto personal relacionado con la hija de uno de nuestros máximos benefactores haya terminado de inclinar la balanza.

Matthew sostuvo su mirada con firmeza. Si no fuera porque la actitud de aquel hombre no era en absoluto beligerante, el comentario le habría ocasionado una gran molestia. Por eso lo tomó como un dato más.

—He llegado a la conclusión de que esta universidad se aferra a estructuras que no favorecen el crecimiento intelectual de todos sus miembros. Se niega a evolucionar, a adaptarse a un mundo que, lo queramos o no, cambiará. Y no, nada tiene que ver lo que ha pasado con la señorita Margaret Fairchild.

—¿Está insinuando que Cambridge es retrógrada? —preguntó con un deje de ironía.

—Estoy afirmando que se aferra a principios que, dentro de unas décadas, serán vistos como obsoletos. Y que, mientras tanto, hay mentes brillantes a las que se les niega el reconocimiento que merecen solo por el hecho de ser mujeres.

El rector exhaló despacio, midiendo sus palabras antes de responder.

—Profesor Ashford, la verdad es que usted no es el primero en expresar cierta… incomodidad con las normas de esta institución. Pero ¿de verdad cree que su marcha cambiará algo?

—No lo sé. Pero sí sé que quedarme no cambiará nada.

Se hizo un silencio tenso. El rector lo miró con atención. Al final, dejó la carta sobre la mesa y habló con un tono más moderado.

—No le pediré que reconsidere su renuncia. Pero sí que permanezca en su puesto hasta que aseguremos una transición adecuada.

Matthew no se sorprendió por la petición. Sabía que la universidad no podía permitirse una salida repentina sin asegurarse que su reemplazo estuviera listo.

—¿Por cuánto tiempo?

—No más allá de mayo. Lo suficiente para encontrar a alguien competente.

Presionó los labios en una línea fina. Aceptar significaba convivir unos meses más con la institución de la que quería escapar, pero tampoco podía permitirse que su marcha pareciera una decisión precipitada. Al final, asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Permaneceré hasta mayo. Ese es mi límite.

El rector lo observó con atención antes de hablar de nuevo.

—Cambridge ha visto marcharse a muchos profesores. Algunos no

han regresado. Otros sí.

—No tengo intención de regresar.

—Antes de que se marche, debe saber que Thomas Fairchild estuvo aquí exigiendo su despido inmediato un día después de que usted rompiera el compromiso con su hija. —Matthew detuvo hasta su respiración al escuchar aquello—. Y he de reconocer que lo sopesé con detenimiento. No nos podemos permitir que una figura como él nos retire su apoyo.

—¿Puedo preguntarle por qué sigo aquí, entonces?

—Margaret Fairchild. Ella se presentó horas después. Nunca hubiera dicho que esa joven contravendría una… petición tan expresa de su padre. Sin embargo, entró en este despacho e hizo ver que una institución como esta no podía permitirse el lujo de prescindir de un profesor como usted. Cito textualmente: «Los jóvenes de esta universidad no deberían verse privados de aprender de alguien con tanto talento como Matthew Ashford. ¿Qué sería de esta nación entonces?». —Si Matthew había creído que no podía sorprenderse más, se había equivocado de lleno—. Sí, reconozco que yo también lo encontré un poco exagerado. Pero he aprendido a valorar el progreso en su justa medida y debo reconocer que algo de razón tiene la dama.

»En fin, Ashford, espero que valore su gesto y que haga algo bueno con toda la fe que lady Margaret tiene puesta en usted. Y ahora también con la responsabilidad que tiene en sus manos en cuanto al futuro de esta nación.

Al salir del despacho, Matthew sintió que, aunque su decisión seguía siendo la misma, algo, aunque fuera mínimo, podría hacer que la esperanza floreciera en esa institución.

Pero más claro tenía aún lo que debía hacer en ese mismo momento.

***

Esa tarde, Margaret paseaba por Jesus Green Park, absorta en sus pensamientos, mientras su dama de compañía caminaba unos pasos por detrás, dándole la intimidad que requería. Desde la última visita del señor Ashford, la joven se había mantenido distante, pero ella, que la conocía de varios años ya, sabía que desde entonces un cambio se estaba produciendo en ella.

—Margaret.

Ninguna de las dos lo vio llegar, pero varios de los paseantes que caminaban cerca de ellos mostraron una exasperante atención por lo que Matthew Ashford tenía que comentar con la joven a la que había dejado plantada.

—Matthew…

—No quiero robarte mucho tiempo, ni ponerte en una nueva tesitura después de nuestro… Después de mi decisión, así que seré breve. Vengo del despacho del rector de Cambridge, sé lo que hiciste por mí.

—No es nada, Matthew, como te dije, siempre has sido honesto y amable conmigo.

—Has desafiado a tu padre por mí, Margaret, y eso ya es mucho.

Ella solo esbozó una sonrisa, que podía contener más significado del que parecía expresar.

—En el fondo también lo he hecho por mí. Parece que la señorita Whitmore ha influido en alguien más que tu persona.

—¿Cómo dices?

—Cosas mías, Matthew, cosas mías. Pero haznos un favor a ambas y a ti mismo: sé consecuente con tus actos y con la nueva oportunidad que te brinda la vida.

No le dio opción a decir más. Le regaló una sonrisa de despedida

y siguió andando, dejándolo atrás.

Por fin los círculos comenzaban a cerrarse.

Capítulo 27

Matthew dobló con cuidado la carta recibida.

Desde que decidió marcharse de Cambridge, había pasado los días libres encerrado en su residencia, revisando su currículum y redactando misivas dirigidas a diversas universidades de Londres.

Había elegido a qué instituciones enviar su solicitud, priorizando aquellas que permitieran cierto margen de autonomía en su enseñanza. Aunque sabía que su reputación académica lo precedía, no podía permitirse confiar solo en eso. Sus enfrentamientos con Cavendish no habrían pasado desapercibidos.

Además de su conocimiento en Filosofía y su experiencia como docente, sus conexiones podrían jugar un papel crucial. Sabía que en Londres había antiguos compañeros y profesores que podrían apoyarlo en el proceso, aunque dudaba sobre a quién acudir. No quería parecer desesperado, y tampoco le interesaba mendigar recomendaciones a personas que podrían no compartir su visión del mundo académico.

Por fin, decidió escribir a un antiguo colega, el doctor Henry Caldwell, un respetado profesor en la University College, London con quien había colaborado años atrás. Si había alguien que aún valorara

su trabajo y pudiera hablar en su favor, era él. No tardó en redactar una carta formal solicitando una reunión y, tras revisar cada línea, la envió.

Cuando la respuesta llegó, sintió un gran alivio. La universidad de Londres mostraba interés en entrevistarlo y le solicitaba referencias adicionales.

Matthew empezó a reunir las cartas de recomendación que necesitaba, escribiendo a colegas de confianza en Cambridge que aún respetaban su labor. Algunos respondieron con prontitud, mientras que otros lo hicieron con cierta reserva, sin duda conscientes de su enfrentamiento con Cavendish.

Diez días después, recibió una invitación formal para viajar a Londres y asistir a una entrevista en la University College. Aquella noche, por fin, sintió que todo comenzaba a tomar forma.

El día del viaje se tomó un momento de reflexión al subirse al tren. Mientras observaba cómo los campos de Cambridge quedaban atrás, sus pensamientos lo llevaron inevitablemente a Eleanor. Londres era su ciudad ahora. La idea de encontrársela por casualidad en una calle o en una biblioteca le pareció tan improbable como perturbadora. No podía negar que una parte de él deseaba verla, aunque solo fuera para saber si estaba bien, incluso para contarle lo que tanto postergó antes de que ella se fuera: que era un hombre libre. Sin embargo, cuando el tren llegó a la estación y descendió al bullicioso andén de King’s Cross, se obligó a recordar por qué estaba allí. Este viaje no era por ella.

La primera entrevista transcurrió con fluidez. Se llevó a cabo en una de las salas de la prestigiosa universidad, con un comité compuesto por tres académicos de renombre. Le solicitaron detalles sobre su enfoque pedagógico, su experiencia en Cambridge y sus publicaciones recientes. Matthew respondió con la misma precisión

que empleaba en el aula, sin mostrar dudas ni debilidades. Sin embargo, percibió que uno de los entrevistadores, un hombre mayor con una expresión inescrutable, parecía evaluar más que solo sus respuestas.

En un momento dado, le preguntaron sobre su visión respecto al papel de la educación en la transformación social. Se tomó un instante para reflexionar antes de responder. Sabía que su postura debía ser medida, que no podía permitirse un discurso demasiado radical que pudiera levantar suspicacias. No obstante, no estaba dispuesto a retractarse de sus creencias. Expuso con claridad su opinión sobre la necesidad de ampliar el acceso al conocimiento sin distinciones de género o clase, asegurándose de enmarcar su respuesta dentro de los valores académicos tradicionales. El mismo entrevistador que antes lo había observado en silencio esbozó una leve sonrisa al escuchar sus palabras, lo que Matthew interpretó como una señal positiva.

Cuando terminó, salió del edificio con una sensación extraña. No había fallado en la entrevista, pero tampoco sintió que fuera una victoria absoluta. Quizás porque, en el fondo, sabía que no importaba cuán exitoso fuera en su carrera, su mente seguía atrapada en otra preocupación.

Aprovechando la estancia en la ciudad, visitó algunos clubes privados y casas de huéspedes recomendados por colegas, lugares donde la discreción y el ambiente intelectual eran valorados. También consideró la posibilidad de alquilar un pequeño apartamento, algo más acorde a su independencia y posición. Mientras recorría las calles de Londres, la idea de pasar sus próximos años allí comenzaba a parecerle más tangible, aunque aún no terminaba de mostrarse real.

Al regresar a Cambridge, se sumió en la rutina de esperar una

respuesta. Los días pasaron con una lentitud exasperante, pero mantuvo su comportamiento profesional en las clases restantes, sin permitir que sus alumnos notaran la inminencia de su partida ni que la mirada de algunos compañeros le incomodara más de lo necesario. Evitó cualquier tipo de enfrentamiento con Cavendish y se centró en su labor hasta el final del trimestre.

Capítulo 28

Desde su llegada, Eleanor podía contar con los dedos de una mano los días que Londres no le daba los buenos días con una lluvia persistente y un cielo gris. Quizá para acompañar la rutina rigurosa que se había impuesto a sí misma: clases exigentes, lecturas hasta bien entrada la noche y, en alguna ocasión, paseos solitarios entre calles bulliciosas. Aquella ciudad no tenía nada que ver con Cambridge, y eso era un gran alivio.

Las clases eran intensas y, en muchos aspectos, renovadoras. Eleanor se sentía rodeada de mujeres con metas similares, de profesoras que hablaban sin pedir disculpas por su conocimiento, de libros que se abrían ante ella como promesas cumplidas. Aun así, cada tarde, al cerrar el último volumen, había un vacío que el estudio no podía llenar.

Había decidido no volver a casa durante el receso. La excusa que dio fue la carga de trabajo, la necesidad de aprovechar cada minuto del día para asegurarse el máximo éxito en sus exámenes, pero la verdad era otra: no se sentía preparada para volver a verlo. No después de aquel último encuentro en la estación, de las palabras que se habían dirigido… y las que no. Quizá, incluso, si volvieran a

encontrarse, Margaret sería ya la señora Ashford. Lo ignoraba, pero, en cualquier caso, esa ignorancia era preferible a enfrentar una verdad dolorosa.

Una mañana, al poco de llegar, había recibido una carta de Alice en la que hablaba de Newnham College, de cómo la primavera había propiciado nuevos paseos junto al río… De actos cotidianos de los que ella ya no formaba parte, pero en cada palabra de su mejor amiga percibía afecto y añoranza de volver al hogar. Quizá por eso aún no había respondido. No sabía qué decir sin desbordarse a tenor de la maraña de emociones que aún no sabía cómo manejar.

Pero, por fin, ese día tomó la pluma y redactó.

Querida Alice:

Londres es tan distinta, tiene tanto que ofrecerme, que a veces olvido por qué vine. Sin embargo, cada vez que entro en un aula, lo recuerdo. La sensación de escuchar una voz femenina impartiendo conocimiento sin temor a ser silenciada es hermosa. Aquí no somos una rareza, Alice; tampoco una norma, es cierto, pero es maravilloso ver en qué puede convertirse una universidad si alguien se toma la molestia de escucharnos. El solo hecho de saber que tras los exámenes podremos obtener algo que nos habilite, que nos valide, proyecta un aura en el ambiente de sentido, de propósito… Si estuvieras aquí podrías experimentarlo por ti misma….

En cuanto a mí, estoy bien. O lo intento. Te conozco, y sé que, si no me preguntas por Matthew o por lo que nos dijimos en la estación, es porque crees que no me haría bien hablar de ello. Y tienes razón… Hay días más fáciles que otros, te lo confieso. Me esfuerzo por no mirar atrás, aunque el pasado a

veces me alcanza en los silencios más largos. En ocasiones incluso creo que me he convertido en una sombra de mí misma y no sé si avanzo hacia mi propósito o si huyo de lo que dejé atrás. De lo que no puedo tener.

Por eso no volveré a casa durante el descanso del trimestre. No me siento con fuerzas.

Pero, a pesar del tono lastimero de esta carta, no pienses que estoy tan mal. Simplemente pospongo trabajar sobre mis sentimientos hasta que haya logrado lo que vine buscando. Entonces será el momento. Te lo prometo.

Mientras tanto, no dejes de contarme todo, incluso lo más trivial.

Con todo mi afecto,

Eleanor

Dejó la pluma sobre el tintero y leyó la carta una vez más antes de sellarla. No mencionó el vacío que sentía algunas noches, cuando el silencio de su habitación le recordaba que estaba sola en una ciudad desconocida. A pesar de todo, sintió el alivio que embarga cuando se deja ir parte del peso que oprime el corazón, el tipo de calma que invade cuando, aun aceptando que duele, uno sabe que sobrevivirá.

Capítulo 29

Matthew recibió la carta una mañana luminosa de finales de abril, mientras la primavera teñía de color los jardines de Cambridge. La misiva provenía de Londres y llevaba el sello oficial del University College, London, lo que hizo que la abriera con una mezcla de expectación y nerviosismo.

Leyó con rapidez las líneas escritas. Le ofrecían un puesto como profesor asociado, un cargo acorde con su prestigio académico y, lo más importante, un cambio necesario después de la asfixiante situación en la que se había convertido su estancia en Cambridge. Al final de la carta se especificaba una fecha de incorporación: principios de mayo, menos de dos semanas desde ese momento.

Sintió una punzada de alivio e inquietud. También incertidumbre porque, aunque aquella carta representaba una salida en lo que a un nuevo comienzo se refería, no podía evitar preguntarse si, en el fondo, estaba huyendo. Huyendo de los pasillos donde había visto a Eleanor cada día, del aula en la que su voz le había sostenido la mirada con una seguridad desconcertante, de los jardines por donde la había visto caminar tantas veces...

Sabía lo que implicaba aquella decisión y lo que debía hacer a

continuación, así que no dudó demasiado. Esa misma tarde solicitó una reunión urgente con el rector, quien lo recibió con visible incomodidad, consciente quizá de lo que iba a escuchar.

—Me temo que no puedo esperar más —le dijo Matthew con voz firme tras explicar el contenido de la carta—. Debo partir hacia Londres a primeros de mayo.

El rector frunció el ceño, contrariado.

—Es un plazo demasiado breve, Ashford. No tenemos aún a nadie para ocupar su puesto.

—He cumplido mi parte del acuerdo. He permanecido aquí más tiempo del que pretendía inicialmente, pero no puedo posponer esta oportunidad. Confío en que podrán resolverlo sin mayores inconvenientes.

El hombre suspiró, molesto pero consciente de que no tenía ninguna herramienta para retenerlo.

—Parece que ha tomado usted una decisión definitiva.

—Lo es. Y le agradecería que lo notificara lo antes posible para que mis estudiantes estén preparados.

El rector asintió, aunque su rostro reflejaba su profundo disgusto.

—Lo haré esta misma tarde.

Matthew salió del despacho y caminó sin detenerse hacia los jardines del *college*, buscando aire fresco que calmara su inquietud. Era abril, y la primavera estaba en su máximo esplendor; los jardines lucían exuberantes, llenos de flores abiertas y árboles que recuperaban sus hojas con un verdor vibrante tras la crudeza del invierno. Sin embargo, a pesar de la belleza y vitalidad que lo rodeaban, apenas se percató de nada.

La noticia no tardó en extenderse por Cambridge. Los estudiantes lo observaban con mayor frecuencia desde entonces. Algunos colegas también lo miraban con desaprobación, como si hubiera

cometido un acto imperdonable. Pero aquello, en realidad, no le importaba demasiado. Caminaba con la cabeza alta, ignorando comentarios y especulaciones, decidido a no permitir que aquella situación lo afectara más de lo necesario. Su mente estaba lejos de allí, en Londres, en las nuevas oportunidades que le esperaban, pero, sobre todo, en Eleanor.

Sabía que debía centrarse en el futuro inmediato: el alojamiento que había encontrado cerca del *college*, la preparación de las clases que impartiría y la incertidumbre natural ante un cambio tan grande. Tenía algunos ahorros, lo suficiente para asegurar una transición tranquila hasta asentarse en la ciudad. Y, sin embargo, ninguna de esas cosas ocupaba su pensamiento.

Se detuvo junto a un banco de piedra y se sentó, cerrando los ojos mientras inspiraba con fuerza. No importaba cuánto intentara racionalizarlo; la verdadera razón de su partida estaba clara, aunque se negaba a admitirla: no podía soportar la idea de quedarse allí, donde Eleanor ya no estaba. Todo Cambridge le gritaba su ausencia.

Abrió los ojos despacio, fijando la vista en un punto lejano del horizonte, decidido a dejar atrás cualquier duda.

Fue así como Alice lo encontró, empeñada en aclarar lo que estaba ocurriendo.

—Profesor Ashford, ¿tiene un minuto?

Matthew se sorprendió de verla a su lado.

—Adelante, señorita Harrington —invitó él con calma, indicando con un gesto que se sentara a su lado—. ¿En qué puedo ayudarla?

Alice avanzó unos pasos hasta detenerse frente a él y se sentó donde le indicaba, aunque guardando una distancia prudencial. Durante unos segundos, permanecieron ambos en silencio, estudiándose ambos.

—He escuchado ciertos rumores en el *college*, profesor Ashford.

¿Es verdad que va a marcharse de Cambridge?

—Así es, señorita Harrington. He aceptado un puesto en el University College de Londres. Comenzaré allí en mayo.

Alice lo observó con atención, valorando su respuesta con calma, aunque en sus ojos había un brillo inquisitivo que indicaba que había mucho más detrás de su pregunta.

—Entonces supongo que Eleanor aún no lo sabe —aventuró con prudencia.

—No, no se lo he comunicado —reconoció él—. Y preferiría que siguiera siendo así.

—¿Por qué no? —preguntó con suavidad, pero con un ligero tono desafiante que dejaba claro que no iba a aceptar cualquier excusa—. Perdone que se lo pregunte, pero ¿teme su reacción, o la suya propia?

—Porque Eleanor tiene objetivos muy claros. Ha sacrificado mucho para alcanzar lo que se ha propuesto y, ahora mismo, toda su atención debe estar centrada en conseguir su título. Ya tiene suficientes obstáculos en su camino como para añadirle otra preocupación innecesaria.

—Quizá subestima la capacidad de Eleanor para gestionar las cosas, profesor. Ella merece saber lo que ocurre aquí. Así como su… su nueva situación personal.

—No lo dudo, señorita Harrington —contestó con sinceridad—, pero precisamente porque conozco a Eleanor creo que decírselo en este momento sería injusto. Necesita centrarse por completo en terminar sus estudios en Londres. La última vez que hablé con ella dejó muy claro que no quiere ni necesita distracciones.

Alice bajó la mirada, comprendiendo la situación, aunque seguía sin parecer del todo conforme.

—Entiendo —admitió—. No se lo diré, entonces. Pero no puedo

evitar pensar que sería mejor que lo supiera por usted y no por alguien más.

Matthew asintió con gratitud ante sus palabras.

—Aprecio su comprensión.

Alice hizo un leve gesto de aceptación y, tras levantarse con suavidad, siguió su camino. Durante unos segundos que parecieron eternos, Matthew permaneció inmóvil en el banco, contemplando el paisaje frente a él, sumido en una maraña de pensamientos contradictorios. Sabía que Alice tenía razón, y que Eleanor merecía escuchar la noticia de él, pero el temor a perturbar aún más la estabilidad emocional de ella, ahora que estaba tan cerca de alcanzar su sueño, lo detenía.

Sacó del bolsillo interior de su chaqueta un sobre doblado por la mitad. Era una carta. La había comenzado la noche anterior, convencido de que debía escribirle y contarle la verdad. Las primeras líneas estaban plasmadas con mano firme, pero el resto del papel permanecía en blanco. Volvió a leer las palabras que había trazado y, tras unos segundos de vacilación, dobló el papel de nuevo y lo guardó con cuidado.

Se levantó del banco con un suspiro pesado. Quizá Alice no compartiera su punto de vista, pero él estaba convencido de que esa era la decisión correcta.

Al menos, eso era lo que necesitaba creer.

Capítulo 30

Matthew llegó a Londres los primeros días de mayo, escoltado por una mezcla de sol tibio y lluvias esporádicas. El bullicio de la ciudad lo recibió con un ritmo apabullante, como si nada pudiera detener la vorágine de coches de caballos, pasos apurados y conversaciones entrecortadas que llenaban las avenidas principales y los callejones discretos de vida, de una segunda oportunidad para él; a pesar de todo, aún no se atrevía a sentirla. Porque su éxito no estaría completo hasta que Eleanor también alcanzara el suyo.

Su primer alojamiento, en una elegante pensión de Bloomsbury, resultó cómodo; pero solo sería eso, el primero pues, una vez que se estableciera definitivamente, buscaría un pequeño apartamento para él solo, a pesar de que la universidad le había ofrecido un alojamiento dentro del *college* —opción que muchos de los profesores acogían con entusiasmo—, porque, por encima de todo, deseaba huir del bullicio académico a todas horas, y anhelaba la distancia desde la cual pudiera observar todo con calma. La habitación era sencilla, con muebles de madera oscura y cortinas pesadas, pero le ofrecía tranquilidad suficiente para organizar sus pensamientos y planificar los próximos pasos en aquella ciudad que

aún le resultaba ajena.

Durante los días posteriores, se dedicó a explorar la zona que rodeaba su alojamiento, caminando por las calles bulliciosas y familiarizándose con su nuevo entorno. Visitó cafeterías frecuentadas por académicos, conversó con algunos colegas que ya ejercían en Londres y preparó con cuidado su próxima incorporación. Pero cada noche, cuando regresaba a su habitación, ella volvía. No la imagen idealizada de la alumna brillante, sino la mujer en la que pensaba a cada instante: determinada, irónica, apasionada. Al final, tuvo que reconocer que no era la ciudad lo que inquietaba, sino ella. La sensación de que, aunque estaba más cerca de ella en distancia, jamás la había sentido tan lejos.

Se preguntó en más de una ocasión si debería acercarse a Bedford College para saber cómo le iba en los estudios, pero siempre terminaba descartándolo. Excepto un día en el que una de sus caminatas lo llevó derecho hasta la entrada del college. Se detuvo en la esquina, imaginando cómo sería acercarse, preguntar por ella, verla aunque fuera de lejos… Sin embargo, obligó a sus pies a dar la vuelta. No tenía derecho a irrumpir en su vida justo ahora, cuando más concentración ella requería. No. Aún no era el momento.

***

En Bedford College, Eleanor vivía sus días con una intensidad que rozaba el agotamiento total, que apenas le dejaba espacio para respirar, inmersa en una vorágine de preparación para sus exámenes finales. Su habitación se había convertido en un campo de batalla entre el orden y el caos: libros apilados, apuntes abiertos, tazas de té frías, una lámpara que parpadeaba en la penumbra. Pasaba largas horas sentada frente a su escritorio, revisando cada detalle,

consciente de que se acercaba el momento decisivo de su vida académica.

Las compañeras intentaban animarla a salir de vez en cuando, preocupadas por su dedicación extrema. La invitaban a pasear por Regent's Park o asistir a alguna velada informal, pero Eleanor solía declinar cada una de ellas con una sonrisa. Sabía que estaba cerca de lograr su objetivo y no permitiría que nada ni nadie la distrajera.

El día del examen de Lógica, el más temido del curso, se enfrentó a un ejercicio en extremo complejo. Un encadenamiento de premisas falsas y verdaderas que debía desenredar aplicando silogismos aristotélicos. Era una asignatura en la que Eleanor destacaba, pero también una de las más exigentes. Tomó la pluma con dedos tensos, repasó el enunciado varias veces y, en un instante de silencio, recordó la voz de su padre: «No te conformes con entender. Haz que te entiendan». Con esa frase como impulso, empezó a escribir.

Cada argumento que desarmaba era una reafirmación de su propósito. No estaba allí por capricho ni por desafío, sino para validar un esfuerzo que no era solo suyo, también lo era de aquel hombre al que admiraba desde niña y que había sido silenciado injustamente. Eleanor, con la obtención del título quería restituir su dignidad. Y, sin embargo, entre argumentos y principios, apareció él. Matthew. Su figura, su voz, sus silencios. Lo recordaba de pie junto a la pizarra, retándola a ir más allá, desafiándola frente a todos.

Cuando por fin regresó a su habitación tras el último examen, se tumbó en la cama sin ni siquiera desprenderse del vestido; el cansancio le nublaba la vista, pero sintió su presencia como una sombra reconfortante. Lo único que pudo pensar antes de sumirse en un sueño profundo fue que aún no podía detenerse. Solucionar lo que sentía por Matthew debía esperar. Primero, el título. Luego, quizá, todo lo demás.

Cuando despertó, casi cuatro horas después, vio sobre el escritorio una carta cuya respuesta había pospuesto varios días. Al recordar que era de Alice, sintió una oleada de ternura. La abrió con manos temblorosas:

Querida Eleanor:

Espero que tus exámenes vayan tan bien como mereces. Cambridge se siente vacío sin ti, y no exagero si te digo que extraño enormemente nuestras charlas interminables. La biblioteca ya no parece la misma sin tus debates apasionados sobre Platón y Aristóteles. ¿Volverás pronto?

No puedo evitar preguntarme cómo estarás llevando la distancia, aunque estoy segura de que no permitirás que nada te desvíe de tu objetivo. El final del curso se acerca, y aunque sé que no lo harás hasta traer contigo lo que fuiste a buscar, debes recordar que la vida es mucho más, mucho mucho más. No lo olvides.

Y antes de que pienses que voy a preguntarte por él, te adelanto que cumplí mi promesa y no le dije nada al profesor Ashford sobre cómo te va en Londres. Creo que será mejor que, cuando llegue el momento, se lo cuentes tú misma. Y créeme, llegará antes de lo que imaginas.

Con todo mi afecto,

Alice

Eleanor sonrió y se negó a pensar en las últimas palabras de su amiga. A Alice siempre le había gustado añadir toques dramáticos y románticos a cuanta historia se presentaba ante ella susceptible de convertirse en algo «maravilloso». Aun así, se sentó y tomó una hoja

en blanco.

Querida Alice:

Acabo de terminar los exámenes. Estoy agotada. Me duelen las manos, los ojos, la espalda. Pero también me siento en paz. No sé si he aprobado, pero sé que no me he traicionado.

No regresaré aún. Necesito saber, con certeza, que lo he logrado. No quiero volver a ver Cambridge si no es con mi título. Después de todo lo que he batallado, después de todas las puertas cerradas a las que me he enfrentado y tanta incomodidad como he generado en los hombres poderosos de Cambridge, no puedo hacerlo con las manos vacías. Suena infantil y orgulloso, pero es así.

Y en cuanto a Matthew… No he dejado de pensar en él. No quise hacerlo, me lo prohibí, lo encerré en un rincón de la mente. Pero en cuanto he llegado hoy tras el último examen, ha vuelto. Con fuerza. Como un vendaval que me ha arrasado.

No sé qué hará él. No sé si aún piensa en mí. Pero yo sí. Yo lo hago. Aunque duela. Aunque me confunda… Es inevitable.

Gracias por seguir ahí.

Eleanor

Tras cerrar la carta, Eleanor se quedó un momento en silencio. Luego se levantó y abrió la ventana. El aire olía a glicinas y a despedidas. Aún no sabía qué haría al día siguiente. Pero, por una vez, se permitiría sentir y decidir.

***

Un par de noches antes, en Bloomsbury, Matthew, sentado junto a su escritorio con una taza de té sin azúcar, alzó la mirada hacia la ventana. Sabía que Eleanor estaba inmersa en sus exámenes finales, así que aún no era el momento de ir a buscarla. No iba a interferir en su concentración, pero tampoco esperaría mucho más. Tenían una conversación pendiente. Había cedido a la tentación de averiguar dónde se alojaba ella, aunque aún no había decidido qué hacer con esa información. Sabía que cualquier paso en falso podría cambiarlo todo.

El momento se acercaba. Ya quedaba menos.

Capítulo 31

Matthew observaba desde la ventana de su habitación en Bloomsbury cómo la tarde londinense comenzaba a declinar. Había dormido poco la noche anterior, con el presentimiento de que algo importante estaba por ocurrir. Y esa mañana, al pasar por la Universidad para recoger unos documentos, uno de sus colegas le había comentado sin demasiada ceremonia:

—Hoy publican los resultados en Bedford, ¿no lo sabía? Las alumnas llevan toda la semana nerviosas.

Matthew apenas había asentido, disimulando la sacudida que esas palabras provocaron en su interior. Durante semanas había contenido el impulso de ir a buscarla, esperando con paciencia infinita a que finalizara su etapa más crucial. Pero ahora… ahora sabía que el momento había llegado.

Cerró los ojos un instante, apoyando la frente contra el cristal. Estaba nervioso. Y no solo porque por fin podría hacerla partícipe de sus sentimientos, de lo que quería, del motivo más profundo que lo había impulsado a abandonarlo todo y seguirla. Sino también porque sentía la necesidad de saber que lo había logrado, de verla triunfar contra todo pronóstico y contra todo lo que muchos aún se

empeñaban en creer.

Tomó su chaqueta con manos decididas y salió a la calle, dejando atrás cualquier duda. Caminó con paso firme hacia Bedford College, cruzando las avenidas aún bañadas por la luz tibia del atardecer. No sabía qué diría cuando la viera, ni cómo reaccionaría ella. Solo sabía que, por fin, después de varios meses, volvería a verla.

***

El cielo de Londres empezaba a teñirse de dorado cuando Eleanor cruzó el patio interior del Bedford College con el corazón acelerado. En la entrada principal, un pequeño grupo de alumnas se había congregado frente al tablón de anuncios. Las voces eran un murmullo nervioso, y algunas contenían lágrimas de alegría o decepción. Avanzó con paso firme, pero por dentro sentía que el suelo se abría bajo sus pies. Todo se había reducido a ese momento, años de estudio y de aguantar miradas insidiosas, años de luchar contra todo y contra todos, años de vivir demostrando que la educación superior femenina era necesaria y, sobre todo, años convenciendo al mundo de su valía. Y todo se esclarecería en un instante que duraba lo que se tardaba en leer una línea.

Buscó su nombre sin parpadear mientras el ruido de las demás alumnas se desvanecía a su alrededor. Las letras danzaban entre las columnas impresas, borrosas durante un segundo en el que la tensión le nubló la vista. Entonces sí, parpadeó, tragó saliva y volvió a enfocarse. Su corazón golpeaba su pecho como un metrónomo acelerado. Y entonces lo vio.

Eleanor Whitmore: Distinción en Filosofía Moral y Clásica. Apta para la obtención del título por la Universidad de Londres.

No reaccionó. Luego, de pronto, el aire le llenó los pulmones como

si hubiese estado conteniendo la respiración durante semanas. No hubo gritos, ni lágrimas. Solo una emoción inmensa y definitiva. Lo había conseguido. Todo el esfuerzo, la lucha, los sacrificios, los silencios, las renuncias… Habían valido la pena. Un vahído la sobrecogió. Consiguió alejarse lo justo del tablón para apoyarse en una columna y recuperar el ritmo normal de su respiración. Algunas compañeras se acercaron a felicitarla. Intercambió parabienes y abrazos con ellas, pero apenas fue consciente de cuántos ni con quién.

Lo había logrado. Todas lo habían logrado por ellas mismas y por otras tantas. Y eso solo era un indicativo de que algo grande acababa de empezar y ella formaba parte de ello. Recordó las palabras que intercambió con Cavendish antes de despedirse, cómo le gustaría ver su cara cuando se enterara de la noticia… Pero apartó su imagen con rapidez. No quería empañar ese momento de éxito y orgullo personal.

Salió lentamente del edificio, incapaz de borrar la sonrisa que, sin darse cuenta, se había formado en su rostro. El atardecer le acariciaba la piel y una brisa suave peinaba los cabellos sueltos que escapaban de su moño. Todo resultaba perfecto y maravilloso. Entonces, justo al doblar la esquina del jardín, lo vio. Matthew Ashford.

Se detuvo en seco, como si el tiempo hubiera dado un respingo. La sonrisa se congeló en su rostro mientras su pecho se contraía, desorientado por lo que tenía ante sí. ¿Estaba soñando? ¿Era acaso un producto de su imaginación, agotada tras tantos días de estudio?

—Señorita Whitmore —dijo él; su voz era más cálida de lo que recordaba, y, sin embargo, seguía siendo familiar.

—Profesor Ashford… —susurró ella, casi sin aliento—. ¿Qué… qué hace aquí?

—Vivo aquí —respondió él con calma, aunque sus ojos brillaban con emoción—. Desde hace algunas semanas. Empezaré a enseñar en la University College, London muy pronto.

Eleanor lo miró como si acabara de descubrir que el mundo se había girado sin que ella lo supiera. Trató de hablar, pero las palabras se negaban a salir.

—¿Desde hace semanas? —repitió, incrédula—. No lo sabía. Nadie me dijo…

Matthew la observó con ternura, comprendiendo su desconcierto.

—Le pedí a la señorita Harrington que no le dijera nada. No quería distraerla mientras preparaba sus exámenes.

Eleanor parpadeó, sorprendida.

—¿Ella lo sabía?

—Desde antes de que me marchara de Cambridge. Quise esperar. No interferir. Sabía cuánto significaba este momento para usted.

Se quedó inmóvil, asimilando la magnitud de todo lo que acababa de descubrir, recordando las inquietantes palabras de la carta de su amiga: «*Creo que será mejor que, cuando llegue el momento, se lo cuentes tú misma. Y créeme, llegará antes de lo que imaginas*». No solo él estaba en Londres, no solo había dejado Cambridge… sino que había esperado. En silencio. Por ella.

—No puedo creerlo… —murmuró.

Matthew dio un paso hacia ella, con cautela.

—¿Ha visto los resultados?

Eleanor, como recordando de pronto el motivo de su presencia, sintió cómo la sonrisa volvía a sus labios, cálida y plena, como si por fin pudiera permitirse celebrarlo. El brillo de sus ojos se intensificó, y alzó la barbilla con una mezcla de incredulidad, orgullo y emoción desbordada. Asintió despacio, respirando hondo antes de dejar escapar las palabras, que salieron en un susurro lleno de vida:

—Lo he conseguido. Con distinción. Filosofía Moral y Clásica.

Matthew sonrió con orgullo, con la mirada fija en ella como si no pudiera apartarla, y los dedos cosquilleando por la necesidad de abrazarla. Pero contuvo su anhelo.

—Sabía que lo lograría. Nunca dudé de usted. ¿Cómo hacerlo de la mente más brillante de mi aula?

Eleanor quiso responder, pero se encontró tragando lágrimas inesperadas. Se obligó a mantener la compostura. No era el momento ni el lugar para rendirse a la emoción. Al menos, no aún.

Ambos se miraron durante unos segundos, inmersos en una burbuja de silencio que parecía protegerlos del resto del mundo.

—Eleanor, ¿te apetece caminar? —preguntó él, ofreciendo su brazo, intentado volver a recuperar la cercanía con la que se despidieron meses atrás, y tratando de contener su deseo. Ya no estaban en Cambridge. Quizá era el momento de empezar a introducir cambios en su vida.

Ella lo dudó apenas un segundo antes de asentir. Se aferró a su brazo, aún incrédula, temblorosa por lo que estaba ocurriendo, mientras sus dedos rozaban la tela de su chaqueta como si necesitara asegurarse de que era real. La cercanía de su cuerpo le parecía tan improbable, tan largamente soñada, que temía que cualquier movimiento brusco lo hiciera desvanecerse. El miedo a todo lo que de pronto sentía se apoderó de ella, pero, como un bote salvavidas, su razón acudió en su ayuda: «Te prometiste dejarte sentir cuando todo acabara. Hazlo ahora». Y entonces, como si fuera lo natural, se dedicó a apreciar el calor de su piel a través de la fina capa de ropa. Y ambos, en un mudo acuerdo, se alejaron del *college* en dirección a un sendero más discreto, donde el rumor del mundo se fue apagando con cada paso y donde, tal vez, al fin, cada uno podría compartir con el otro lo que tanto tiempo había quedado en

suspenso.

Eleanor aguardó unos minutos, hasta que sintió su voz segura para volver a hablar.

—Así que al final dejó Cambridge...

—Eleanor, nadie nos escucha, me gustaría que… si no te importa, no quiero volver a ese trato de formalidad. Antes de que te fueras sentí que habíamos avanzado algo, que habíamos destruido algunas barreras —repuso él con suavidad—. ¿Crees que podríamos?

Nada más desearía, pero tenía tantas cosas que preguntarle aún… Todavía seguía muy presente en su corazón que él era un sueño prohibido. Sin embargo, estaba ahí…

—Podríamos.

La sonrisa que le ofreció fue el rayo de sol que Matthew necesitó para calentar su interior, y decidió no demorarlo más.

—Lo dejé porque se volvió imposible seguir formando parte de un sistema en el que ya no creo. Y me quedaré aquí, Eleanor. Porque mentiría si te dijera que eso es lo único que me ha traído a Londres. Puede que la universidad haya sido la excusa, pero la razón real es que no podía soportar la idea de no volver a verte.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, obligándose a mantener la calma, aunque por dentro estaba temblando.

—Que no ha cambiado nada. O tal vez todo ha cambiado, menos lo importante.

Ella lo miró de soslayo, con el corazón latiendo con fuerza. No necesitaba preguntarle a qué se refería. Lo sabía. Lo había sabido desde el momento en que sus ojos se cruzaron junto al jardín.

—¿Y tu compromiso?

—Terminado —dijo él, sin vacilar—. Hace meses. No podía seguir adelante con una vida que no me pertenecía. No después de haberte conocido.

La emoción la golpeó con fuerza. Matthew había dado ese paso sin esperar nada a cambio, sin siquiera saber si volvería a verla. Sin saber si lo querría.

—Alice tampoco me dijo eso —susurró.

—Porque sabía que era algo que me correspondía a mí.

Entonces, Eleanor detuvo el paseo y lo miró de frente. Alzó la mano, apenas unos centímetros, como si fuera a tocar su rostro. Se detuvo en el aire, temiendo el contacto, pero también ansiándolo, tratando de ordenar el caos de sus emociones. Él no se movió. Solo esperó.

La distancia entre ellos era mínima. Podía sentir su aliento, el calor de su piel, el temblor contenido en su respiración. El mundo alrededor pareció detenerse. Ambos permanecieron en silencio un largo instante. La noche londinense caía a su alrededor, con un silencio extraño y hermoso que parecía haberse instalado solo para ese momento. Eleanor sintió que su corazón cedía del todo, permitiéndole aceptar la verdad que había evitado durante meses. Y fue ella quien dio el último paso.

Elevó sus brazos y dejó las manos con suavidad sobre sus hombros. Y Matthew no necesitó más permiso que ese. Alzó despacio una mano, rozando con delicadeza el rostro de Eleanor para asegurarse de que aquello no era un sueño. Ella cerró los ojos durante un breve instante, estremeciéndose ante el contacto.

Luego, muy despacio, se aproximó aún más a ella. Sus miradas se encontraron una última vez antes de que sus labios se unieran con suavidad en un beso profundo, cargado con todo lo que hasta entonces habían callado. En ese instante supieron que habían cruzado una línea decisiva, que ese beso bajo el cielo de Londres no era solo un gesto, sino el inicio real de un futuro que ambos anhelaban, conscientes de que ahora podían enfrentarlo juntos.

Epílogo

Londres, primavera de 1900

El aula estaba en silencio. Las alumnas, sentadas con atención, tomaban notas mientras Eleanor Whitmore recorría la sala con seguridad. El sonido suave de sus zapatos contra el suelo de madera apenas se distinguía del trazo rápido de las plumas sobre el papel.

El aula pertenecía a uno de los nuevos espacios de enseñanza para mujeres promovidos por Bedford College. Aunque no era una cátedra oficial, la clase que impartía Eleanor había ganado un prestigio creciente entre las estudiantes de Filosofía Moral. Aquel rincón del edificio, antaño desaprovechado, había cobrado nueva vida desde que ella lo ocupaba tres tardes por semana.

En la pizarra, una cita de Mary Wollstonecraft encabezaba el debate del día. Eleanor la había escrito de memoria: «Fortalecer la mente femenina ampliando su razonamiento es la mejor forma de asegurar su independencia».

Sus alumnas debatían con pasión, y ella intervenía lo justo para mantener el rumbo del diálogo, observando con discreta emoción la manera en que cada una construía sus ideas. Era aquí, en este espacio ganado con esfuerzo, donde sentía que todo había cobrado

sentido.

Tras la clase, algunas se acercaron para formular dudas o pedirle recomendaciones de lectura. Eleanor respondía con paciencia, reconociéndose en muchas de ellas: el brillo en los ojos, la necesidad de entender el mundo, el anhelo de que alguien creyera en su talento.

Cuando la última estudiante se despidió, Eleanor regresó a su escritorio y abrió una carpeta. Dentro estaba el manuscrito que había comenzado el año anterior, una serie de ensayos que partían de las notas que su padre había escrito décadas atrás. La idea de convertirlo en una obra conjunta, a dos voces separadas por el tiempo pero unidas por la pasión intelectual, había tomado forma en los últimos meses. El título aún no estaba decidido, pero sí tenía una clara intención: continuar lo que él había empezado.

Aún no sabía si lo publicaría bajo su nombre o con un seudónimo, pero la certeza de haber escrito algo que no habría podido destruirse en una chimenea le provocaba un inmenso orgullo. Era su forma de cerrar el círculo. Su manera de alzar la voz, allá donde su padre fue obligado a callar. Aquella escritura era mucho más que una contribución académica, era un acto íntimo de reparación y memoria.

Desde la ventana, el sol de primavera iluminaba los tejados de Londres. Eleanor se permitió cerrar los ojos un instante, disfrutando del murmullo lejano de la ciudad y del silencio cómplice de las paredes que la rodeaban. Sabía que había mucho por hacer, y muchas barreras por romper todavía. Pero también sabía que ya no caminaba sola. Nunca más lo haría.

El reloj de la biblioteca marcaba las siete y media cuando Eleanor cerró con cuidado el cuaderno de notas.

Mientras apagaba las lámparas de gas una a una, la sala se iba

quedando en penumbra, y con ella llegó el fin de otra jornada. La brisa templada de abril le despeinó un mechón de cabello al salir, y lo recogía con suavidad cuando una voz conocida, cálida y grave, rompió el silencio de la calle adoquinada.

—Has terminado tarde hoy.

Matthew aguardaba junto al farol encendido, con las manos en los bolsillos y la chaqueta desabrochada. Sus visitas a aquella sala se habían vuelto costumbre desde que él también se estableciera en Londres, aunque nunca intervenía en sus clases. Solía esperarla al final, como un gesto de respeto que Eleanor aprendía a leer con afecto renovado cada vez. Y esa constancia para ella era suficiente, porque no necesitaba demostraciones grandilocuentes, solo presencia, apoyo y comprensión.

—Se han quedado más tiempo haciendo preguntas. Esta generación no parece dispuesta a aceptar respuestas fáciles.

Él sonrió y se acercó un paso, bajando ligeramente la voz.

—Me pregunto de quién habrán aprendido eso.

Matthew depositó un beso en su mejilla y Eleanor soltó una leve risa. Ya no había necesidad de medirse. Después de tantos meses compartiendo vida y vocación, ya no eran la señorita Whitmore ni el profesor Ashford: eran solo dos personas que se entendían sin necesidad de títulos ni reservas.

—¿Quieres caminar un poco? —preguntó ella.

Él asintió, y juntos comenzaron a andar por la calle tranquila, flanqueada por magnolios en flor. Hablaron de todo y de nada, del presente compartido, del placer de enseñar, de los libros que ella leía desde niña en otros idiomas gracias a su padre y que soñaba con traducir, y de las ideas que él aún discutía en el aula. Compartieron anécdotas de sus respectivas clases, reflexiones sobre el pensamiento moderno, y pequeños momentos de silencio que

hablaban por sí solos. Eran palabras cálidas, sencillas, dichas al margen de los estatus y los salones académicos, como si la ciudad entera hubiese desaparecido, dejándolos a ellos solos en su propio compás. Como verdaderos compañeros de vida.

Cuando se detuvieron frente a la entrada de la residencia para mujeres de Eleanor, una hilera de faroles comenzaba a encenderse, tiñendo de dorado las fachadas grises del vecindario. Matthew la miró un momento antes de tomar su mano con suavidad.

—Enseñas muchas cosas a esas chicas, Eleanor. Y eso es tan maravilloso que llevo tiempo preguntándome si la señora Ashford querría enseñarme alguna a mí también.

Ella ladeó la cabeza, sin comprender.

—¿La señora Ashford?

—Aún no —dijo él, con una sonrisa que no necesitaba explicación —. Pero podría serlo pronto. ¿Qué me dices, Eleanor? ¿Crees que tu apellido seguirá siendo Whitmore mucho tiempo más?

Eleanor le lanzó una mirada divertida, cargada de complicidad, antes de acercarse un poco más a él, con una nueva luz en sus ojos. No hizo falta más. Sabía que, por fin, había alcanzado algo que no podía medirse con títulos: la libertad de pensar, de amar y de elegir.

Y esa, confirmó, era una razón incómoda para muchos. Pero también, por fin, una razón propia. Una razón suficiente para ambos.

Allí, a las puertas del edificio que la acogió cuando llegó a Londres, Eleanor se olvidó de pensar y puso toda su atención en sellar con un beso su promesa de futuro.

FIN

Nota de autora

Quienes sois asiduos a mis historias, ya sabéis que no puedo resistirme al deseo de que mis heroínas sean fuertes y decididas, con independencia de la evolución personal que les exija la trama. Mi intención es demostrar con ello no solo lo que nos ha costado estar donde estamos hoy día, sino visibilizar todo lo que aún nos queda por recorrer; más aún, recordar todo lo que podemos perder si no seguimos luchado.

Aunque esta será una nota de autora un poco extensa, os pido que leáis hasta el final, pues prometo, no solo explicaros algunos puntos que podéis haber encontrado forzados o extraños en la obra, sino también los verdaderos conflictos que enfrentaron todas las mujeres mencionadas en mi novela.

Esta obra transcurre en un momento crucial de la historia universitaria británica, cuando las mujeres comenzaban, de forma tímida, a ocupar espacios académicos que durante siglos les habían sido vedados, en plena efervescencia de los movimientos feministas en Inglaterra, aunque aún lejos de conseguir la igualdad real. En este contexto, quisiera ofrecer algunas aclaraciones que, sin interrumpir la narración, considero importantes que todos

conozcamos, una vez concluida la lectura:

1. El acceso de las mujeres a Cambridge en el siglo XIX: Eleanor y Alice estudian en Newnham College, uno de los dos primeros *colleges* femeninos de la Universidad de Cambridge. Aunque ya existía formación universitaria para mujeres desde 1871, ellas no podían obtener títulos oficiales. Este hecho —históricamente exacto— condiciona el conflicto central de la novela: la lucha por el reconocimiento académico. De hecho, Cambridge mantuvo esta prohibición hasta casi 70 años después de que la primera mujer empezase a estudiar allí, convirtiéndose en la última universidad británica con estatus pleno en aceptar la concesión de títulos oficiales a las mujeres. Un verdadero retraso para una institución centenaria…

2. Matthew Ashford: si bien su evolución personal no contradice la mentalidad de algunos académicos de la época, sí representa un modelo más progresista de lo habitual. Su capacidad para replantearse sus creencias y su disposición a debatir con Eleanor simbolizan la fisura —pequeña pero real— que se abría entonces en los muros de una institución centenaria.

3. Lord Reginald Cavendish: aun siendo un personaje completamente ficticio, su actitud representa con fidelidad las posturas institucionales que aún predominaban en Cambridge en la década de 1890. La presión que ejerce sobre los profesores para desalentar el avance femenino no es exagerada; al contrario, refleja el clima social de la época.

4. Las caminatas entre Eleanor y Matthew: En 1897, no era habitual que un profesor universitario paseara a solas con una alumna, menos aún si ella era soltera y él comprometido. Me he

permitido esta licencia narrativa para subrayar el carácter excepcional de su vínculo, así como la transformación personal del profesor, pues necesitaba darles una intimidad que las aulas no permitían.

5. Henry Lancaster: el joven abogado que baila con Eleanor en la gala benéfica representa una nueva generación de hombres educados que empezaban a cuestionar de forma activa los límites sociales impuestos a las mujeres. Aunque minoritarios, sí existieron abogados, escritores, médicos e incluso algunos jueces en la Inglaterra de finales del XIX que simpatizaron con las causas sufragistas o apoyaron el acceso femenino a la universidad. La *Men's League for Women's Suffrage*, fundada en 1907, es un ejemplo posterior de esta sensibilidad en crecimiento. Henry, como personaje, anticipa esa corriente de pensamiento más abierta. Y tiene un hueco en el relato *Como tú y yo*, incluido en la antología «Un beso a la luz de la luna». ¿No sientes curiosidad por saber qué papel tendrá?

Referencias históricas

A lo largo de esta novela se mencionan diversas figuras históricas reales, tanto femeninas como masculinas, que marcaron el pensamiento filosófico, científico o político de su tiempo. No son nombres casuales: he elegido cada uno de ellos con intención de subrayar el conflicto entre conocimiento y autoridad, y para dar voz —desde la ficción— a mujeres que, como Eleanor, aspiraron a algo más que a un lugar decoroso en la sociedad.

<u>Hombres mencionados</u>

Platón (c. 427 a.C.–c. 347 a.C.):

Discípulo de Sócrates, maestro de Aristóteles, y defensor de cierta igualdad intelectual entre hombres y mujeres en su *República*. La ambivalencia de su legado aparece de fondo en las discusiones filosóficas de la novela.

Aristóteles (384 a.C.–322 a.C.):

Filósofo griego, cuyas ideas sobre la inferioridad natural de las mujeres influyeron en el pensamiento occidental durante siglos. Eleanor estudia su obra para refutarla desde dentro, apropiándose de los instrumentos del discurso dominante.

Oscar Browning (1837–1923):

Historiador y académico de Cambridge, tristemente célebre por afirmar que «*las mujeres nunca serían tan brillantes como los mejores hombres*». Su figura representa una oposición activa al reconocimiento intelectual de las alumnas de Newnham y Girton. En la novela es el símbolo real de las barreras ideológicas a las que Eleanor y sus compañeras deben enfrentarse.

<u>Mujeres mencionadas:</u>

Hatshepsut (1507 a.C.–1458 a.C.):

Para poder reinar como faraón —título reservado a los hombres—, adoptó atributos masculinos, incluida la falsa barba ritual. Su gobierno fue pacífico y próspero, centrado en obras monumentales y comercio exterior. A su muerte, sus sucesores intentaron borrar su nombre y destruir sus monumentos, pero sobrevivió a la *damnatio memoriae*. Hoy es considerada una de las gobernantes más eficaces del Antiguo Egipto.

Cleopatra (69 a.C.–30 a.C.):

Fue reducida durante siglos a su rol de amante de César y Marco Antonio, cuando en realidad fue una estratega astuta, políglota y gobernante de un Egipto en crisis. Gobernó en solitario, negoció con Roma y protegió la soberanía de su reino el mayor tiempo posible. Su legado fue distorsionado por cronistas romanos, pero la historia reciente ha comenzado a devolverle la dimensión que tuvo como líder política.

Isabel I de Inglaterra (1533–1603):

Hija de una reina decapitada, considerada ilegítima y mujer en un mundo de hombres, Isabel ascendió al trono y gobernó con firmeza durante 45 años. Rechazó el matrimonio —y, con él, la tutela masculina— y convirtió su reinado en un símbolo de estabilidad y poder político. A pesar de las presiones constantes para casarse o ceder el poder a un varón, supo jugar con la imagen que se esperaba de ella y construir autoridad en sus propios términos.

Catalina la Grande (1729–1796):

Ascendió al poder tras un golpe de Estado que depuso a su esposo. Mujer extranjera en una corte rusa, enfrentó conspiraciones, desprecio y una nobleza masculina que la subestimó. Consolidó su gobierno a través de reformas ilustradas, alianzas estratégicas y una hábil propaganda. A pesar de las críticas moralistas, demostró que el talento político no dependía del género, sino de la inteligencia con la que se ejercía.

Mary Wollstonecraft (1759–1797):

Filósofa y escritora británica, pionera del feminismo moderno. Escribió *Vindicación de los derechos de la mujer* en un momento en que la voz femenina no tenía cabida en el discurso político. Fue objeto de burla y rechazo por parte de intelectuales hombres, y tras

su muerte, su vida personal fue usada para desacreditar su pensamiento. Aun así, sus ideas sembraron las bases del feminismo ilustrado y siguen vigentes hoy. Demostró que el deseo de igualdad no era una extravagancia, sino una necesidad racional.

Mary Anning (1799–1847):

De origen humilde, autodidacta y mujer: tres razones por las que la comunidad científica de su tiempo negó de forma sistemática sus hallazgos. Descubrió fósiles clave para la paleontología moderna, pero rara vez fue citada en publicaciones académicas en vida. Pese a ello, siguió excavando, clasificando y formando a científicos hombres que luego firmaban con su trabajo. Hoy su nombre figura donde debió estar desde el principio.

Ada Lovelace (1815–1852):

Matemática brillante en un mundo que no esperaba —ni aceptaba— a mujeres con talento científico. Su colaboración con Charles Babbage en la creación de la máquina analítica la convirtió en la primera programadora de la historia. Fue relegada durante décadas al papel de «curiosidad victoriana» hasta que sus contribuciones fueron revalorizadas en el siglo XX. Su visión anticipó conceptos que tardarían un siglo en desarrollarse. Lo logró escribiendo más allá del margen que le concedieron.

Cada una de estas mujeres se encontró con un muro casi imposible de escalar: la ley, la tradición, el olvido, la burla… Ninguna fue aceptada de inmediato. Algunas tuvieron que disfrazarse —literal o simbólicamente— para poder hablar. Otras hablaron y fueron silenciadas. Pero todas dejaron una grieta en la narrativa oficial que decía que las mujeres no eran aptas para reinar, pensar, descubrir o crear.

Estas referencias no pretenden dar lecciones de historia, sino hacer visible lo que durante tanto tiempo fue obviado: que el pensamiento, la ciencia y el poder también han tenido nombre de mujer.

Que nadie nos calle. Que ellas sean nuestro ejemplo. Solo necesitamos creer en nosotras. El resto llegará.

Agradecimientos

Mil gracias a mis chicas, siempre. Porque, aunque estén ocupadas hasta más allá de los límites, encuentran un hueco para leerme y darme capones cuando descubren burradas. Por no decirme nunca que no y hacerme reír con vuestros comentarios. De James no diré nada… ¡Sois el mejor equipo!

A los hombres y mujeres (o proyecto de ellos) que viven en mi casa, por su paciencia cada vez que he dicho: «dadme solo unos minutos para escribir» y han tenido el aguante de esperar durante horas a que esos *minutos* terminaran.

A cada una de vosotras que, a pesar de todo, seguís leyendo mis historias. No dejéis de contarme qué os parecen, por favor, ni de compartir vuestra opinión en las plataformas de venta. ¡Me ayudáis muchísimo con ello!

Y, por supuesto, a quienes siempre están del lado de la igualdad; a quienes creen que solo unidos, hombres y mujeres, sumamos más.

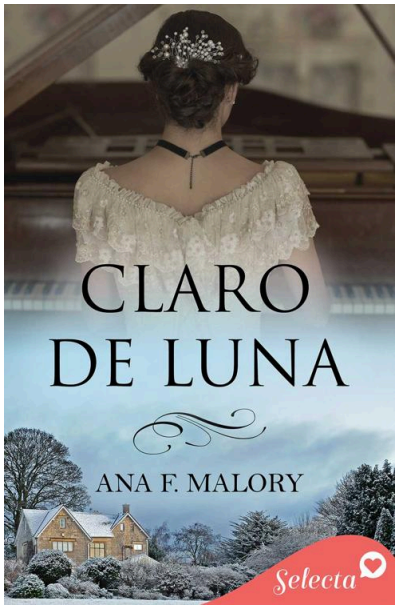
Mayeda Laurens

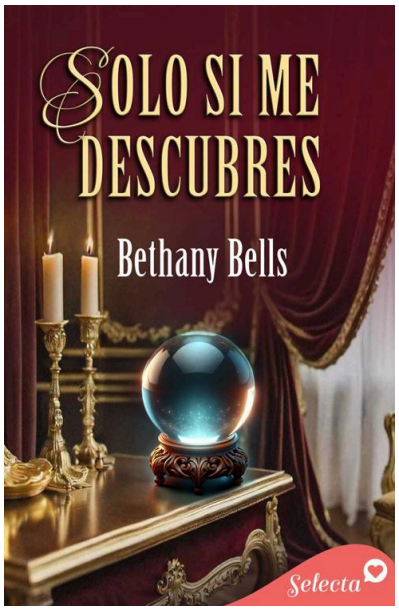
Si te ha gustado

La incómoda razón de la señorita Whitmore

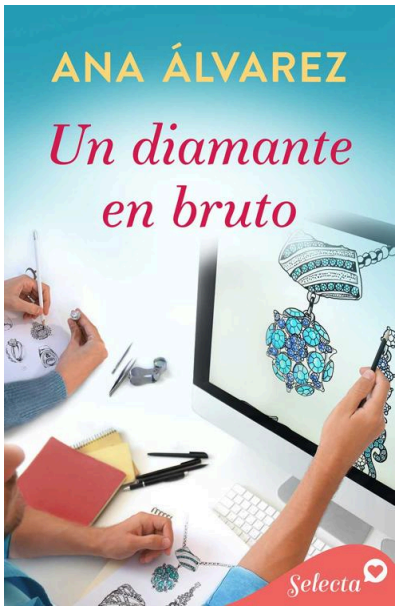
puedes disfrutar de estas



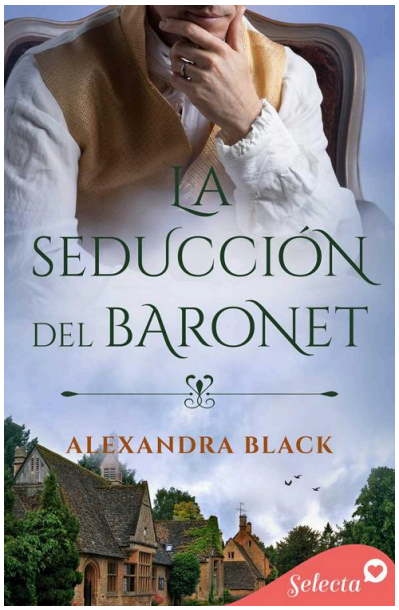


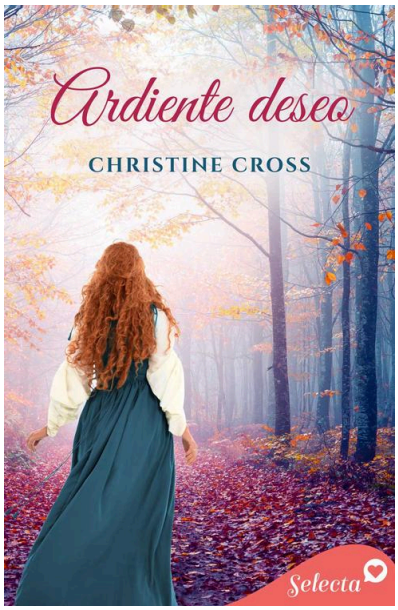

SOLO SI ME DESCUBRES
Bethany Bells
Selecta


Mía Heywood
Suspiros prohibidos
Selecta


ANA ÁLVAREZ
Un diamante en bruto
Selecta


MAYEDA LAURENS · SANDRA BREE
EVANGELINE CRUZ · JULIANNE MAY
ARLENE SABARIS · CLAUDIA CARDOZO
ISABEL JENNER · RAQUEL GIL ESPEJO
NIEVES HIDALGO
Un beso a la luz de la luna
Selecta


LA
SEDUCCIÓN
DEL BARONET
ALEXANDRA BLACK
Selecta


Ardiente deseo
CHRISTINE CROSS
Selecta

Una historia de amor prohibido, inteligencia y desafío ambientada en el Cambridge victoriano, donde ser mujer y brillante es el mayor acto de rebeldía.



Eleanor Whitmore está a punto de cumplir el sueño que ha guiado su vida: graduarse en Cambridge y demostrar que el talento no entiende de género. Pero la realidad académica para las mujeres sigue plagada de obstáculos. Las aulas aún pertenecen a los hombres, y el saber femenino se tolera, pero no se celebra.

Matthew Ashford, su joven y nuevo profesor, es brillante, exigente… y está prometido. Lo que comienza como una confrontación intelectual se transforma en una conexión que desafía las reglas de la universidad y los cimientos de sus propias

convicciones. Porque Eleanor no solo cuestiona sus ideas, sino también la vida que ha planeado junto a otra mujer.

Una historia de amor y conocimiento, donde ella deberá decidir si está dispuesta a amar sin renunciar a sí misma… y él, si se atreve a elegir una mujer que incomoda al mundo solo por pensar en voz alta.

Mayeda Laurens. Nacida en Madrid, pero afincada muy lejos de allí, Mayeda Laurens lleva años dedicada a la escritura en todas sus facetas. Sin embargo, siendo una empedernida lectora de novela romántica, nunca hasta ahora se había animado a escribir este género.



Edición en formato digital: agosto de 2025

© 2025, Mayeda Laurens
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-94-4

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Alice Harrington es la protagonista del relato *Como tú y yo* incluido en la antología «Un beso a la luz de la luna».

Índice

La incómoda razón de la señorita Whitmore
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo
Nota de autora
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Mayeda Laurens
Créditos
Notas